

AMOR Y JUEGO

Fundamentos Olvidados de lo Humano
Desde el Patriarcado a la Democracia

El texto de los manuscritos originales fueron entregados a los editores en el idioma inglés, con los siguientes títulos:

1. Patriarchal and Matristic Conversations.
2. Mother Child Play: The biological foundation of self and social consciousness.
3. Play: The Neglected Path.

INSCRIPCIÓN N°: 86.462

ISBN: 956- 7802-52-1

Esta edición de 2.000 ejemplares se terminó de imprimir en junio de 2003, en Lom Ediciones Ltda.

EDITA Y DISTRIBUYE
COMUNICACIONES NORESTEE Ltda.
Casilla 34T Providencia

Traducción: Augusto Zagnutt y Alfredo Ruiz.
Diagramación: José Manuel Ferrer
Ilustración: Patricia Tagle
Portada: Liliana Zavaleta

1.a Edición, 1993, 3.000 ejemplares
2.^a Edición, 1994, 1.000 ejemplares
3.^a Edición, 1994, 1.500 ejemplares
4.^a Edición, 1995, 1.000 ejemplares
5.^a Edición, 1997, 1.000 ejemplares
6.^a Edición: 2003, 1.000 ejemplares

Derechos exclusivos reservados para todos los países.
Prohibida su reproducción total o parcial, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico, de acuerdo a las leyes N°17.336 y 18.443 de 1985 (Propiedad intelectual).

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE

HUMBERTO MATURANA ROMESIN

AMOR Y JUEGO

FUNDAMENTOS OLVIDADOS DE LO HUMANO
DESDE EL PATRIARCADO A LA DEMOCRACIA



J·C SÁEZ
e d i t o r

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
--------------------	---

DE AMOR Y JUEGO: FUNDAMENTOS OLVIDADOS DE LO HUMANO

I. PREFACIO	13
El presente.	13
II. INTRODUCCIÓN	17
El saber.	17
III. REFERENCIAS	23

CONVERSACIONES MATRÍZTICAS Y PATRIARCALES

I. PRESENTACIÓN	27
II. INTRODUCCIÓN	29
¿Qué es una cultura?	30
Cambio cultural	33
CULTURA MATRÍZTICA Y CULTURA PATRIARCAL	34
a) Cultura patriarcal:	36
b) Cultura Matríztica	38
EL EMOCIONAR	41
a) Emocionar matríztico	43
b) Origen de nuestra cultura patriarcal	47
LA DEMOCRACIA	80
a) Origen de la democracia: Mi proposición	81
b) Ciencia y filosofía	85
c) La democracia hoy	89
REFLEXIONES ÉTICAS FINALES	97
BIBLIOGRAFÍA	108

EL JUEGO EN LA RELACIÓN MATERNO-INFANTIL
fundamento biológico de la conciencia
de sí mismo y de la conciencia social

I. INTRODUCCIÓN	113
II. EL PROBLEMA	117
1. El presente de nuestra cultura	117
2. El presente de nuestra biología: Epigénesis	123
3. Nuestra ceguera ante el presente	130
4. El juego y el jugar	134
5. Emociones	138
III. ¿QUÉ HACER?	141
1. Ritmo corporal	141
2. Balance Corporal	143
3. Movimiento	147
4. Signos elementales	150
5. El espacio	153
6. Construcciones de teorías	162
IV. EL COMIENZO (1972-1979)	167
V. EL DESARROLLO (1979-1986)	177
1. EL JUEGO LIBRE DEL NIÑO Y LA FILOGENIA	177
2. Cinco formas de dinámica corporal	178
3. Semanas de juego para madres, niños y profesores,	179
y profesoras de jardines infantiles	179
4. Investigación de campo	180
5. Fundación del Instituto de Investigación para la	183
Ecopsicología de la Primera Infancia	183
6. Los niños en las grandes áreas metropolitanas	183
VI. LAS CONSECUENCIAS DEL DARSE CUENTA	187
REFERENCIAS	192

EL JUEGO, EL CAMINO DESDEÑADO

I. INTRODUCCIÓN	209
II. JUEGO Y CONCIENCIA DE SÍ Y DEL OTRO (VER VERDEN-ZÖLLER, 1978 Y 1982)	217
III. EL CAMINO DESDEÑADO	223
IV. REFLEXIONES FINALES	235
REFERENCIAS	237
EPÍLOGO	239
El espacio psíquico.	239
¿Qué es y cómo se da nuestro vivir? ¿dónde existimos?	240
¿Cómo hablar del sentir que se vive en el juego?	243
¿Cómo ocurre el vivir cultural?	248
¿Cómo vivimos nuestro ser cultura?	251
Y el sistema nervioso, ¿cómo opera en todo esto?	253
¿Qué aprenden los niños, entonces?	256
¿Y el amar?	258
Entonces, ¿da lo mismo cualquier vivir cultural?	260
¿Qué hacer	261
GLOSARIO	263
CONVERSACIONES:	263
Conductas consensuales:	263
Consensualidad:	263
Emoción:	263
Emocionar:	264
Lenguaje:	264
Lenguajear:	265
Madre:	265

PRESENTACIÓN

Hubo un momento en nuestras vidas, que como terapeutas y científicos, tuvimos un cambio fundamental en la comprensión de la experiencia humana. Este cambio se debió muy principalmente al Dr. Humberto Maturana, al entender su propuesta de que no tenemos acceso a una realidad objetiva y el reconocimiento y aceptación de lo que esto implica, que la imposibilidad de conocer la verdad absoluta y trascendente es una condición humana. Por otra parte, como consecuencia de esto, ver ahora al observador como una entidad biológica, como alguien que opera como observador.

Este entendimiento no se concretó de una manera abstracta, intelectual, sino muy por el contrario, fue surgiendo de experiencias afectivas cotidianas, derivadas de conversaciones personales con él. De lo primero que fuimos conscientes es de lo crucial que es el aceptar o no la realidad objetiva y que esto es simplemente una elección, es decir, optar por una u otra, pero con todo lo que ello implica.

Entendimos que la primera opción conlleva todo lo que es una forma objetiva de ver el mundo, con la creencia de que cada uno de nosotros puede exigir para sí mismo la propiedad de una verdad única, trascendente y universal. Entendimos que cuando elegimos la opción de negar esta realidad, también optamos por el multiverso, es decir, que hay muchos dominios legítimos diferentes de realidad como tan-

tos dominios de explicación puede el observador traer de la mano al explicar su experiencia inmediata o la praxis de su vivir, que es otra condición humana. Así emerge la legitimidad del otro y el respeto por el otro.

También entendimos que la cultura occidental está experimentando cambios en diferentes aspectos, que según el Dr. Humberto Maturana podrían llevar a la transformación de la cultura patriarcal europea en otra. Y fue justamente cuando conversamos de ello que nació este libro y ahora desde la perspectiva que nos da el tiempo nos damos cuenta de la incondicional confianza que nos ha mostrado al entregarnos todo este material sin que ni entonces ni después nos exigiera ningún requisito para realizarlo; así en forma experiencial entendimos la biología del amor. Más aún nos impresionó su entusiasmo al participar de la noticia de que este libro, recién naciendo, iba a ser el primero de una Colección editada por el Instituto de Terapia Cognitiva que esa misma tarde fue bautizada como 'Experiencia Humana».

Así fue como nos abocamos a la edición del libro, por lo que nuestros encuentros se hicieron más frecuentes. Fruto de esas experiencias empezaron a ser evidentes en nosotros aspectos ocultos olvidados o invisibles. Nuestras conversaciones con el Dr. Humberto Maturana fueron profundamente emotivas y desde muy temprano dejamos de buscar alguna verdad o definición de algo, por el contrario, empezamos a vivir estas conversaciones con el emocionar del juego. Si bien en algún momento de nuestras vidas lo habíamos desdeñado, ahora nos habíamos reencontrado con él, valorizándolo como un fundamento de lo humano.

De esta manera fue creciendo nuestra amistad y desde nuestras experiencias afectivas fuimos comprendiendo la mayoría de los aspectos tratados en este libro. Entendimos cómo estamos inmersos, según el Dr. Humberto Maturana, en una cultura patriarcal También entendimos desde su punto

de vista que la democracia es vivida desde un emocio-
nario neomatrístico, es decir en la aceptación y el respeto por el
otro y por nosotros mismos. Entendimos las explicaciones
científicas como un dominio de explicaciones validadas a tra-
vés de las coherencias de las explicaciones de las experien-
cias del científico. En fin, un entendimiento que parece ser
inagotable porque genera otros entendimientos.

El entender la obra de la Dra. Gerda Verden-Zöller, nos
ha abierto espacio para otras miradas sobre el desarrollo de
la conciencia de sí mismo y social del niño. Miradas que se
entrelazan con la ontología del Dr. Humberto Maturana.
Creemos que la Dra. Verden-Zöller se ha hecho cargo de es-
tos planteamientos, los tomó de hecho en serio. Creemos
que esta otra comprensión del desarrollo infantil va a influir
y generar cambios en diversos dominios de la experiencia
humana, tales como la Educación, especialmente preescolar
y específicamente los jardines infantiles, la Psicología, la
Medicina, la Ecología, a lo menos.

Creemos muy sinceramente, que al editar los tres ensa-
yos que constituyeron este libro, estamos entregando un
aporte significativo a la comunidad, especialmente si está en
nosotros el deseo de querer construir un mundo armónico,
de respeto y solidario. Nos sentimos profundamente agrade-
cidos de ambos autores por la confianza que han depositado
en nosotros y también por lo que vemos como un apoyo que
nos brindan al iniciar el camino, que significará editar este
primer libro de esta editorial.

Alfredo Ruiz B., Augusto Zagsmutt C.,
Editores

INSTITUTO DE TERAPIA COGNITIVA
Santiago de Chile, Junio de 1993

DE AMOR Y JUEGO:
FUNDAMENTOS OLVIDADOS DE LO HUMANO

PREFACIO

El presente

Al reeditar este pequeño libro me hallo en un momento nuevo de mi vida científica, ya que he hecho en ella dos cambios fundamentales: he orientado mi atención como científico a la expansión del entendimiento de la dinámica que entrelaza en el fluir del vivir a la Biología del Conocer y la Biología del Amar, que con Ximena Dávila Y. hemos llamado Matriz Biológica de la Existencia Humana; y he cocreado con Ximena Dávila un pequeño Instituto con el fin de dar formación en biología del conocer y biología del amar desde la comprensión de su entrelazamiento en el vivir que evocamos y denotamos al hablar de Matriz Biológica de la Existencia Humana.

Muchas veces he sostenido que la mayor parte de las enfermedades que vivimos los seres humanos, si no todas, surgen desde el desamor, y se curan desde el amor en el amar. Esta afirmación mía ha sido criticada u objetada bajo el argumento de que no involucra una operacionalidad, pues no parece decir qué habría que hacer para aplicar el amar en terapia. A estas objeciones he respondido diciendo: “Es sencillo, lo que hay que hacer es amar. El amar es lo que ocurre en el vivir en las conductas relacionales a través de las cuales el otro, la otra o uno mismo surge como legítimo otro en convivencia con uno.” Esta respuesta mía ha sido desdeñada bajo el argumento de que no indica cómo operar en el ámbi-

to de las consultas de quienes piden ayuda desde el mal-estar en el vivir. Esta era la situación hasta el día en que Ximena Dávila me invitó a ver y comentar lo que ella hacía en las consultas con personas que le pedían ayuda ante algún dolor en su vivir, y al mostrarme lo que hacía me di cuenta de cómo usaba su comprensión de la biología del conocer y de la biología del amar en una dinámica reflexiva en la que la persona que consultaba se encontraba mirando su vivir desde su vivir, en un proceso que resultaba en que ésta recuperaba su respeto (amor) por sí misma. Más aún, ella observó en el vivir relacional mismo con las personas que la consultaban, que su petición de ayuda era siempre por un dolor en el convivir con otros y consigo mismo, y que este dolor era siempre cultural. Y ella se dio cuenta, también, de que la potencia liberadora o sanadora de lo que ella hacía en las conversaciones reflexivas que generaba radicaba en que éstas operaban en quien consultaba a través de la realización del entendimiento de lo humano (esto es, de sí mismo) que la biología del conocer y la biología del amar implican. El amar ocurre en el vivir relacional como un fluir conductual espontáneo a través del cual el otro o la otra o uno mismo, surge como legítimo otro en convivencia con uno, y no en un discurso sobre lo que el amar implica, ni en la descripción de lo que se debería hacer para que el otro o la otra se sienta amado. En fin, ella mostró en el ámbito operacional de la consulta que solicita ayuda, la validez de la afirmación: *La mayoría de las enfermedades humanas si no todas, se originan en el desamor, y se curan cuando se recupera el amar, tanto en el amarse a sí mismo, como en el amar a los otros. ¿Cómo? Fácil, a través de la modulación de la fisiología del bien-estar que el amar hace en su operar en el ámbito relacional reflexivo.*

Ximena Dávila llama *Conversaciones Liberadoras* a lo que hace cuando en una conversación reflexiva contribuye a ampliar el entendimiento del operar en el vivir desde la biología del conocer y de la biología del amar en el flujo

relacional del convivir de la persona que consulta, la que entra en un proceso de liberación del dolor y sufrimiento que la llevó a solicitar su ayuda. Ximena, al crear las *Conversaciones Liberadoras* en el contexto de su trabajo profesional como un operar reflexivo que es efectivo en abrir el espacio relacional que libera a quien consulta del dolor y del sufrimiento que lo aqueja, revela al amar (la biología del amar) como el centro relacional desde donde surgen tanto la enfermedad, cuando se lo niega, como la salud cuando se vive en él, o se lo recupera.

Luego, en el curso de nuestras conversaciones sobre la ampliación del entendimiento de la dinámica que entrelaza la biología del conocer y la biología del amar en el vivir que el trabajo de Ximena hace, inventamos la expresión *Matriz Biológica de la Existencia Humana* para referirnos evocativamente a la trama multidimensional de relaciones del vivir que constituyen el origen de lo humano en su forma primaria Homo sapiens-amans, a la vez que hace posible su realización, conservación y diversificación en una deriva evolutiva siempre abierta a la conservación de alguna variación en la manera de convivir que surge en el curso de las generaciones, y que al ser conservada de una generación a otra puede llevar al surgimiento biológico/cultural de algunas otras clases de Homo sapiens, como Homo sapiens-arrogans u Homo sapiens-aggressans.

Este nuevo prefacio lo escribo desde la ampliación de mi visión de la dinámica de la trama relacional de la biología del conocer y la biología del amar que genera en mí el trabajo de Ximena Dávila, y que hemos expresado con la noción de *Matriz Biológica de la Existencia Humana*, de modo que lo que escribo a continuación, lo escribo desde esta visión, aun cuando no lo mencione nuevamente.

INTRODUCCIÓN

El saber

Al releer este pequeño libro y considerar su contenido desde una perspectiva histórica después de casi 10 años de su primera publicación, encuentro que lo que dice y evoca con relación al amar y el juego, no sólo sigue vigente, sino que veo, con más claridad que nunca, las consecuencias desastrosas que tienen nuestras cegueras ante el carácter formador básico de la relación materno infantil como un ámbito amoroso de total aceptación corporal y psíquica de los niños y niñas, para su transformación en seres humanos adultos en el curso inevitable de su espontáneo crecimiento. Un ser humano emerge como una persona adulta cuando en su conducta cotidiana surge espontáneamente como un ser autónomo y ético, capaz de colaborar desde el respeto por sí mismo y por los otros, pues no tiene miedo a desaparecer en la colaboración. O, lo que es lo mismo, veo, tal vez con más claridad que nunca, lo fundamental que es para que se de el bien-estar material y psíquico en una comunidad, que la conducta adulta surja en sus miembros no exigida, sino como algo espontáneo, como la forma natural de ser en ella. Y veo también que la convivencia en la aceptación de la cercanía e intimidad corporal en total confianza y ternura que ocurren en la relación amorosa materno infantil y en el juego, constituyen el ámbito relacional natural que genera en el curso del crecimiento de los niños su transformación espontánea en personas autónomas, responsables y éticas, que no sienten miedo a desaparecer al colaborar con otros en la cocreación de un mundo válido y acogedor para todos los seres humanos, en particular, y todos seres vivos, en general.

Usualmente hablamos, en lo que se refiere a la conducta humana, de una conducta consciente cuando nos parece que ella surge de una dinámica intencional y reflexiva como un acto explícito de diseño, y hablamos de una conducta inconsciente si nos parece que ella surge de una dinámica, no diseñada, espontánea sin reflexión y sin la justificación de un pensamiento previo, aunque se trate de una conducta aprendida. Lo que tratamos como el aspecto consciente de la conducta que llamamos consciente está en que la vemos surgir asociada a una intención declarada o declarable que la justifica como tal en el momento mismo en que emerge; y lo que tratamos como el aspecto inconsciente de una conducta que llamamos inconsciente está en que la vemos surgir sin asociación a una intención declarable, como algo espontáneo que se ve instintivo y se vive como emergiendo de la nada, en un porque sí que aparece como resultado de un acto de inspiración.

La relación materno infantil en el disfrute de la cercanía corporal en la total confianza del juego, como un suceder amoroso espontáneo constituye con su ocurrir relacional inconsciente el fundamento que configura el modo de convivir inconsciente que hace que surja espontáneamente la vida adulta como un vivir autónomo, socialmente responsable y ético, desde el respeto por sí mismo y por los otros en la capacidad de decir sí o no desde sí. Si el vivir adulto no surge como un vivir espontáneo inconsciente, aun cuando después se pueda reflexionar de manera consciente sobre él, debe ser aprendido de manera intencional careciendo de la espontaneidad inconsciente y confiable de la sinceridad. El vivir relacional materno infantil que he descrito arriba, es la dinámica relacional que genera de manera espontánea inconsciente el vivir adulto confiable, sincero y espontáneo que da solidez relacional y honestidad a la convivencia en una comunidad humana.

La tragedia de las adicciones, de la criminalidad, y de la falta de sentido social, que surge con tanto dolor en nuestro

vivir cultural actual, proviene, en mi opinión, de que nos hemos vuelto ciegos a cuatro aspectos básicos de nuestro vivir que son: uno, que el vivir humano emerge como todo vivir de un modo inconsciente desde un fondo operacional inconsciente, aún cuando en nosotros participen en su generación y evocación nuestro pensar y reflexionar racional; dos, que lo que en la vida cotidiana llamamos valores, son abstracciones de nuestro operar como seres amorosos; tres, que como seres amorosos nos enfermamos si negamos la biología del amar; y cuatro, que lo central o más básico de la formación del vivir humano en general, y del vivir humano adulto en particular, se constituye en el fluir relacional inconsciente del convivir materno infantil. Cuando el vivir relacional adulto en el respeto por sí mismo y por los otros desde la autonomía y libertad reflexiva que el respeto por sí mismo hace posible no surge de un modo inconsciente desde una historia materno / infantil amorosa porque ese vivir ha sido negado, sólo puede surgir desde un convivir amoroso semejante con otro adulto que viva con esa persona en un convivir reflexivo que realice en ese convivir el ámbito de respeto por sí mismo, confianza y libertad reflexiva que hace el amar.

El énfasis en nuestra condición de seres de vivir racional consciente, en que estamos inmersos en la cultura patriarcal matriarcal que vivimos en el presente ¹ ha ocultado el hecho de que el fundamento de nuestro vivir racional está en la generación inconsciente de toda conducta, y ello no nos ha permitido ver que las coherencias de nuestro pensar racional son las coherencias operacionales del lenguajear. En fin, este ocultamiento no nos ha permitido ver que las cohe-

¹ Ximena Dávila Y. En su trabajo “Conversaciones Liberadoras” insiste en dejar explícito que las mujeres somos con los hombres cocreadoras y coconservadores cotidianos del vivir cultural centrado en la dinámica de dominación y sometimiento, autoridad y obediencia, desconfianza y control que actualmente vivimos.

rencias del operar en el lenguaje se fundan a su vez en las coherencias operacionales de la realización de las coordinaciones de coordinaciones consensuales de haceres del lenguaje, las que son inconscientes pues se fundan en las coherencias del operar inconsciente del vivir. Al mismo tiempo, nuestro énfasis en lo racional consciente ha generado cegueras sobre nuestras emociones, sentimientos y sentires, que han quedado relegados al ámbito desvalorizado de lo irracional por su presencia y emergencia sin justificación reflexiva. Esta negación de nuestro operar fundamental inconsciente nos ha llevado a enfatizar en la educación la adquisición explícita conscientes de aspectos del vivir, como lo que llamamos valores sociales y conducta ética, cuando para que se vivan como un aspecto espontáneo en nuestra conducta cotidiana adulta deberían adquirirse de manera inconsciente como un simple resultado natural de convivir en ellos desde nuestra relación materno infantil. Esta reflexión no niega el carácter fundamental que tiene la racionalidad consciente en la generación del mundo ético que queremos vivir. Lo que sin duda quiero hacer, en esta reflexión, es enfatizar tres cosas: una, que la fluidez del convivir armónico en el bien-estar se funda en un trasfondo de emociones y sentires como el generador inconsciente de las conductas que implican respeto por sí mismo, respeto por los otros, placer en la colaboración, responsabilidad ante las consecuencias del propio hacer, y conciencia ética, que son todos aspectos del vivir en la biología del amar como ocurre en la relación materno infantil; dos, que todo aprendizaje, racional o no, ocurre como una transformación inconsciente en el fluir de la convivencia con otros seres o el mundo que se vive en general, ya sea en coincidencia o en oposición a ese vivir; y tres, que si queremos en verdad salir de la tragedia que ha traído a nuestro convivir humano y cósmico en general esta ceguera ante el papel formador inconsciente fundamental del ser humano adulto que tiene la relación amorosa materno infantil, *lo que tenemos que hacer es reconstruir*

de manera consciente el espacio de convivencia que hace posible que surja y que se conserve de modo inconsciente ese modo de convivir en la relación materno infantil.

El que seamos seres biológicamente amorosos es lo que constituye de hecho el fundamento operacional del bien-estar de nuestro vivir y convivir en todos sus aspectos, conscientes e inconscientes, racionales y no racionales, en la emoción, en la creatividad operacional e intelectual, así como material y espiritual, en un devenir reflexivo en los ámbitos conscientes e inconscientes. Y es porque somos seres constitutivamente amorosos como resultado de nuestra historia evolutiva biológica, que en situaciones de dolor, amenaza o catástrofe, lo que en último término nos salva y nos guía en nuestro camino hacia la recuperación del bien-estar, es la biología del amar. En estas circunstancias no deja de ser conmovedor, para mí, el ver que el fundamento del tránsito del vivir infantil humano hacia un convivir relacional adulto que emerge sin diseño ni intención como un convivir en el bien-estar y la creatividad material y espiritual, propio de una conducta social que emerge sin esfuerzo responsable y ética desde la espontaneidad del vivir, se funde de manera inconsciente en la relación amorosa materno infantil que se vive de manera natural al vivir el niño o la niña en la total aceptación de la intimidad corporal y el juego con un adulto que lo acoge y respeta. Al mismo tiempo, la comprensión del vivir y el conocer requieren de la visión de la trama relacional en la que el vivir y el conocer ocurren. El vivir ocurre a la vez en un espacio local inmediato y en una matriz relacional donde lo local hace sentido operacional. El conocer también. El ser vivo se desliza en su vivir en una matriz relacional que no ve, que no está ahí, pero cuyo vivir implica desde su presente histórico. Esa trama relacional donde se da la existencia local de cualquier ser vivo puede hacerse evidente para un observador cuando éste o ésta sabe mirar. La Dra Verden-Zöllner me mostró, sin que ella o yo lo

supiéramos, que el niño o niña aprende la trama relacional en que va surgiendo su vivir en la relación que vive con su madre y con otros adultos y niños. Ximena Dávila Yáñez me mostró cómo ver esa trama relacional en todo el ámbito de las relaciones humanas, creando la mirada que ve la Matriz Relacional de la Existencia, que luego llamamos Matriz Biológica de la Existencia Humana. Es desde esta última mirada que me doy ahora cuenta de que la comprensión de todo lo que este libro muestra del vivir humano surge en el entrelazamiento de estas dos miradas (la que ve la relación materno/infantil y la que ve la trama relacional en la que ésta se da) cuando se las acoge en la comprensión del entrecruce de la biología del conocer y la biología del amar, que es el entendimiento de la Matriz Biológica de la Existencia Humana.

REFERENCIAS

- Maturana H.R., 1978 Biology of Language: The epistemology of reality». en Psychology and biology of language and thought, pp. 27-63. Editado por George A. Miller y Elizabeth Lenneberg.
- Maturana H.R., 1988 Ontología del conversar
Revista Terapia Psicológica 7 (10); 15-21 Santiago de Chile.
- Maturana H.R., 1989 'Lenguaje y realidad: el origen de lo humano». Arch. Biol. Med. Exp. 22; 77-81
- Verden-Zöllner G., 1978 Materialien zur Gabi-Studie.
Universität Bibliothek Salzburg, Wien.
- Verden-Zöllner G., 1979 Der imaginäre Raum.
Universität Bibliothek Salzburg, Wien.
- Verden-Zöllner G., 1982 Feldforschungs - bericht: Das Wolfstein - Passauer - Mutter - Kind - Modell. Einführung in die Ökopsychologie der frühen Kindheit. Archiv. des Bayerischen Staatsministeriums für Arbeit und Sozialordnung, München.

CONVERSACIONES MATRÍZTICAS
Y PATRIARCALES*

Humberto Maturana Romesin

PRESENTACIÓN

Este ensayo es el resultado de varias inspiradas e iluminadoras conversaciones que he tenido con la Dra. Verden-Zöllner, en las cuales aprendí mucho sobre la relación materno-infantil, y comencé a preguntarme por la participación del cambio emocional en el cambio cultural. Pero eso no es todo. Esas conversaciones me llevaron también a atender a las relaciones hombre-mujer de una manera independiente de las particularidades de la perspectiva patriarcal y a ver cómo surgen en la constitución del espacio relacional del niño o niña en crecimiento. Por todo esto, le estoy agradecido y reconozco su participación en el origen de muchas de las ideas que este trabajo contiene.

INTRODUCCIÓN

Este ensayo es una invitación a reflexionar sobre la clase de mundo que vivimos los seres humanos modernos, y a hacerlo a través de mirar los fundamentos emocionales de nuestro vivir. La vida humana, como toda vida animal, es vivida en el fluir emocional que constituye en cada instante el escenario básico desde el cual surgen nuestras acciones. Más aún, pienso que son nuestras emociones (deseos, preferencias, miedos, ambiciones), los que determinan en cada instante lo que hacemos o no hacemos, no nuestra razón, y que cada vez que afirmamos que nuestra conducta es racional, los argumentos que esgrimimos en nuestra afirmación ocultan los fundamentos emocionales sobre los cuales ésta se apoya, así como aquellos desde los cuales surge nuestra supuesta conducta racional. Pienso, al mismo tiempo, que los miembros de distintas culturas viven, se mueven y actúan de manera distinta, llevados por configuraciones diferentes en su emocionar que determinan en ellos distintos modos de ver y no ver, distintos significados en lo que hacen y no hacen, distintos contenidos en sus simbolizaciones, y distintos cursos en su pensar, como modos distintos de vivir. Y, por esto mismo pienso, también, que son los distintos modos de emocionar de las distintas culturas lo que de hecho las hace distintas como ámbitos de vida diferentes.

Finalmente, considero que si atendemos a los fundamentos emocionales de nuestra cultura, cualquiera que ésta sea, podremos entender mejor lo que hacemos y lo que no

hacemos como miembros de ella, y, tal vez, al darnos cuenta de los fundamentos emocionales de nuestro ser cultural, podremos también dejar que nuestro entendimiento y nuestro darnos cuenta influencien nuestras acciones al cambiar nuestro emocionar con respecto a nuestro ser cultural,

¿Qué es una cultura?

Los seres humanos surgimos en la historia de la familia de primates bípedos a la que pertenecemos, cuando el lenguajear como una manera de convivir en coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales, dejó de ser un fenómeno ocasional, y al conservarse generación tras generación en un grupo de ellos, se hizo parte central de la manera de vivir que definió de allí en adelante a nuestro linaje. Esto es, y dicho más precisamente, pienso que el linaje a que pertenecemos como seres humanos, surgió cuando la práctica de la convivencia en coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales que constituye al lenguajear, comenzó a ser conservada de manera transgeneracional, al ser aprendida, generación tras generación, como parte de la práctica cotidiana del convivir por las formas juveniles de ese grupo de primates. Más aún, pienso que al surgir el lenguajear como un modo de operar en el convivir, surgió necesariamente entrelazado con el emocionar, constituyendo de hecho al vivir en el lenguaje, en un convivir en coordinaciones de coordinaciones de acciones y emociones que yo llamo conversar (ver Maturana, 1988). Por esto pienso que, en un sentido estricto, lo humano surgió cuando nuestros ancestros comenzaron a vivir en el conversar como una manera cotidiana de vivir que se conservó generación tras generación en el aprendizaje de los hijos.

Y pienso, también, que al surgir lo humano en la conservación transgeneracional del vivir en el conversar, todas las actividades humanas surgieron como conversaciones (redes de coordinaciones de coordinaciones conductuales con-

sensuales entrelazadas con el emocionar), y que, por lo tanto, todo el vivir humano consiste en un vivir en conversaciones y redes de conversaciones. En otras palabras, lo que digo es que, en tanto lo que nos constituye como seres humanos es nuestro existir en el conversar, todas las actividades y quehaceres humanos tienen lugar como conversaciones y redes de conversaciones, y que aquello que un observador dice que un *Homo sapiens sapiens* hace fuera del conversar, no es una actividad o hacer humano. Así, el cazar, el pescar, el atender un rebaño, el cuidado de los niños, la veneración, el construir casas, el hacer alfarería, la medicina, como actividades humanas, son diferentes clases de conversaciones, y consisten como tales en distintas redes de coordinaciones de coordinaciones consensuales de acciones y emociones.

Las emociones preexisten al lenguaje en la historia del origen de la humanidad porque como distintos modos de moverse en la relación, son constitutivas de lo animal. Cada vez que los seres humanos distinguimos una emoción en nosotros o en otro animal, humano o no, hacemos una apreciación de las acciones posibles de ese ser, y las diferentes palabras que usamos para referirnos a diferentes emociones, denominan, respectivamente, los distintos dominios de acciones en que nosotros o los otros animales nos movemos o podemos movernos. Así, al hablar de amor, miedo, vergüenza, envidia, enojo... connotamos dominios de acciones diferentes, y actuamos en el entendimiento de que en cada uno de ellos, un animal o persona sólo, puede hacer ciertas cosas y no puede hacer otras. De hecho, yo mantengo que la emoción define a la acción, y que hablando en un sentido biológico estricto, lo que connotamos cuando hablamos de emociones, son distintas disposiciones corporales dinámicas que especifican en cada instante la acción que un cierto movimiento o una cierta conducta es. De acuerdo a esto, yo mantengo que es la emoción bajo la cual tiene lugar o es recibida una conducta o un gesto lo que hace a esa conducta una acción u otra, como por ejemplo, una invitación o una amenaza. Se

sigue de esto que si queremos comprender lo que sucede en cualquier conversación, tenemos que ver la emoción que especifica el dominio de acciones en el cual las coordinaciones de coordinaciones de acciones que la conversación implica tienen lugar. Por lo tanto, para entender lo que sucede en una conversación tenemos que prestar atención al entrelazamiento del emocionar y el lenguajear que ésta involucra. Más aun, tenemos que hacerlo dándonos cuenta de que el lenguajear tiene lugar en cada instante como parte de una conversación en progreso, o surge sobre un emocionar ya presente. Como resultado de esto, el significado de las palabras, esto es las coordinaciones de acciones y de emociones que ellas implican como elementos en el fluir del conversar a que pertenecen, cambia con el fluir del emocionar; y viceversa, el fluir del emocionar cambia con el fluir de las coordinaciones de acciones, y, por lo tanto, al cambiar el significado de las palabras, cambia el fluir del emocionar. Debido al continuo entrelazamiento del lenguajear y el emocionar que involucra el conversar, las conversaciones recurrentes estabilizan el emocionar que implican. Al mismo tiempo, debido a este mismo entrelazamiento del lenguajear y el emocionar, cambios en las circunstancias del vivir que cambian el conversar, implican cambios en el fluir del emocionar, tanto como en el fluir de las coordinaciones de acciones de aquellos que participan en esas conversaciones.

Ahora bien, ¿qué es una cultura desde esta perspectiva?

Yo mantengo que aquello que connotamos en la vida cotidiana, cuando hablamos de cultura o de asuntos culturales, es una red cerrada de conversaciones que constituye y define una manera de convivir humano como una red de coordinaciones de emociones y acciones que se realiza como una configuración particular de entrelazamiento del actuar y el emocionar de la gente que vive esa cultura. Como tal, una cultura es constitutivamente un sistema conservador cerrado, que genera a sus miembros en la medida en que

éstos la realizan a través de su participación en las conversaciones que la constituyen y definen. Se sigue de esto también, que ninguna acción particular, y que ninguna emoción particular, define a una cultura, porque una cultura como red de conversaciones es una configuración de coordinaciones de acciones y emociones.

En fin, de todo esto se sigue que diferentes culturas son distintas redes cerradas de conversaciones, que realizan otras tantas maneras distintas de vivir humano como distintas configuraciones de entrelazamiento del lenguajear y el emocionar. También se sigue, que un cambio cultural es un cambio en la configuración del actuar y el emocionar de los miembros de una cultura, y que como tal tiene lugar como un cambio en la red cerrada de conversaciones que originalmente definía a la cultura que cambia. Por último, debiera ser aparente por lo que acabo de decir, que los bordes de una cultura, como manera de vivir, son operacionales, y que surgen con su establecimiento y, al mismo tiempo, debiera ser también aparente que la pertenencia a una cultura es una condición operacional, no una condición constitutiva o propiedad intrínseca de los seres humanos que la realizan, y que cualquier ser humano puede pertenecer a diferentes culturas en diferentes momentos de su vivir, según las conversaciones en las que él o ella participe en esos distintos momentos.

Cambio cultural

En la medida en que una cultura, como manera de vivir humana, es una red cerrada de conversaciones, una cultura surge tan pronto como en una comunidad humana comienza a conservarse una red particular de conversaciones como la manera de vivir de esa comunidad, y desaparece o cambia cuando tal red de conversaciones deja de ser conservada. Dicho de otra manera, en la medida en que una cultura como una red particular de conversaciones es una configuración particular de coordinaciones de coordinaciones de acciones

y emociones (un entrelazamiento particular del lenguaje y el emocionar), una cultura surge cuando una comunidad humana comienza a conservar generación tras generación una nueva red de coordinaciones de coordinaciones de acciones y emociones como su manera propia de vivir, y desaparece o cambia cuando la red de conversaciones que la constituye deja de conservarse. Por lo tanto, para entender el cambio cultural, debemos ser capaces tanto de caracterizar a la red cerrada de conversaciones que como práctica cotidiana de coordinaciones de acciones y emociones entre los miembros de una comunidad particular constituyen la cultura que esa comunidad vive, como de reconocer las condiciones de cambio emocional bajo las cuales las coordinaciones de acciones de una comunidad pueden cambiar de modo que surja en ella una nueva cultura.

CULTURA MATRÍZTICA Y CULTURA PATRIARCAL

Consideraré ahora dos casos particulares: uno, la cultura básica en la cual los seres humanos modernos occidentales estamos inmersos, la cultura patriarcal europea; el otro, la cultura que sabemos ahora (Gimbutas, 1982 y 1991) la precedió en Europa, y que vamos a llamar cultura matríztica. Como tales, estas dos culturas constituyen dos modos diferentes de vivir las relaciones humanas, y, según lo dicho antes, las redes de conversaciones que las caracterizan realizan dos configuraciones de coordinaciones de coordinaciones de acciones y emociones distintas que abarcan todas las dimensiones de ese vivir.

A continuación, describiré estas dos culturas en términos más bien coloquiales, haciendo referencia al distinto operar en la vida cotidiana de sus miembros en el ámbito de las relaciones humanas, pero antes quiero hacer algunas consideraciones generales en relación a la vida cotidiana.

Yo pienso que la historia de la humanidad ha seguido y sigue un curso determinado por las emociones, y en particular por los deseos y preferencias. Son nuestros deseos y preferencias lo que en cualquier momento determina lo que hacemos o no hacemos, no la disponibilidad de lo que hoy connotamos al hablar de recursos naturales u oportunidades económicas, y que tratamos como condiciones del mundo cuya existencia sería independiente de nuestro hacer. Nuestros deseos y preferencias surgen en nosotros en cada instante en el entrelazamiento de nuestra biología y nuestra cultura, determinando en cada instante nuestras acciones, y, por lo tanto, qué constituye un recurso, qué constituye una posibilidad, o qué constituye una oportunidad en ese instante.

Más aún, yo sostengo que, siempre actuamos según nuestros deseos, aun cuando parece a veces que actuamos en contra de algo, o forzados por las circunstancias: siempre hacemos lo que queremos, ya sea directamente porque nos gusta hacer lo que hacemos, o indirectamente porque queremos las consecuencias de nuestra acciones, aunque éstas no nos gusten. Y sostengo, además, que si no comprendemos esto, no podemos comprender nuestro ser cultural, porque al no entender que nuestras emociones constituyen y guían nuestras acciones en nuestro vivir, no tenemos elementos conceptuales para entender la participación de nuestras emociones en lo que hacemos como miembros de una cultura, y no comprendemos el curso de nuestras acciones en ella. En fin, yo también mantengo que si no entendemos que el curso de las acciones humanas sigue el curso de las emociones, no podemos entender el curso de la historia de la humanidad.

Caractericemos ahora a la cultura patriarcal y a la cultura matríztica en términos de las conversaciones básicas que las constituyen a partir de cómo éstas aparecen en lo que hacemos en nuestra vida cotidiana.

a) **Cultura patriarcal:**

Los aspectos puramente patriarcales de la manera de vivir de la cultura patriarcal europea a la cual pertenece gran parte de la humanidad moderna, y que de aquí en adelante llamaré cultura patriarcal, constituyen una red cerrada de conversaciones caracterizada por las coordinaciones de acciones y emociones que hacen de nuestra vida cotidiana un modo de coexistencia que valora la guerra, la competencia, la lucha, las jerarquías, la autoridad, el poder, la procreación, el crecimiento, la apropiación de los recursos, y la justificación racional del control y de la dominación de los otros a través de la apropiación de la verdad.

Así, en nuestra cultura patriarcal hablamos de luchar en contra de la pobreza y el abuso cuando queremos corregir lo que llamamos injusticias sociales, o de luchar contra la contaminación cuando hablamos de limpiar el medio ambiente, o de enfrentar la agresión de la naturaleza cuando nos encontramos ante un fenómeno natural que constituye para nosotros un desastre, y vivimos como si todos nuestros actos requiriesen del uso de la fuerza, y como si cada ocasión para una acción fuese un desafío.

En nuestra cultura patriarcal vivimos en la desconfianza, y buscamos certidumbre en el control del mundo natural, de los otros seres humanos, y de nosotros mismos. Continuamente hablamos de controlar nuestra conducta o nuestras emociones, y hacemos muchas cosas para controlar la naturaleza o la conducta de otros, en el intento de neutralizar lo que llamamos fuerzas antisociales y naturales destructivas, que surgen de su autonomía.

En nuestra cultura patriarcal no aceptamos los desacuerdos como situaciones legítimas que constituyen puntos de partida para una acción concertada frente a un propósito común, y debemos convencernos y corregirnos unos a otros, y solamente toleramos al diferente en la confianza de que

eventualmente podremos llevarlo a él o a ella por el buen camino que es el nuestro, o hasta que podamos eliminarlo o eliminarla bajo la justificación de que está equivocado.

En nuestra cultura patriarcal vivimos en la apropiación, y actuamos como si fuese legítimo establecer por la fuerza bordes que restringen la movilidad de los otros en ciertas áreas de acciones que antes de nuestra apropiación eran de su libre acceso. Más aún, hacemos esto mientras retenemos para nosotros el privilegio de movernos libremente en esas áreas, justificando nuestra apropiación de ellas mediante argumentos fundados en principios y verdades de las que también nos hemos apropiado. Así hablamos de recursos naturales en un acto que nos ciega frente a la negación del otro que nuestro deseo de apropiación implica.

En nuestra cultura patriarcal, repito, vivimos en la desconfianza de la autonomía de los otros, y estamos apropiándonos todo el tiempo del derecho a decidir lo que es legítimo o no para ellos en un continuo intento de controlar sus vidas. En nuestra cultura patriarcal vivimos en la jerarquía que exige obediencia, afirmando que una coexistencia ordenada requiere de autoridad y subordinación, de superioridad e inferioridad, de poder y debilidad o sumisión, y estamos siempre listos para tratar todas las relaciones, humanas o no, en esos términos. Así, justificamos la competencia, esto es, un encuentro en la mutua negación, como la manera de establecer la jerarquía de los privilegios bajo la afirmación de que la competencia promueve el progreso social al permitir que el mejor aparezca y prospere.

En nuestra cultura patriarcal estamos siempre listos a tratar a los desacuerdos como disputas o luchas, a los argumentos como armas, y describimos una relación armónica como pacífica, es decir, como la ausencia de guerra, como si la guerra fuese la actividad propiamente humana más fundamental.

b) Cultura Matríztica

La cultura matríztica prepatriarcal europea, a juzgar por los restos arqueológicos encontrados en la zona del Danubio, los Balcanes y área Egea (ver Marija Gimbutas, 1982), debe haber estado definida por una red de conversaciones completamente diferente a la patriarcal. No tenemos acceso directo a tal cultura, pero pienso que la red de conversaciones que la constituía puede ser reconstruida a partir de lo que es revelado en la vida cotidiana por aquellos pueblos que aún la viven, y por las conversaciones no patriarcales aún presentes en las mallas de la red de conversaciones patriarcales que constituye nuestra cultura patriarcal ahora. Así, pienso que debemos deducir a partir de los restos arqueológicos mencionados, que la gente que vivía en Europa entre 7.000 y 5.000 A/C, eran agricultores y recolectores que no fortificaban sus poblados, que no tenían diferencias jerárquicas entre las tumbas de los hombres y las mujeres, o entre las tumbas de los hombres, o entre las tumbas de las mujeres.

También podemos ver que esos pueblos no usaban armas como adornos, y que en lo que podemos suponer eran lugares ceremoniales místicos (de culto), depositaban principalmente figuras femeninas. Más aún, de esos restos arqueológicos podemos también deducir que las actividades cúllicas (ceremoniales místicos) estaban centradas en lo sagrado de la vida cotidiana en un mundo penetrado por la armonía de la continua transformación de la naturaleza a través de la muerte y el nacimiento, abstraída bajo la forma de una diosa biológica en la forma de una mujer o de una combinación de mujer y hombre, o de mujer y animal.

¿Cómo vivía este pueblo matrízttico? Los campos de cultivo y recolección no eran divididos, nada muestra que se pudiese hablar de la apropiación de ellos. Cada casa tenía un pequeño lugar ceremonial, además del lugar ceremonial de la comunidad. Las mujeres y los hombres se vestían de

una manera muy similar a los vestidos que vemos en las pinturas murales minoicas de Creta. Todo indica que vivían penetrados del dinamismo armónico de la naturaleza evocado y venerado bajo la forma de una diosa, y que usaban el crecimiento y decrecimiento de la luna, la metamorfosis de los insectos, y las diferentes formas del vivir de las plantas y de los animales no para representar las características de la diosa como un ser personal, sino que para evocar esa armonía, aunque toda la naturaleza debe haber sido para ellos un continuo recordatorio de que todos los aspectos de su propio vivir compartían su presencia, y estaban así preñados de sacralidad.

En la ausencia de la dinámica emocional de la apropiación, esos pueblos no pueden haber vivido en la competencia, pues las posesiones no eran elementos centrales de la existencia. Además, como bajo la evocación de la diosa madre los seres humanos eran, como todas las criaturas, expresiones de su presencia, y, por lo tanto, iguales, ninguno mejor que los otros, a pesar de sus diferencias, no pueden haber vivido en las acciones que excluían sistemáticamente a algunas personas del bienestar que surgía de la armonía del mundo natural. Pienso por todo esto, que el deseo de dominación recíproca no debe haber sido parte del vivir cotidiano de esos pueblos matríticos, y que este vivir debe haber estado centrado en la estética sensual de las tareas diarias como actividades sagradas, con mucho tiempo para contemplar y vivir el vivir su mundo sin urgencia.

El respeto mutuo, no la negación suspendida de la tolerancia o de la competencia escondida, debe haber sido su modo cotidiano de coexistencia en las múltiples tareas involucradas en el vivir de la comunidad. El vivir en una red armónica de relaciones, como aquella que evoca la noción de la diosa, no implica operaciones de control o concesiones de poder a través de la autonegación de la obediencia.

Finalmente, ya que la diosa constituía, como he dicho, una abstracción de la armonía sistémica del vivir, la vida no puede haber estado centrada en la justificación racional de las acciones que implican la apropiación de la verdad. Todo era visible ante la mirada inocente espontánea de aquellos que vivían, como algo constante y natural, en la continua dinámica de transformación de los ciclos de nacimiento y muerte. La vida es conservadora. Las culturas son sistemas conservadores porque son el medio en que se crían aquellos que las constituyen con su vivir, al hacerse miembros de ellas al crecer, participando en las conversaciones que las realizan.

Así, los niños de esa cultura matrízica deben haber crecido en ella con la misma facilidad como nuestros niños crecen en nuestra cultura, y para ellos ser matrízicos en la estética de la armonía del mundo natural debe haber sido natural y espontáneo. No hay duda de que tienen que haber habido ocasiones de dolor, de enojo, y agresión, pero ellos, como cultura, a diferencia de nosotros, no vivían en la agresión, la lucha y la competencia, como aspectos definitorios de su manera de vivir, y el quedar atrapado en la agresión debe haber sido para ellos, por decir lo menos, de mal gusto. Ver también Riane Eisler, 1990.

A partir de esta manera de vivir podemos inferir que la red de conversaciones que definía a la cultura matrízica no puede haber consistido en conversaciones de guerra, lucha, negación mutua en la competencia, exclusión y apropiación, autoridad y obediencia, poder y control, bueno y malo, tolerancia e intolerancia, y justificación racional de la agresión y el abuso. Al contrario, las conversaciones de dicha red tienen que haber sido conversaciones de participación, inclusión, colaboración, comprensión, acuerdo, respeto y coinspiración. No hay duda de que la presencia de estas palabras en nuestro hablar moderno indica que las coordinaciones de acciones y emociones que ellas evocan o connotan también nos pertenecen a nosotros ahora, a pesar de nuestro

vivir en la agresión. Sin embargo, en nuestra cultura reservamos su uso para ocasiones especiales, porque no connotan para nosotros ahora nuestro modo general de vivir, o las tratamos como si evocasen situaciones ideales y utópicas, más adecuadas para los niños pequeños del jardín infantil que para la vida seria de los adultos, a menos que la usemos en esa situación tan especial, que es la democracia.

EL EMOCIONAR

A medida que crecemos como miembros de una cultura, crecemos en una red de conversaciones participando con los otros miembros de ella en una continua transformación consensual que nos sumerge en una manera de vivir que nos hace, y se nos hace espontáneamente natural. Allí, en la medida en que adquirimos nuestra identidad individual y nuestra conciencia individual y social (ver Verden-Zöllner 1978, 1979, 1982), seguimos como algo natural el emocionar de nuestras madres y de los adultos con los cuales convivimos, aprendiendo a vivir el flujo emocional de nuestra cultura que hace a todas nuestras acciones, acciones propias de ella.

En otras palabras, nuestras madres nos enseñan, sin saber que lo hacen, y nosotros aprendemos de ellas, en la inocencia de una coexistencia no reflexionada, el emocionar de su cultura, simplemente viviendo con ellas. El resultado es que, una vez que hemos crecido miembros de una cultura particular, todo en ella nos resulta adecuado y evidente, y, sin que nos demos cuenta, el fluir de nuestro emocionar (de nuestros deseos, preferencias, rechazos, aspiraciones, intenciones, elecciones...) guía nuestro actuar en las circunstancias cambiantes de nuestro vivir, de manera que todas nuestras acciones son acciones que pertenecen a esa cultura.

Esto, insisto, simplemente nos pasa, y en cada instante de nuestra existencia como miembros de una cultura hacemos lo que hacemos en la confianza de su legitimidad a me-

nos que reflexionemos..., que es precisamente lo que estamos haciendo en este momento. Y haciéndolo entonces ahora, aunque sólo sea de una manera somera, miremos tanto en el emocionar de la cultura patriarcal europea como de la cultura matríztica prepatriarcal, el hilado fundamental de las coordinaciones de acciones y emociones que constituyen las respectivas redes de conversaciones que las definen y constituyen como culturas diferentes.

Sin embargo, aun así, nuestra cultura presente tiene sus propias fuentes de conflicto porque está fundada en el fluir de un emocionar contradictorio que nos lleva al sufrimiento o a la reflexión. En efecto, el crecimiento del niño o niña en nuestra cultura patriarcal europea pasa por dos frases oponentes.

La primera tiene lugar en la infancia del niño o niña, mientras él o ella entra en el proceso de hacerse humano y crecer como miembro de la cultura de su madre, en un vivir centrado en la biología del amor como el dominio de las acciones que constituyen al otro como legítimo otro en coexistencia con uno, en un vivir que los adultos desde la cultura patriarcal en que están inmersos ven como un paraíso, como un mundo irreal de confianza, tiempo infinito y despreocupación.

El segundo comienza cuando el niño o niña es empujado o llevado a entrar “en el mundo real”, en la vida adulta, y comienza a vivir una vida centrada en la lucha y la apropiación en el continuo juego de las relaciones de autoridad y subordinación. La primera fase de su vida, el niño o niña la vive como una danza gozosa en la estética de la coexistencia armónica propia de la coherencia sistémica de un mundo que se configura desde la cooperación y el entendimiento.

La segunda fase de su vida en nuestra cultura patriarcal europea, es vivida por el niño o niña que entra en ella, o por el adulto que ya se encuentra allí, como un continuo esfuer-

zo por la apropiación y el control de la conducta de los otros, luchando siempre en contra de nuevos enemigos, y, en particular, hombres y mujeres entran en la continua negación recíproca de su sensualidad y de la sensualidad y ternura de la convivencia. Los emocionales que guían estas dos fases de nuestra vida patriarcal europea son tan contradictorios, que se oscurecen mutuamente. Lo corriente es que el emocionar adulto predomine en la vida adulta hasta que la siempre presente legitimidad biológica del otro se hace presente. Cuando esto pasa, comenzamos a vivir una contradicción emocional que procuramos sobrellevar a través del control o la autodominación, o transformándola en literatura escribiendo utopías, o aceptándola como una oportunidad para una reflexión que vivimos como un proceso que nos lleva a generar un nuevo sistema de exigencias dentro de la misma cultura patriarcal, o a abandonar el mundo refugiándonos en la desesperanza, o a volvernos neuróticos, o a vivir una vida matríztica en la biología del amor.

a) Emocionar matríztico

La infancia temprana en una cultura matríztica prepatriarcal europea no puede haber sido muy diferente de la infancia en nuestra cultura actual. De hecho, pienso que la infancia temprana como fundamento biológico de nuestro hacer nos humanos al crecer en lenguaje, no puede ser muy diferente en [as diferentes culturas sin interferir con el proceso normal de socialización del niño.

La emoción que constituye la coexistencia social es el amor, esto es, el dominio de aquellas acciones que constituyen al otro como un legítimo otro en coexistencia con uno, y nosotros, los seres humanos, nos hacemos seres sociales desde nuestra infancia temprana en la intimidad de la coexistencia social con nuestras madres. Así, el niño que no vive su infancia temprana en una relación de total confianza y aceptación en un encuentro corporal íntimo con su ma-

dre, no se desarrolla propiamente como un ser social bien integrado (ver Verden-Zöllner, 1978, 1979, 1982).

De hecho, es la manera en que se vive la infancia, y la manera en que se pasa de la infancia a la vida adulta, en relación con la vida adulta de cada cultura, lo que hace la diferencia en las infancias de las distintas culturas. Por todo lo que sabemos de las culturas matríticas en diferentes partes del mundo, podemos suponer que los niños de la cultura prepatriarcal matrítica europea accedían a su vida adulta sumergidos en el mismo emocionar de su infancia, esto es, en la aceptación mutua y en el compartir, en la cooperación, en la participación, en el autorrespeto y la dignidad, en un convivir social que surge y se constituye en el vivir en respeto por sí mismo y por el otro.

Sin embargo, tal vez se pueda decir algo más. La vida adulta de la cultura matrítica prepatriarcal europea no puede haber sido vivida como una continua lucha por la dominación y el poder, y no puede haber sido vivida de esa manera, porque la vida no estaba centrada en el control y la apropiación. Si miramos a las figuras ceremoniales de la diosa matrítica en sus varias formas podemos verla a ella como una presencia, una corporización, un recordatorio y una evocación del reconocimiento de la armonía dinámica de la existencia. Descripciones de ella en los términos de poder o autoridad o dominación, no se aplican y revelan una mirada a la diosa desde el patriarcado. Las figuras que la muestran antes de la cultura patriarcal como una mujer desnuda con rasgos de pájaros o de serpientes, o simplemente como un cuerpo femenino grueso o voluminoso con cuello y cabeza con las características de un falo, o sin rostro y con las manos apenas sugeridas, muestran, pienso, la conectividad y armonía de la existencia de un vivir que no estaba centrado en la manipulación ni en la reafirmación de un yo.

En la cultura matríztica prepatriarcal europea, la vida humana tiene que haberse vivido como parte de una red de procesos cuya armonía no dependía exclusiva o primariamente de ningún proceso particular. El pensamiento humano tiene que haber sido entonces naturalmente sistémico, manejando un mundo en el que nada era en sí o por sí mismo, y en el que todo era lo que era en sus conexiones con todo lo demás. El niño debe haber crecido hacia la vida adulta con o sin ritos de iniciación, accediendo a un mundo más complejo que el propio de su infancia, con nuevas actividades y responsabilidades en la medida en que su mundo se expandía, pero siempre en la feliz participación en un mundo que estaba totalmente presente en cualquier aspecto de su vivir. Más aún, los pueblos matrízticos europeos prepatriarcales tienen que haber vivido una vida de responsabilidad total en la conciencia de la pertenencia a un mundo natural. La responsabilidad tiene lugar cuando se es consciente de las consecuencias de las propias acciones y uno actúa aceptando esas consecuencias, cosa que inevitablemente pasa cuando uno se reconoce como parte intrínseca del mundo en que uno vive.

El pensamiento patriarcal es esencialmente lineal y tiene lugar en un trasfondo de apropiación y control, y fluye primariamente orientado hacia la obtención de algún resultado particular porque no atiende primariamente a las interacciones de la existencia. Por esto, el pensamiento patriarcal es sistemáticamente irresponsable. El pensamiento matríztico, por el contrario, tiene lugar en un trasfondo de conciencia de la interconectividad de toda la existencia, y por lo tanto, no puede sino vivirse continuamente en el entendimiento implícito de que todas las acciones humanas tienen siempre consecuencias en la totalidad de la existencia.

En consecuencia, en la medida en que el niño se hacía adulto en la cultura matríztica europea prepatriarcal, él o ella tiene que haber vivido la continua expansión de la mis-

ma manera de vivir: armonía en el convivir, participación, e inclusión en un mundo y una vida que estaban permanentemente bajo su cuidado y responsabilidad. Nada indica que la cultura matríztica europea prepatriarcal se haya vivido con una contradicción interna como la que vivimos en nuestra cultura patriarcal europea actual. La diosa no era un poder o un gobernante sobre los distintos aspectos de la naturaleza que debía ser obedecida en la autonegación, como podemos inclinarnos a pensar desde la perspectiva de nuestra manera de vivir patriarcal centrada en la autoridad y la dominación. Ella era en el pueblo matríztico prepatriarcal europeo la corporización de una evocación mística del darse cuenta de la coherencia sistémica natural que existe entre todas las cosas, así como de su abundancia armónica, y los ritos realizados con relación a ella tienen que haberse vivido como recordatorios místicos de la continua participación y responsabilidad humana en la conservación de esa armonía.

El sexo y el cuerpo eran aspectos naturales de la vida, no fuentes de vergüenza u obscenidad, y la sexualidad tiene que haberse vivido en la interconectividad de la existencia no primariamente como una fuente de procreación, sino como una fuente de placer, sensualidad y ternura en la estética de la armonía de un vivir en el que la presencia de todo tenía su legitimidad a través de su participación en la totalidad. Las relaciones humanas no eran relaciones de control o dominación, sino relaciones de congruencia y cooperación, no en la realización de un gran plan cósmico, pero sí en un vivir interconectado en el cual la estética y la sensualidad eran su expresión normal.

Para esa manera de vivir, un dolor ocasional, un sufrimiento circunstancial, una muerte inesperada, un desastre natural, eran rupturas de la armonía normal de la existencia y una llamada de atención frente a una distorsión sistémica que surgía a través de una ceguera humana que ponía a toda la existencia en peligro.

El vivir de esa manera requiere una apertura emocional a la legitimidad de la multidimensionalidad de la existencia que sólo la biología del amor proporciona. La vida matríztica europea prepatriarcal, estaba centrada, como el origen mismo de la humanidad, en el amor, y en ella la agresión y la competencia eran fenómenos ocasionales, no modos cotidianos del vivir.

b) Origen de nuestra cultura patriarcal

Pero, si la cultura matríztica europea prepatriarcal estaba centrada en el amor y en la estética, en la conciencia de la armonía espontánea de todo lo vivo y lo no vivo en su continuo fluir de ciclos entrelazados de transformación de vida y muerte, ¿cómo pudo surgir la cultura patriarcal como una cultura centrada en la apropiación, la jerarquía, la enemistad, la guerra, la lucha, la obediencia, la dominación y el control? La arqueología nos muestra que la cultura prepatriarcal europea fue brutalmente destruida por pueblos pastores patriarcales, que ahora llamamos indoeuropeos, que venían desde el Este, unos 7000 a 6000 años atrás. Según esto, el patriarcado no se originó en Europa, aun cuando el patriarcado indoeuropeo que invadía Europa fue transformado en el patriarcado europeo a través de sus encuentros con las culturas matrízticas preexistentes allí. En otras palabras, el patriarcado fue traído a Europa por pueblos invasores cuyos ancestros se habían hecho patriarcales a través de su propia historia de cambio cultural en alguna otra parte, de manera independiente de las culturas matrízticas europeas. Mi propósito en esta sección es reflexionar sobre cómo pudieron darse los cambios culturales que dieron origen al patriarcado en nuestros ancestros indoeuropeos.

Como he dicho en una sección anterior, pienso que una cultura es una red cerrada de conversaciones conservada como una manera de vivir en un sistema de comunida-

des humanas, y que para comprender cómo puede tener lugar el cambio cultural, es necesario mirar las circunstancias que pueden haber dado origen a un cambio en la red de conversaciones que constituye a la cultura en cambio. Más aún, también he dicho que para que se produzca un cambio cultural, el emocionar fundamental que constituye los dominios de acciones de la red de conversaciones que hace a la cultura en cambio, debe cambiar, y que sin cambio en el emocionar, no hay cambio cultural. En otras palabras, pienso que para comprender cómo una cultura particular puede haber cambiado en la historia humana, debemos reconstruir el conjunto de circunstancias bajo las cuales la nueva configuración de emocionar, que constituye los fundamentos de la nueva cultura, puede haber comenzado a conservarse de manera transgeneracional como el fundamento de una nueva red de conversaciones en una comunidad humana particular que originalmente no la vivía. Tal comunidad humana puede haber sido tan pequeña como una familia, y el nuevo emocionar no tiene que haber sido inicialmente nada especial como emocionar ocasional.

De hecho, yo pienso que en el origen de una nueva cultura, el nuevo emocionar surge como una variación ocasional y trivial en el emocionar cotidiano propio de la vieja cultura. Más aún, pienso que en este proceso, la nueva cultura surge cuando la presencia del nuevo emocionar contribuye a la realización de las condiciones que hacen su ocurrencia posible en el vivir cotidiano, lo que resulta en que el nuevo emocionar comienza a conservarse transgeneracionalmente como un nuevo modo corriente de vivir en la comunidad en un cambio que es aprendido simplemente de hecho por los jóvenes y los recién llegados, mientras viven como miembros de esa comunidad.

En fin, en términos generales, ya que un linaje, sea este biológico o cultural, se establece a través de la conser-

vación transgeneracional en una manera de vivir a medida que ésta se práctica de hecho por los jóvenes de la comunidad mientras viven como miembros de ella, cualquier variación ocasional de la manera de vivir corriente de una comunidad particular que comienza a ser conservada transgeneracionalmente, constituye un cambio que da origen a un nuevo linaje. El que el nuevo linaje persista o no, evidentemente depende de otras circunstancias que tienen que ver con las consecuencias de la conservación de la nueva manera de vivir. Lo que cabe destacar en este momento sin embargo, en relación con esto, es que el surgimiento de un nuevo linaje sólo puede ocurrir como una variación en torno a la manera de vivir ya establecida, que, al conservarse de manera transgeneracional, constituye y define al nuevo linaje.

En el caso particular de las culturas como linajes humanos de maneras de convivir, se produce un cambio en una comunidad humana particular sólo cuando una nueva manera de vivir como una red de conversaciones comienza a conservarse de manera transgeneracional y eso comienza a suceder cada vez que una configuración en el emocionar, y, por lo tanto, una nueva configuración en el actuar, comienza a ser parte de la manera corriente de incorporación cultural de los niños de esa comunidad, y estos la aprenden al vivirla.

Esto es lo que tiene que haber ocurrido en la transformación de la manera de vivir que dio origen a la cultura patriarcal indoeuropea cuando el emocionar que fundó lo que constituyó la manera típica de vivir en la apropiación, la enemistad, las jerarquías y el control, la autoridad y la obediencia, la victoria y la derrota, después de aparecer como un rasgo ocasional de la manera de vivir en alguna de las comunidades ancestrales, comenzó a conservarse generación tras generación, como un simple resultado del aprendizaje espontáneo de los niños miembros de esa co-

munidad. Imaginemos ahora cómo puede haber ocurrido esto de hecho.

Entre los pueblos paleolíticos, fundamentalmente matrízicos, que vivían en Europa hace más de 20.000 años, hubo algunos que se hicieron sedentarios recolectores, agricultores, y otros que se movieron hacia el Este, hacia Asia, siguiendo las migraciones anuales de manadas de animales salvajes, como los Lapones lo han estado haciendo con los renos hasta tiempos muy recientes o quizás aún ahora. Estas comunidades humanas que seguían a los animales en sus migraciones, no eran pastores porque no poseían a estos animales. Estas comunidades humanas no poseían a los animales de los cuales vivían, porque no ponían límites a su movilidad que restringiese de manera fundamental el acceso a ellos de otros animales, como los lobos, que se alimentaban también de ellos como parte de su vivir silvestre natural. En la ausencia de tal restricción, el lobo permanecía como un comensal con derechos de alimentación no cuestionados, aunque fuese ocasionalmente amenazado para que se moviese a comer un poco más allá.

En otras palabras, propongo que en aquellos tiempos lejanos, nuestros ancestros matrízicos en el origen del patriarcado no eran pastores porque no restringían el acceso de otros animales a las manadas de las cuales ellos mismos se alimentaban, y propongo que ellos no hacían eso porque el emocionar de la apropiación no era parte de su vivir cotidiano. La crianza de animales domésticos en el hogar implica una manera de vivir completamente distinta del pastoreo, entre otras cosas porque es el cuidado y la atención en la cercanía del hogar, no la apropiación, lo propio del emocionar que lo define.

Por lo tanto, mantengo que la cultura del pastoreo, esto es, la red de conversaciones que constituye el pastoreo, surge cuando los miembros de una comunidad huma-

na que vive siguiendo alguna manada particular de animales migratorios, comienza a restringir el acceso a ellos de otros comensales normales como el lobo, y lo hacen no sólo de una manera ocasional, sino como una práctica cotidiana que se conserva transgeneracionalmente a través del aprendizaje corriente y espontáneo de los niños que crecen como miembros de esa comunidad. Más aún, también mantengo que el pastoreo, como modo de vivir, no puede haber surgido sin el cambio en el emocionar que lo hace posible como modo de vivir, y que ese cambio en el emocionar tiene que haber surgido en el proceso mismo en que se comenzó a vivir de esa manera. Usualmente no vemos esta interdependencia entre el cambio en el emocionar y el cambio cultural, porque no estamos corrientemente conscientes de que toda cultura como una red de conversaciones es un modo particular de entrelazamiento del lenguajear y el emocionar. Además, no es fácil para nosotros seres humanos patriarcales modernos comprender el cambio en el emocionar implicado en la adopción de alguna nueva manera de vivir porque estamos acostumbrados a explicar lo que hacemos o lo que nos sucede con argumentos racionales que excluyen la mirada sobre el emocionar. Pero, lo que no es raro es la observación de que una persona puede vivir una gran transformación en su emocionar en relación con algún cambio de su manera de vivir.

En efecto, estos cambios en el emocionar ocurren con frecuencia cuando hay cambios de trabajo, o cambios de situación económica, o cambios en el ámbito de lo místico. Cuando suceden estos cambios en el emocionar, uno frecuentemente piensa que éstos son una consecuencia del cambio de trabajo o del cambio de las condiciones de vida. Yo pienso que esto no es así, pienso que es el cambio en el emocionar lo que hace posible las circunstancias de vida en las cuales tiene lugar el cambio de trabajo, o el cambio de situación económica, o el cambio en el vivir místico, y que cuando sucede, los dos procesos, nueva manera de vivir y nuevo

emocionar, tienen lugar de ahí para adelante de una manera en que se implican y apoyan mutuamente. De modo que yo pienso que si queremos comprender cómo ha ocurrido un cambio de cultura histórico, tenemos que imaginar las condiciones del vivir que hicieron posible el cambio en el emocionar bajo el cual tuvo lugar tal cambio dando origen a una red de conversaciones que comenzó a conservarse como resultado de su propia realización.

Volvamos ahora sobre lo que yo pienso que tiene que haber pasado en la adopción del modo de vida pastoral por nuestros ancestros indoeuropeos prepatriarcales. El primer paso tiene que haber sido la operación inconsciente que constituye a la apropiación, esto es, el establecimiento de un borde operacional que negó al lobo el acceso a su alimento natural que eran los animales de la misma manada de la que vivía la familia que comenzó tal exclusión. La implementación de tal borde operacional tiene que haber llevado temprano o tarde a matar al lobo. El matar a un animal no era una cosa novedosa seguramente para nuestros ancestros. El cazador toma la vida del animal que se va a comer. Pero, tomar la vida de un animal que uno va a comer, y tomar la vida de un animal al que uno le restringe su acceso a su alimento natural, y hacer esto de manera sistemática, son acciones que surgen bajo emociones muy diferentes. En el primer caso, en el caso del cazador, el cazador o la cazadora realiza un acto sagrado, un acto propio de las coherencias del vivir en el que una vida es tomada para que otra vida pueda continuar. En el segundo caso, el que mata lo hace dirigiéndose directamente a tomar la vida del animal que mata, y esa matanza no es un caso en el cual una vida es tomada para que otra pueda continuar, sino que es el caso en el que una vida es tomada para conservar una posesión que queda definida como posesión en ese mismo acto.

Las emociones que constituyen a estos dos actos, como acciones totalmente diferentes, son completamente opues-

tas. En el primer caso, el animal cazado es un ser sagrado que es muerto como parte de la armonía de la existencia; en este caso el cazador o la cazadora que toma la vida del animal cazado está agradecido. En el segundo caso, el animal cuya vida se toma es una amenaza para un orden artificial que la persona que se transforma en pastor crea en ese acto, y la persona que toma la vida del animal muerto, en esas circunstancias, está orgullosa. En lo que sigue, hablaré de cacería, solamente para referirnos al primer caso, para referirnos al segundo caso hablaré de matar o asesinar. Pero, nótese que tan pronto como las emociones que constituyen estas dos acciones se hacen aparentes, también se hace aparente que en la acción de caza el animal cazado es un amigo, mientras que en la acción de matar el animal muerto es un enemigo.

De hecho, yo pienso que con el origen del pastoreo surgió el enemigo como aquél cuya vida la persona que se ha vuelto pastor quiere destruir para asegurar el nuevo orden que instala a través de ese acto que configura la defensa de algo que se transforma en posesión en ese mismo acto de defensa. Esto es, yo mantengo que la vida pastoril de nuestros ancestros surgió cuando una familia que vivía siguiendo los movimientos libres de alguna manada silvestre, adoptó el hábito de impedir a otros animales que eran comensales naturales, su acceso libre a dicha manada, y que en este proceso este hábito se transformó en una característica conservada transgeneracionalmente como modo de vivir cotidiano de esa familia. Más aún, yo sostengo que la adopción de este hábito en una familia tiene que haber involucrado, como un rasgo de ese mismo proceso, cambios adicionales en el emocionar que llevaron a incluir, junto con el emocionar de la apropiación, a otras emociones como la enemistad, la valoración de la procreación, así como la asociación de la sexualidad de las mujeres con ella, el control de la sexualidad de las mujeres como procreadoras por el patriarca, el control de la sexualidad del hombre por la mujer como posesión, y

la valorización de las jerarquías y la obediencia, como característica intrínsecas de la red de conversaciones que constituyó el modo de vida pastoral.

Finalmente, también mantengo que debido a la manera humana de generalizar el entendimiento, la red de conversaciones que constituyó a la vida pastora patriarcal se hizo la red de conversaciones que constituyó al patriarcado como una manera de vivir independientemente del pastoreo bajo la forma de una red de conversaciones que traen a la mano:

- a) relaciones de apropiación y exclusión, enemistad y guerra, jerarquía y subordinación, poder y obediencia;
- b) relaciones con el mundo natural que se han desplazado desde la confianza activa en la armonía espontánea de toda existencia, a la desconfianza activa en aquella armonía, y un deseo por la dominación y el control;
- c) relaciones con el vivir que se han desplazado desde la confianza en la fertilidad espontánea de un mundo sagrado que existe en la legitimidad de una abundancia armónica que tiene lugar en la congruencia y balance natural de todas las maneras de vivir, a la búsqueda ansiosa de la seguridad que trae consigo la abundancia unidireccional que se obtiene al valorar la procreación, la apropiación y el crecimiento sin límites;
- d) relaciones de existencia mística que se han desplazado, desde una aceptación original en la participación en la unidad de lo vivo a través de una experiencia de pertenencia en una comunidad humana que se extiende a la totalidad de lo viviente, hacia un deseo de abandonar la comunidad de lo viviente a través de una experiencia de pertenencia en una unidad cósmica que conforma un dominio de espiritualidad invisible que trasciende lo vivo.

Volvamos nuevamente a mi proposición de cómo la cultura patriarcal indoeuropea puede haberse originado, y de cómo nuestra cultura patriarcal europea moderna puede haber derivado de ella. Para hacer esto, procederé a reconstruir la historia, considerando las varias transformaciones que yo pienso tienen que haber ocurrido en ese proceso.

Los miembros de una pequeña comunidad humana (que puede haber sido una familia, y entiendo por familia un grupo de adultos y niños que funciona como una unidad de convivencia) que vivían siguiendo alguna manada de animales migratorios, rechazaban ocasionalmente a los lobos que se alimentaban de esa manada. Mientras este corretear a los lobos fue un suceso ocasional, y éstos no eran muertos, no tuvo lugar ningún cambio fundamental en el emocionar de los miembros de esa comunidad. Sin embargo, cuando el rechazar, corretear o perseguir a los lobos de modo que éstos no se alimentasen de la manada se transformó en una práctica cotidiana, aprendida por los niños, generación tras generación, se produjo, entrelazado con esa práctica, un cambio básico en el emocionar de los miembros de esa comunidad, y surgió un modo de vivir en la protección de la manada, esto es, un modo de vivir que involucraba el emocionar de la apropiación y la defensa de aquello que se había apropiado. En la medida en que esta manera de emocionar comenzó a ser conservada, generación tras generación, al aprender los niños de la comunidad a vivir en las acciones que negaban al lobo su acceso normal a la manada, otras emociones aparecieron que también comenzaron a conservarse transgeneracionalmente.

Así, en la medida en que se empezó a perseguir al lobo para impedirle su acceso a su alimentación normal, surgió la inseguridad a través de la pérdida de confianza que traía consigo la continua atención que había que tener en las conductas de protección de la manada frente al lobo que había sido excluido como comensal natural. Más aún, cuan-

do el emocionar de la inseguridad surgió, la seguridad empezó a ser vivida como la total exclusión del lobo a través de la muerte. Pero, en la medida en que estos cambios en el emocionar y en el actuar tenían lugar, otro cambio en el emocionar debe haber surgido que constituyó un cambio básico nuevo en la manera de vivir de la comunidad, a saber, la enemistad como un deseo recurrente de negar a un otro en particular. Y cuando la enemistad surgió, surgió el enemigo, y con él los instrumentos de caza que se usaron para matar al lobo como un enemigo; se transformaron en armas.

Pero, ¿qué implican los cambios de la manera de vivir recién mencionada? Reflexionemos un momento. Una cultura como una manera de vivir es una red de conversaciones que es transgeneracionalmente conservada como un núcleo de coordinaciones consensuales de coordinaciones consensuales de acciones y emociones alrededor del cual nuevas acciones y nuevas emociones pueden aparecer. Cuando estas nuevas acciones y nuevas emociones comienzan también a ser conservadas transgeneracionalmente en la red de conversaciones que define a esa comunidad, tiene lugar un cambio cultural. Las acciones y emociones humanas pueden ser como tales las mismas en muchos dominios diferentes de existencias (o del hacer), y lo que uno aprende en un dominio de existencia (o del hacer), puede ser fácilmente transferido a otro.

Así, una vez que las conversaciones de enemistad y apropiación fueron aprendidas en la vida pastoril, ellas pudieron ser vividas en otros dominios de existencias y pudieron tener lugar con relación a otras entidades tales como la tierra, las ideas, o las creencias, al surgir las circunstancias apropiadas del vivir. Asimismo, aunque la apropiación y la enemistad pudieron haber comenzado como aspectos del emocionar del hombre, si fue el hombre quien empezó el pastoreo en los términos que hemos señalado, nada restringe este emocionar solamente a los hombres.

El patriarcado como manera de vivir no es una característica del ser del hombre, es una cultura, y por lo tanto, es un modo de vivir totalmente vivible por ambos sexos. Hombres y mujeres pueden ser patriarcales así como hombres y mujeres pueden ser, y han sido, matrízicos.

Continuemos ahora con nuestra reconstrucción del origen del patriarcado indoeuropeo y del patriarcado europeo moderno. En la medida en que la vida pastoril se mantuvo en el cuidado de los animales apropiados y en la defensa contra el lobo, convertido ya en enemigo, se perdió la confianza en la coherencia y armonía natural de la existencia, y la seguridad en la disponibilidad de los medios de vida comenzó a ser una preocupación satisfecha a través del crecimiento de la manada o del rebaño bajo el cuidado del pastor. En este proceso deben haberse producido tres cambios adicionales en la dinámica del emocionar de nuestros ancestros que se conservaron transgeneracionalmente, a saber: el deseo constante por tener más en una acumulación interminable de cosas que daban seguridad; la valorización de la procreación como una manera de obtener seguridad a través del crecimiento del rebaño o manada; y el temor a la muerte como una fuente de dolor y de pérdida total. Como resultado de este nuevo emocionar, la fertilidad dejó de ser vivida como coherencia y armonía de la abundancia natural de todas las formas de vida en la dinámica cíclica espontánea de nacimiento y muerte, y empezó a ser vivida como la procreación y el crecimiento que da seguridad.

La vida, al interior de la familia pastoril, debe haber cambiado de una manera coherente con lo anterior. La participación del hombre en la procreación que hasta aquí era vista como parte de la armonía de la existencia, debe haber empezado a ser asociada con la apropiación de los hijos, de la mujer y de la familia, y la sexualidad de la mujer debe haberse convertido en una propiedad del hombre que engendraba sus hijos. Como consecuencia, los niños y las mu-

jeros perdieron su libertad ancestral para convertirse en propiedad, y las mujeres de las familias pastoriles, a través de la asociación de su sexualidad con la procreación, junto con las hembras de la manada se convirtieron en una fuente de riqueza.

Finalmente, en la medida en que en esta transformación cultural la apropiación por el pastor de la vida sexual de la mujer tuvo lugar junto con la apropiación de sus hijos y con la valorización de la procreación, la familia pastoril se transformó en una familia patriarcal, y el hombre pastor se convirtió en patriarca. Pero, esta transformación de la manera de vivir, en la que una familia nómada comensal de alguna manada migratoria de animales salvajes pasó a ser pastora, tuvo una consecuencia fundamental, a saber, la explosión demográfica animal y humana.

De hecho, la valorización de la procreación implica acciones que abren la puerta al crecimiento exponencial de la población debido a que tal valoración se opone a cualquier acción de regulación de los nacimientos y del crecimiento de la población que la noción matríztica de fertilidad, como la coherencia sistémica de todos los seres vivos en su continuos ciclos de vida o muerte, permite.

No debemos olvidar, sin embargo, que estos cambios culturales, como cambios en la red de conversaciones que constituían la manera de vivir de la familia en cambio, surgen de cambios en el emocionar y en las coordinaciones de acciones que deben haber tenido lugar inicialmente en la armonía del diario vivir. O sea, esos cambios tienen que haber ocurrido a través de la transformación armónica de una forma conservadora de vivir que implicaba de manera natural a todos los miembros de la familia, en otra que también los implicó de una manera natural.

Así, mientras las mujeres y niños juntos con los hombres se volvían patriarcales en el proceso de llegar a ser pas-

tores, la biología del amor debe haber continuado a la base de su estar juntos como una familia en transformación en la que hombres y mujeres no estaban en una oposición constitutiva, y en la que los niños crecían en la intimidad de una relación materno infantil de espontánea aceptación y confianza. El hombre no tenía dudas ni contradicciones básicas en sus relaciones con las mujeres y los niños que constituían su familia, ni éstos en sus relaciones con él, y los cambios fundamentales que fueron ocurriendo en la transformación que dio origen a la familia patriarcal pastoril deben haber ocurrido como un proceso imperceptible para la misma familia en transformación.

En otras palabras, el cambio en el emocionar dentro de la familia con respecto a la movilidad y autonomía de las mujeres y los niños que fue ocurriendo en la familia patriarcal pastoril emergente, no fue visible dentro de la familia cambiante, debido a que los hombres, las mujeres y los niños, llegaron a ser patriarcales en ella sin conflicto. En este proceso, la vida de los niños cambió de la infancia a la vida adulta en un proceso en el que el emocionar de la vida adulta surgió como una transformación del emocionar de la infancia, y no como una negación de lo infantil y lo femenino por el hombre, de modo que esa transformación tiene que haberse vivido en la familia patriarcal emergente con inocencia.

También debemos darnos cuenta de que estos cambios en el emocionar y el actuar, aun cuando dieron origen en la familia patriarcal a una forma de vivir completamente diferente a la forma de vivir de la familia matríztica original, ocurrieron como procesos que sucedieron sin reflexión, fuera de cualquier intencionalidad, en el simple fluir de la vida diaria. Así, en tanto el hombre que comenzó a actuar en la protección diaria de la manada aprendió a hacerlo matando eventualmente al lobo, las mujeres y los niños aprendieron también, y ellos también tomaron parte en el establecimien-

to de la nueva forma de vivir en enemistad con el lobo, y en la apropiación de la manada.

En este proceso, en la medida en que la apropiación y la enemistad, la defensa y la agresión, llegaron a ser parte de la forma de vivir que se conservó transgeneracionalmente en el devenir histórico de una comunidad particular, este emocionar debe haber constituido una operacionalidad delimitante que separó a esta comunidad de otras comunidades de una manera transitoria o permanente, dependiendo de si esas otras comunidades estaban o no dispuestas a adoptar el nuevo emocionar y actuar, y con ello un nuevo conversar.

Pero, ya que, como dije anteriormente, el aprendizaje del emocionar es transferible, una vez que la enemistad y la apropiación han sido aprendidas como modos de emocionar en un cierto dominio particular de experiencias, pueden ser vividos en otros. Por esto, una vez que la enemistad y la apropiación llegaron a ser características de la forma de vivir en la protección de un rebaño, la enemistad y la apropiación también llegaron a ser parte de la defensa de otras características de la forma de vivir, tales como ideas, verdades, o creencias, y se abrieron las puertas para el fanatismo, la codicia y la guerra. Aún más, las oportunidades para la enemistad y la defensa de lo propio deben haber surgido en la medida en que el crecimiento de la población, y las migraciones consecuentes, forzaron el encuentro de comunidades diferentes, muchas de las cuales podrían ya haber desarrollado algunos sistemas de creencias propios que, en tanto eran ya ellos mismos pastores patriarcales, estaban también listos a defender. Creencias místicas, por ejemplo.

Los seres humanos podemos tener de manera espontánea en un momento u otro de nuestras vidas, una experiencia peculiar que vivimos como un súbito darnos cuenta de nuestra conexión y participación en un dominio más am-

plio de existencia que aquel de nuestro entorno corriente inmediato. Yo mantengo que esta experiencia peculiar de darse cuenta de que se pertenece o se es parte de un ámbito de identidad más amplio que el propio de una vida individual estrecha, es lo que usualmente se connota en diferentes culturas cuando se habla de una experiencia mística o espiritual.

También afirmo que la experiencia mística, repito, esta experiencia en la que uno se vive a sí mismo como componente integral de un dominio más amplio de relaciones de existencia, puede ocurrirnos espontáneamente, cuando ciertas condiciones internas y externas surgen naturalmente en el curso de nuestro vivir, como consecuencia de la realización intencional de ciertas prácticas que resultan en la creación artificial de esas condiciones. En cualquier caso, sin embargo, la forma en que la experiencia mística es vivida depende de la cultura en la que ocurre, es decir, depende de la red de conversaciones en la que está inmersa y vive la persona que tiene la experiencia mística.

Así, pienso que en la cultura matríztica agricultora recolectora de la Europa prepatriarcal, las experiencias místicas deben haber sido vividas como experiencias de integración sistémica en la red del vivir dentro de la comunidad de todo lo vivo. “La comunidad y yo, el mundo del vivir y yo, somos uno, todos los seres vivos y no vivos pertenecemos al mismo reino de existencias interconectadas... todos los seres venimos de la misma madre y somos ella a través de ser uno con ella y con los otros seres en la dinámica cíclica del nacimiento y la muerte”, podría ser una descripción de un experiencia mística en esta gente matríztica hecha con nuestras palabras.

Esto es, pienso que el compartir y la participación en la armonía de la coexistencia a través de la igualdad y unidad de todos los seres vivos y no vivos sin importar cuáles puedan ser sus diferencias individuales particulares en la conti-

nua renovación cíclica recurrente de la vida, deben haber sido los elementos relacionales prevalecientes de la experiencia mística matríztica. Y, yo creo que la experiencia mística de la gente europea matríztica prepatriarcal debe haber tenido estas características debido a que la persona agricultora recolectora raramente debe haber experimentado el vivir en total separación del apoyo y protección de la comunidad a la que él o ella pertenecía, o la ruptura de su conexión con una naturaleza armoniosa y acogedora.

En otras palabras, creo que la experiencia mística de la gente matríztica, europea, prepatriarcal, debe haber sido una de conexión con lo concreto de la vida diaria, y pienso que como tal debe haber sido una apertura a ver lo visible. En suma, pienso que la “espiritualidad” matríztica es constitutivamente terrestre. Con la cultura patriarcal pastoril las cosas tienen que haber sido diferentes.

Dado que el empujón fundamental que define a la red de conversaciones patriarcales pastoriles está centrado en la apropiación, la defensa, la enemistad, la procreación, el control, la autoridad, y la obediencia, la experiencia mística de nuestros ancestros patriarcales indoeuropeos tempranos, debe haber sido muy diferente de la experiencia mística que hemos descrito para la cultura matríztica europea prepatriarcal. El pastor tiene que haber pasado muchos días y noches, durante el verano, alejado de la compañía protectora de su comunidad mientras cuidaba y seguía o guiaba a sus manadas en busca de buenos pastizales en los valles montañosos y la protegía del lobo a quién había convertido en enemigo. Ahí, solitario, expuesto a la expansión inmensa de los cielos estrellados y enfrentando a la grandeza imponente de las montañas, él debe haber presenciado, simultáneamente fascinado y aterrado, muchos fenómenos eléctricos, luminosos, inesperados que ocurren en éstas, no solamente en los días de tormenta.

Pienso que cuando un pastor tuvo una experiencia mística espontánea en estas circunstancias, ésta tiene que haber sido vivida como una experiencia de pertenencia y conexión en un ámbito cósmico amenazante e impresionante en su poder y fuerza, lleno de enemistad y amistad al mismo tiempo, tanto bello como peligroso, un ámbito cósmico en el que uno puede existir sólo en la sumisión y en la obediencia. “Yo pertenezco al cosmos a pesar de mi infinita pequeñez, y me someto al poder de esa totalidad obedeciendo sus exigencias tal como me someto a la autoridad del patriarca”, puede ser una deserción de una experiencia mística vivida por nuestro imaginario pastor en la soledad de una noche abierta en la montaña. Así, pienso que mientras en la cultura prepatriarcal matrística de Europa, la persona que tuvo una experiencia mística debe haberse mantenido conectada a través de ella con el comfortable reino tangible del diario vivir, en la cultura pastoril patriarcal el pastor que tuvo una experiencia mística en la soledad de la montaña debe haber vivido una transformación que lo conectó con un reino intocable de relaciones de inmensidad, poder, temor, y obediencia.

Y también creo que, mientras que en la cultura matrística de la Europa prepatriarcal la persona que tuvo una experiencia mística debe haber tenido una experiencia de congruencia en la armonía de una dinámica permanentemente renovada de nacimiento y muerte, en la cultura pastoril patriarcal el pastor que tuvo una experiencia mística debe haber tenido una experiencia de sumisión y fascinación frente al flujo amenazante de un poder que dio lugar a la vida y a la muerte en la conservación y ruptura de un orden precario basado en la obediencia a su arbitrio.

La experiencia mística de la cultura pastoril patriarcal debe haber sido una experiencia de conexión en un reino abstracto de naturaleza completamente diferente al de la vida diaria, esto es, esta experiencia mística debe haber sido una

experiencia de pertenencia en un ámbito de existencia trascendental, y como tal tiene que haber sido una apertura a ver lo invisible. Aún más, el cuento relatado por el pastor que volvió transformado como resultado de su experiencia mística espontánea, debe haber sido escuchado tanto con admiración como con miedo, por una comunidad que entendió su discurso de autoridad y subordinación, de poder y obediencia, de amistad y enemistad, de exigencia y control, en términos completamente personales, y que pudo haber sido seducida por su grandeza. Con suficiente pasión, después de una experiencia mística un pastor puede haber llegado a ser un líder espiritual.

En breve, entonces, en la cultura matríztica no patriarcal de la Europa antigua, la experiencia mística tiene que haber sido vivida como una pertenencia pletórica de gozo en una red más amplia de existencia cíclica que englobaba a todo lo vivo y lo no vivo en el flujo de nacimiento y muerte, y debe haber implicado el autorrespeto y dignidad de la confianza mutua y la mutua aceptación. Contrariamente, en la cultura patriarcal pastoril, la experiencia mística debe haber sido vivida como una experiencia de pertenencia en un ámbito cósmico inmenso, temible y seductor, de una autoridad arbitraria e invisible, y debe haber implicado la exigencia de una absoluta negación de sí mismo en la total sumisión a ese poder propia al flujo unidireccional de enemistad y amistad de toda autoridad absoluta.

En otras palabras, mientras el misticismo matríztico invita a la participación y la colaboración en el autorrespeto y el respeto por el otro, y es, inevitablemente, no exigente, ni profético ni misionero, el misticismo patriarcal invita a la autonegación de la sumisión, y, de este modo, inevitablemente se vuelve exigente, profético, y misionero.

Quiero ahora hacer una pequeña digresión fisiológica. El sistema nervioso está constituido como una red neuronal

cerrada con estructura plástica que cambia siguiendo un curso contingente a la secuencia de las interacciones del organismo que integra (ver Maturana, 1983). En estas circunstancias, la forma en que el sistema nervioso de un animal opera es, necesariamente, siempre función de su particular historia de vida, y debido a esto un sistema nervioso siempre implica en su operar la historia de vida individual del animal que integra. En nosotros, los seres humanos, esta relación entre la historia de vida de un animal y la estructura de su sistema nervioso implica que independientemente de que se esté despierto o dormido, y en todas las experiencias que podemos vivir, nuestro sistema nervioso necesariamente siempre opera de una manera congruente con la cultura a la que pertenecemos, y genera una dinámica conductual que hace sentido en ella.

En otras palabras, los valores, las imágenes, los temores, las aspiraciones, las esperanzas o los deseos, que una persona vive en cualquier experiencia, ya esté despierta o en sueño, ya sea esta una experiencia común o mística, son necesariamente los valores, las imágenes, los temores, las aspiraciones, las esperanzas o los deseos de su cultura, más las variaciones en esto que él o ella puede haber añadido en su vida personal individual. Es debido a esta relación entre el operar del sistema nervioso de una persona y la cultura a que pertenece, que afirmo que la gente de las culturas europea matrística y patriarcal pastoril, deben haber tenido experiencias místicas diferentes, y que éstas diferentes experiencias místicas tienen que haber sido diferentes debido que cada una de ellas incorpora necesariamente el emocionar de la cultura en la que surge.

En otras palabras, propongo esta reconstrucción del origen de nuestra cultura patriarcal desde el darme cuenta de que todas las experiencias humanas, experiencias místicas incluidas, ocurren como parte de la red de conversaciones que constituye a la cultura en que surgen, y, por lo tan-

to, incorporan su emocionar. Además, dado que pienso que es el emocionar de una cultura lo que define su carácter, creo que mi reconstrucción de lo que pueden haber sido las experiencias místicas de nuestros ancestros europeos matrízticos y nuestros ancestros patriarcales pastoriles indoeuropeos es tan buena como mi reconstrucción del emocionar de estas culturas, y pienso que esta reconstrucción es buena porque recoge las emociones de los elementos matrízticos y patriarcales de nuestra cultura europea patriarcal moderna.

Continuemos entonces. Una vez que la forma patriarcal pastoril de vivir surge, la familia o la comunidad en la que comienza a ser conservada transgeneracionalmente se expande, tanto a través de la seducción de otras familias o comunidades, como a través de un crecimiento poblacional humano sin control. Aún más, tal crecimiento sin control de la población en una comunidad pastora debe haber ocurrido acompañado por un crecimiento comparable de los rebaños que inevitablemente debe haber dado lugar al abuso de los pastizales y a una expansión territorial que no puede sino haber resultado en alguna forma de conflicto en el encuentro con otras comunidades, independientemente de que éstas hayan estado centradas o no en la apropiación y la enemistad. La guerra, la piratería, la dominación política y la esclavitud, tienen que haber comenzado entonces, y eventualmente tienen que haberse producido migraciones masivas en busca de nuevos recursos de los cuales poder apropiarse.

Pienso que tiene que haber sido bajo estas circunstancias que nuestros ancestros indoeuropeos llegaron a Europa en un movimiento de conquista, piratería y dominio. Si la apropiación es legítima, si la enemistad es parte del emocionar de la cultura, si la autoridad, la dominación y el control son características de la forma de vivir de una comunidad humana, entonces la piratería es posible, o aún natural. Aún más, si la apropiación es parte de la forma natural de vivir,

todo está abierto a la apropiación, los hombres, las mujeres, los animales, las cosas, los países, las creencias..., si el empujón adecuado está presente, todo puede ser capturado por la fuerza de la misma forma en la que el lobo fue excluido originalmente de su legítimo acceso a alimentarse de la manada silvestre.

Así, en la medida en que los pueblos patriarcales indoeuropeos comenzaron a desplazarse hacia Europa, ellos llevaron consigo la guerra, pero no sólo la guerra, ellos llevaron consigo un mundo completamente diferente de aquel que encontraron. Los pueblos patriarcales pastoriles fueron dueños de propiedades y defensores de las propiedades, fueron jerárquicos, exigieron obediencia y subordinación, valoraron la procreación y controlaron la sexualidad de las mujeres; la gente matrística europea no se parecía en nada a esto. En su encuentro con la gente matrística europea los indoeuropeos patriarcales pastoriles se encontraron con su total opuesto cultural en cada aspecto, fuese este material o espiritual.

Aún más, como pueblos patriarcales pastoriles ellos tienen que haber vivido estas diferencias opuestas como una amenaza o un peligro a su misma existencia e identidad. Y de la misma forma en que ellos llegaron a vivir su relación con el lobo a través de la apropiación de la manada mediante su exterminio, su reacción debe haber sido la defensa de su propia cultura en la negación de la otra tanto a través de su completo control y dominio, como a través de su completa destrucción.

Los títulos de propiedad y la defensa de las “legítimas” posesiones de uno cuando estas son ideas o creencias, crean límites que separan lo que es correcto de lo que no lo es, lo que es legítimo de lo que es ilegítimo, lo que es aceptable y lo que no es aceptable. Si nosotros vivimos centrados en la apropiación, vivimos tanto nuestras propiedades como nuestras ideas y creencias como si ellas fueran nuestra identidad.

El que esto ocurre así es evidente en el hecho de que nosotros los occidentales patriarcales modernos vivimos cualquier amenaza a nuestras propiedades y cualquier contradicción o falta de acuerdo con nuestras ideas y creencias, como un peligro o amenaza que pone en riesgo los fundamentos mismos de nuestra existencia. Consecuentemente, en este encuentro con la cultura europea matríztica, los indoeuropeos patriarcales pastoriles tienen que haber vivido el sistema de creencias completamente diferente de esa cultura como un peligro y una amenaza a su identidad, y esto tiene que haber sido particularmente así en relación con las creencias místicas que están en la base de las experiencias que dan significado a la vida humana. Cuando en el encuentro de los pueblos patriarcales y europeos matrízticos, el pueblo patriarcal comenzó a defender y a imponer sus creencias místicas patriarcales, se estableció una frontera de legitimidad entre ambos sistemas de creencias místicas y ambos sistemas de creencias místicas se volvieron religiones.

Una religión es un sistema acotado de creencias místicas que es definido por los creyentes como el único correcto y plenamente verdadero. Previo a su violento encuentro con el patriarcado a través de la invasión de los indoeuropeos patriarcales pastoriles, la gente matríztica europea no vivía en una religión debido a que ellos no vivían en la apropiación y la defensa de la propiedad.

Reflexionemos por un momento en este asunto. La gente matríztica tuvo creencias místicas basadas en experiencias místicas que, creemos, expresaban o revelaban su comprensión básica de su relación con la totalidad de la existencia. Ellos expresaban esta comprensión a través de una deidad, la diosa madre que incorporaba y evocaba la coherencia dinámica y armónica de toda la existencia en una red sin fin de ciclos de nacimiento y muerte.

Contrariamente, pensamos, el pueblo patriarcal pastoril tuvo creencias místicas basadas en experiencias místicas que ellos vivieron como reveladoras de su conexión en un ámbito cósmico dominado por entidades poderosas, arbitrarias, que ejercían su voluntad en actos creativos capaces de violar cualquier orden previamente existente. El pueblo patriarcal pastoril expresaba su comprensión de las relaciones cósmicas a través de dioses que eran entidades trascendentes que imponían el temor y exigían obediencia. En su dominio místico propio, el pueblo patriarcal pastoril no tenía nada que defender y, consecuentemente, nada que imponer, cada creencia era natural y autoevidente. Dios como una entidad cósmica todopoderosa era obvio en su invisibilidad, y como tal era propiamente espiritual.

De hecho, tenía que ser así a través de la forma en que él debía haber surgido en la montaña mientras expresaba su carácter todopoderoso como patriarca cósmico. Las visiones místicas matríticas europeas eran totalmente diferentes debido a su carácter terrestre. Los fundamentos de la existencia para el pueblo matrítico estaban en la armonía dinámica del nacimiento y la muerte tanto como en la armónica coherencia de todas las cosas vivientes y no vivientes. Para el pueblo matrítico no había nada que temer cuando uno se movía en la coherencia de la existencia; para ellos no había fuerzas arbitrarias que exigieran obediencia, sólo disrupciones humanas de la armonía natural debido a una falta de conciencia circunstancial y la ceguera que implica una falta de conciencia. La divinidad no era una fuerza o una autoridad, y no podría haber sido así debido a que el pueblo matrítico no estaba centrado en la autoridad, la dominación o el control. La diosa madre concretizaba y evocaba la conciencia de esta armonía natural, y sus imágenes y los rituales en los que éstas eran usadas, pienso, eran presencia, evocación y participación en la armonía de todas las cosas existentes de una manera que permitía tanto a los hombres como a las mujeres permanecer conectados con ella en su vivir cotidiano. El

pueblo matríztico europeo no tenía nada que defender, tanto porque vivían en la conciencia de la armonía de la diversidad, como porque ellos no vivían en la apropiación.

En breve, cuando el pueblo indo-europeo patriarcal pastoril invadió Europa, sus patriarcas encontraron que no podían aceptar las creencias, modo de vida espiritual, o conversaciones místicas del pueblo matríztico, debido a que éstas contradecían completamente los fundamentos de su propia existencia. Así, ellos recurrieron a defender su modo de vida, sus creencias, de la única manera que conocían, esto es, a través de la negación del otro modo de vida o sistema de creencias, y del pueblo que las vivía, convirtiéndolos en sus enemigos.

Aún más, en el proceso de defender su vivir místico, los patriarcas indoeuropeos crearon una frontera de negación de todas las conversaciones místicas diferentes de las suyas, y establecieron de facto una distinción entre lo que llegó a ser en lo sucesivo legítimo e ilegítimo, creencias verdaderas y falsas, y realizaron la praxis de exclusión y negación en el ámbito espiritual que operacionalmente constituye a las religiones como dominios culturales de apropiación de las mentes y almas de los miembros de una comunidad por los defensores de la verdad o de las “creencias” verdaderas. Pero, antes de seguir adelante reflexionemos más sobre lo místico y lo religioso.

Una experiencia mística o espiritual, como es llamada usualmente en la actualidad, como experiencia de pertenencia o de conexión en un ámbito más amplio que aquel de los entornos inmediatos de uno, es una experiencia personal, privada, inaccesible a otros, y como tal no es transferible. El relatar una experiencia mística frente a una audiencia adecuada, sin embargo, puede resultar cautivador y seductor en tanto evoca un emocionar congruente en el que escucha, y cuando tal seducción ocurre, aun cuando no hay transferencia de la experiencia, muchos de los auditores pueden llegar

a convertirse en adeptos de la explicación de la experiencia que el expositor propone, y como resultado puede formarse una comunidad de creyentes. Cuando esto ocurre empero, el cuerpo de creencias que los nuevos creyentes adoptan, cualquiera que sea su complejidad y riqueza, no constituye una religión a menos que los miembros de esa comunidad afirmen que sus creencias revelan o involucran alguna verdad universal de la que ellos se apropian a través de la negación de otras creencias basadas en otros relatos de experiencias místicas o espirituales.

La apropiación de una verdad mística o espiritual que se sostiene como verdad universal, constituye el punto de partida o nacimiento de una religión, y requiere de un emocionar y una forma de vivir que no estaban presentes en la cultura europea matríztica. Nuestra cultura patriarcal europea confunde la religión con la espiritualidad, y en ella frecuentemente se habla de una experiencia religiosa como si fuese una experiencia mística.

Pienso que esta confusión opaca el hecho de que una religión no puede existir sin la apropiación de ideas y creencias, y no nos permite ver el emocionar que la constituye. A esto hay que agregar, que el advenimiento del pensamiento religioso a través de la defensa de lo que es “verdadero” y la negación de lo que es “falso”, es un proceso que nos ha cegado acerca de las bases emocionales de nuestros actos y, en consecuencia, acerca de nuestra responsabilidad en ellos, y ha obstruido nuestra posibilidad de entender que la historia humana sigue el camino del emocionar, y no un curso guiado por posibilidades materiales, o recursos naturales, debido a que oscurece nuestra visión de que son nuestros deseos y preferencias lo que determina qué vivimos como una verdad, qué vivimos como una necesidad, qué vivimos como una ventaja, y qué vivimos como un hecho.

Ahora hagamos un paralelo entre las conversaciones definitivas de la cultura patriarcal pastora y la cultura matríztica europea:

Mantengo que nuestra forma de vivir patriarcal europea surgió en el encuentro de las culturas patriarcal pastoril y matríztica prepatriarcal europea, como resultado de un proceso de dominación patriarcal directamente orientado a la completa destrucción de todo lo matríztico mediante acciones que pueden haber sido moderadas sólo por la biología del amor. De hecho, si queremos imaginarnos como puede haber ocurrido esto, todo lo que tenemos que hacer es leer la historia más reciente de la invasión de la Palestina, fundamentalmente matríztica, por los Hebreos patriarcales tal como está relatada en la Biblia.

La cultura matríztica no fue completamente extinguida; sin embargo, sobrevivió en bolsones culturales por aquí y por allá, y, particularmente, permaneció oculta en las relaciones entre las mujeres, y sumergida en la intimidad de las interacciones madre-hijo hasta el momento en que el niño o niña es requerido a entrar en la vida adulta donde el patriarcado aparece en su plenitud. Los hombres invasores patriarcales pastoriles, en una empresa de piratería y dominio, destruyeron todo, y después de exterminar a los hombres matrízticos se apropiaron de las mujeres matrízticas. Pienso que éstas no se sometieron voluntaria ni plenamente, lo que dio origen a una oposición en la relación hombre-mujer que no había estado presente en ninguna de las dos culturas originales.

En este proceso, en la medida en que los hombres patriarcales lucharon para someter a las mujeres matrízticas de las que se habían apropiado, las mujeres matrízticas resistieron y lucharon para mantener su identidad matríztica cediendo sólo para proteger sus vidas y las vidas de sus hijos, pero sin jamás olvidar su libertad ancestral. El niño na-

cido bajo este conflicto fue y es un testigo participante en él, y lo vivió y lo vive como una lucha permanente entre el hombre y la mujer que eventualmente llega a vivir como si esta lucha surgiese de una oposición intrínseca entre lo masculino y lo femenino, aun en el seno de su identidad psíquica individual.

En el medio de esta lucha, el hombre patriarcal, como poseedor de la madre, llegó a ser para el niño el padre, una autoridad que negaba el amor al mismo tiempo que lo exigía, un ser cercano y distante que era simultáneamente un amigo y un enemigo, en un proceso que igualaba la hombría con la fuerza y la dominación, y la femineidad con la debilidad y la emoción. En estas circunstancias, las mujeres encontraron que su único refugio ante la imposibilidad de escapar al control y dominación posesiva de los hombres patriarcales era conservar su cultura matríztica en relación con sus hijos e hijas, y, particularmente en relación con sus hijas, las que no tenían un futuro de autonomía en la vida adulta como sus hijos. Aún más, los niños de la nueva cultura patriarcal europea emergente vivieron una vida que implicaba una contradicción fundamental en la medida en que ellos crecían en una comunidad matríztica por algunos años, para entrar a una comunidad patriarcal en la vida adulta.

Tal como lo dije en una sección anterior, esta contradicción permanece aún con nosotros como una fuente de sufrimiento que no vemos, pero que es reconocida en mitos y cuentos de hadas, y que a veces es mal interpretada desde un punto de vista patriarcal ya sea como una lucha constitutiva entre el niño y el padre en la competencia por el amor de la madre, como en la noción freudiana del Complejo de Edipo, o como expresión de una disarmonía biológica constitutiva entre lo masculino y lo femenino.

En el primer caso, la legitimidad de la rabia del niño frente a un padre (hombre patriarcal) que abusa de la madre

(mujer matríztica), es opacada al tratarlo como expresión de una supuesta relación de competencia biológica del padre y el hijo por el amor de la madre. En la relación madre-hijo matríztica no perturbada, el niño jamás tiene dudas acerca del amor de la madre, ni tampoco permite la madre ninguna competencia entre su hombre y su hijo por su amor, debido a que, para ella, estas relaciones ocurren en dominios completamente diferentes, y el hombre sabe, tanto que ella viene con hijos, que su relación con ella durará sólo en cuanto él los ame.

En el caso puramente patriarcal, pastoril, tampoco hay conflicto entre el niño y el patriarca, porque el patriarca sabe que él es el padre de los niños de su mujer, y que su mujer no duda de la legitimidad de su relación amorosa con ella y con sus niños, precisamente debido a que él es el patriarca. La situación del niño en nuestra cultura patriarcal europea presente es completamente diferente debido a que la lucha constitutiva matríztica patriarcal en la que él crece no es sólo un aspecto ancestral del mito de la creación, sino un proceso continuamente presente. De hecho, en nuestra cultura patriarcal europea actual, un niño está en un riesgo siempre presente de negación, tanto por parte del padre en su oposición a la madre, como a través del descuido por parte de una madre que está bajo una permanente exigencia que la lleva a distraer su atención del niño en el intento de recuperar su plena identidad llegando a convertirse ella misma en patriarca.

Repitamos esto en otras palabras. En la historia de nuestra cultura patriarcal europea, el proceso de negación de la cultura matríztica prepatriarcal europea original no se ha detenido en la separación y oposición de una infancia matríztica y una vida adulta patriarcal. Por el contrario, y con diferentes velocidades y distintas formas en distintas partes del mundo, el empuje hacia la total negación de todo lo que sea matríztico ha llegado hasta la infancia, en una presión que

erosiona continuamente los fundamentos matrízicos del desarrollo del niño como un ser humano que crece en el autorrespeto y en conciencia social a través de una relación madre-hijo fundada en el juego libre en total confianza mutua y total mutua aceptación (ver Verden-Zöllner en el próximo capítulo).

Ciertamente este no es un curso escogido conscientemente, sino uno que resulta de la expansión de la vida adulta patriarcal en el ámbito de la infancia en tanto se les pide o exige a la madre y al hijo que actúen con los valores y deseos de la vida adulta patriarcal. En la medida en que las exigencias de la vida adulta patriarcal son introducidas en la relación madre-hijo, la atención tanto de la madre como del niño se distrae del presente de su relación, y el niño llega a crecer en la desconfianza del amor de su madre en la medida en que ella, sin darse cuenta, cede a estas exigencias, creando alrededor del niño un espacio de negación en el que su desarrollo humano normal en autorrespeto y conciencia social es distorsionado.

En el segundo caso, la oposición y desarmonía cultural que hay en el patriarcado europeo entre hombres patriarcales y mujeres matrízicas, es vivida como la expresión de una lucha entre el bien y el mal. En la cultura matrízica no hay bien ni mal debido a que nada es una cosa en sí misma, y cada cosa es lo que es en las relaciones que la constituyen. En una cultura matrízica las acciones inadecuadas revelan situaciones humanas de ceguera o de falta de conciencia de las coherencias normales de la existencia que pueden ser corregidas sólo a través de rituales que reconstituyen tal conciencia o capacidad para ver.

En la cultura patriarcal pastoril, a través de la emoción de enemistad, una acción inadecuada es vista como mala o perversa en sí misma, y su autor debe ser castigado. En el encuentro de la cultura patriarcal pastoril con la matrízica,

todo lo matríztico se vuelve perverso o una fuente de perversidad, y todo lo patriarcal se vuelve bueno o una fuente de virtud.

Así, lo femenino se vuelve equivalente a lo cruel, lo decepcionante, lo no confiable, lo caprichoso, lo poco razonable, lo poco inteligente, lo débil, y lo superficial, mientras que lo masculino se vuelve equivalente a lo puro y honesto, lo confiable, lo directo, lo razonable, lo inteligente, lo fuerte y lo profundo.

Resumamos entonces esta presentación en cuatro afirmaciones que aluden a lo que ocurre en nuestra cultura europea patriarcal hoy día:

- Nuestra vida presente como pueblo patriarcal europeo, con todas sus exigencias de trabajo, de éxito, de producción, y de eficacia, interfiere con el establecimiento de una relación madre-hijo normal, y, por lo tanto, con el desarrollo fisiológico y psíquico normal del niño o niña como un ser humano autoconsciente, con autorrespeto, y con respeto social (ver Verden-Zöllner en próximo capítulo).
- El desarrollo fisiológico y psíquico inadecuado del niño o niña que crece en nuestra cultura patriarcal, se muestra en que desarrolla dificultades para establecer relaciones sociales permanentes (amor), o en la pérdida de la confianza en sí mismo, o en la pérdida del autorrespeto, o en la pérdida del respeto por el otro, así como en el desarrollo de diferentes clases de dificultades psicosomáticas en general.
- La interferencia con el libre juego madre-hijo en total confianza y en total aceptación que trae consigo la destrucción de la relación materno infantil matríztica, da lugar a una dificultad fundamental en el niño o niña que crece, y eventualmente en el adulto, para vivir la

confianza y el confort de la mutua aceptación y respeto que constituye la vida social como un proceso mantenido. El niño o niña y el adulto permanecen en una búsqueda sin fin de una relación de mutua aceptación que ellos no han aprendido ni a reconocer, ni a vivir, ni a conservar, cuando les ocurre. Como resultado de esto, el niño o niña y el adulto siguen fracasando continuamente en sus relaciones en la dinámica patriarcal de las exigencias y la búsqueda del control mutuo que niega precisamente el mutuo respeto y la aceptación que ellos desean.

- Las relaciones de convivencia masculina-femenina son vividas como si existiera una oposición intrínseca entre el hombre y la mujer que se hace evidente en sus diferentes valores, intereses y deseos, mientras las mujeres son vistas como fuentes de perversidad y los hombres vistos como fuentes de virtud.

El conflicto básico de nuestra cultura europea patriarcal no es un conflicto competitivo del niño con el padre por el amor de la madre tal como la noción del Complejo de Edipo nos lleva a creer, ni la disarmonía intrínseca entre lo femenino y lo masculino supuesta en él y en las terapias que nos invitan a armonizar nuestro masculino y nuestro femenino. La rabia del niño contra el padre, connotada en la noción del Complejo de Edipo, es reactiva a su observación de las múltiples agresiones que su padre realiza contra su madre. El niño crece con esta rabia, negándola debido a que también es enseñado a amar al padre como la fuente de todo lo bueno, aun cuando encuentre en su vida diaria que es tanto en el dominio práctico como en el dominio emocional de la patriarcalidad paterna donde está el origen de la continua negación de los fundamentos matrízicos de su condición humana como un ser social bien integrado.

Al mismo tiempo, la oposición entre el hombre y la mujer que vivimos en nuestra cultura patriarcal europea, es

el resultado de la oposición sin fin entre lo patriarcal y lo matríztico que el niño comienza a vivir en su edad temprana, al escuchar las mutuas quejas maternas y paternas, propias de la oposición de las conversaciones patriarcales y matrízticas incluidas en nuestra cultura patriarcal europea. El conflicto básico de nuestra cultura patriarcal europea está aún en la lucha entre lo matríztico y lo patriarcal que la originó, y que aún vivimos de manera extrema en la transición de la infancia a la vida adulta como veremos en un momento.

Las mujeres mantienen una tradición matríztica fundamental en sus relaciones mutuas y en sus relaciones con sus hijos. El respeto y aceptación mutuos en el respeto por sí mismo, la preocupación por el bienestar del otro y el apoyo mutuos, la colaboración y el compartir, son las acciones que guían fundamentalmente sus relaciones. Aún así, los niños, hombres y mujeres, deben hacerse patriarcales en la vida adulta, cada uno según su género. Los niños deben hacerse competitivos y autoritarios, las niñas deben hacerse serviciales y sumisas. Los niños viven una vida de continuas exigencias que niegan la aceptación y respeto por el otro propios de su infancia; las niñas viven una vida que continuamente las presiona para que se sumerjan en la sumisión que niega el autorrespeto y dignidad personal que adquirieron en su infancia. La adolescencia y sus conflictos corresponden a esta transición. Los conflictos de la adolescencia no son un aspecto propio de la psicología del crecimiento, sino que surgen en el niño o niña que enfrenta una transición en la que tiene que adoptar un modo de vida que niega en él o ella todo el vivir que aprendió a querer y desear en la relación materno infantil y en las relaciones matrízticas de la infancia, y que tiene que ver con los fundamentos de su biología.

En otras palabras, la rebeldía de la adolescencia expresa el enojo, frustración y asco del niño o niña que tiene que aceptar y hacer suyo un modo de vida que ve como mentiro-

so e hipócrita. Este es el escenario en que vivimos nuestra vida adulta en la cultura patriarcal europea, y donde nos encontramos como hombres y mujeres, como hombres y hombres, como mujeres y mujeres, y donde la mayor parte del tiempo vivimos nuestra convivencia como un forcejeo continuo por la dominación del otro, cualquiera que sea el ámbito de coexistencia en que nos encontremos. Además, nos pasa que nos sumergimos en esta lucha o forcejeo sin que nos demos cuenta de ello, como simple resultado de nuestra convivencia con nuestros padres patriarcales europeos, y no necesariamente en respuesta a su deseo explícito de que sea así.

Ese modo de vivir resulta simplemente de nuestra participación inocente en el flujo de las conversaciones de lucha y guerra en que nos sumergimos al nacer: conversaciones de lucha entre el bien y el mal, entre el hombre y la mujer, entre la razón y la emoción, entre deseos contradictorios, entre la materia y el espíritu, entre valores, entre la humanidad y la naturaleza... entre ambición y responsabilidad, entre apariencia y esencia. En la medida en que crecemos inmersos en estas conversaciones contradictorias, vivimos desgarrados por nuestro deseo de conservar nuestra infancia matríztica, y satisfacer los deberes de nuestra vida adulta patriarcal, y requerimos de terapia para recuperar nuestra salud psíquica y espiritual a través de recuperar el respeto por nuestro cuerpo y nuestras emociones en la armonización, como se dice, de nuestro masculino y nuestro femenino.

Sin embargo, este conflicto que nos atrapa en nuestro crecimiento como niños de la cultura patriarcal europea es también nuestra posibilidad para entrar en la reflexión y salir de la trampa de la continua lucha en que hemos caído con el patriarcado.

Sin duda el patriarcado ha cambiado de manera diferente en distintas comunidades humanas según las distintas

particularidades de la historia de esas comunidades. Así, la posición de la mujer en el hogar y fuera de él, o la esclavitud como una forma de vida económica, o la manera de ejercer poder y control, han cambiado de maneras tan diferentes en distintas comunidades, que podemos hablar de ellas como distintas subculturas patriarcales que seguimos llamando patriarcales porque se ha conservado en ellas la red fundamental de conversaciones que las constituye como tales.

Sólo el surgimiento de la democracia ha sido, de hecho, una amenaza al patriarcado, porque surge como una expansión de las conversaciones matríticas, de la infancia de una manera que niega las conversaciones patriarcales. De modo que el hecho de que el patriarcado haya seguido distintos caminos en distintas comunidades humanas, no niega la validez de un argumento. El patriarcado ocurre en el dominio de las relaciones humanas como un modo de ser humano; el patriarcado no es una manera de vida “económica”, es un modo de relación entre seres humanos, es un modo de existencia psíquica humana.

Como decimos en la introducción a esta colección de ensayos, el patriarcado surgió como un cambio en la configuración de deseos que definían nuestro modo de coexistencia en el medio de un vivir matrítico, y sólo un nuevo cambio en la configuración de nuestros deseos en nuestra coexistencia puede llevarnos a un cambio que nos saque del patriarcado. Y este cambio podrá pasarnos ahora sólo si queremos que nos pase.

LA DEMOCRACIA

Las culturas son constitutivamente sistemas conservadores. Alguien se hace miembro de una cultura, ya sea al nacer en ella, o al incorporarse a ella como joven o adulto, en el proceso de aprender la red de conversaciones que la constituye al participar en esas mismas conversaciones en el curso del

vivir como miembros de ella. Los niños, o los adultos recién llegados, que no entran en tal proceso, no llegan a ser miembros de la cultura, y son expelidos, excluidos, o aceptados como residentes extranjeros. Una cultura es constitutivamente un sistema homeostático para la red de conversaciones que la define, y el cambio cultural, en general, no es fácil, y, sobre todo, no lo es en nuestra cultura patriarcal que es constitutivamente un dominio de conversaciones que genera y justifica en forma explícita acciones destructivas contra aquellos que directa o indirectamente la niegan con su conducta. Es en relación con ésta dinámica conservadora del patriarcado, que el origen de la democracia constituye un caso peculiar de cambio cultural, ya que surge en el medio de éste como una ruptura súbita de las conversaciones de jerarquía, autoridad, y dominación, que lo definen. Reflexionemos sobre lo que puede haber sucedido.

a) Origen de la democracia: Mi proposición

La oposición entre una infancia matríztica y una vida adulta patriarcal, que está en el fundamento de nuestra vida patriarcal europea, se manifiesta en nosotros como adultos en una añoranza inconsciente por la inocente y directa dignidad de nuestra infancia. Esta añoranza constituye en nosotros una disposición operacional siempre presente bajo la forma de un deseo recurrente inconsciente por vivir en la coexistencia fácil que surge del mutuo respeto, sin la lucha ni el esfuerzo continuo por la dominación del otro propio de la cultura patriarcal, y como tal, es un aspecto remanente de nuestro emocionar infantil matríztico. Pienso que esta añoranza por el respeto mutuo constituye el fundamento emocional en que surgió la democracia en Grecia como una cuña que abrió en nuestra cultura patriarcal una grieta a través de la cual pudo emerger nuevamente en nuestra vida adulta el emocionar infantil matríztico oculto. Al mismo tiempo, pienso también que es precisamente la naturaleza matríztica del emocionar que da surgimiento a la democra-

cia, lo que desencadena la oposición recurrente del patriarcado a ella. Mi proposición con respecto a esto es la siguiente:

La democracia surgió en la plaza del mercado de las ciudades-Estado griegos, en el Agora, mientras los ciudadanos hablaban entre ellos acerca de los asuntos de su comunidad, y como un resultado de sus conversaciones acerca de tales asuntos. Los ciudadanos griegos eran gente patriarcal en el momento en que la democracia empezó a sucederles de hecho como un aspecto de la praxis de su vivir cotidiano. Sin duda se conocían desde niños y se trataban los unos y los otros como iguales. Sin duda todos ellos conocían y estaban preocupados personalmente por los asuntos de la comunidad sobre los que hablaban y discutían. De modo que el hablar libremente acerca de los asuntos de la comunidad en el Agora, como si estos fueran cuestiones comunes legítimamente accesibles al examen de todos, seguramente empezó como un suceder espontáneo y fácil para los ciudadanos griegos.

Pero, en la medida en que los ciudadanos griegos comenzaron a hablar de los asuntos de la comunidad como si estos fueran igualmente accesibles a todos ellos, dichos asuntos se convirtieron en entidades que se podían observar y sobre las que se podía actuar como si tuviesen existencia objetiva en un dominio independiente, esto es, como si fuesen “públicos” y por eso no apropiables por el rey.

El encontrarse en el Agora o en la plaza del mercado haciendo públicos los asuntos de la comunidad al conversar de ellos, llegó a convertirse en una manera cotidiana de vivir en alguna de las ciudades-Estado griegos, y en el proceso, el emocionar en los ciudadanos cambió cuando la añoranza matrística fundamental por la dignidad del mutuo respeto propia de la infancia fue de hecho satisfecha espontáneamente en la operacionalidad de esas mismas conversacio-

nes. Más aún, en la medida en que ese hábito de hacer públicos los asuntos de la comunidad de una manera que constitutiva—mente excluía a esos asuntos de la apropiación por el rey, se estableció a través de las conversaciones que los hacía públicos, el oficio de rey se hizo de hecho irrelevante e indeseable.

Como consecuencia, en algunas ciudades-Estado griegas, los ciudadanos reconocieron ésta manera de vivir a través de un acto declaratorio que abolió la monarquía y la reemplazó por la participación directa de todos los ciudadanos en un gobierno que mantuvo la naturaleza pública de los asuntos de la comunidad implícita ya en esa misma manera cotidiana de vivir; y esto ocurrió mediante una declaración que, como proceso, era parte de esa manera de vivir. En esa declaración la democracia nació como una red acordada de conversaciones que:

- a) realizaba al Estado como una manera de coexistencia comunitaria en la que ninguna persona o grupo de personas podía apropiarse de los asuntos de la comunidad, y que mantenía estos asuntos siempre visibles y accesibles al análisis, examen, consideración, opinión, y acción responsable de todos los ciudadanos que constituían a la comunidad que era el Estado;
- b) hacía la tarea de decidir acerca de los diferentes asuntos del Estado la responsabilidad directa o indirecta de todos los ciudadanos;
- c) coordinaba las acciones que aseguraban que todas las tareas administrativas del Estado fueran asignadas transitoriamente a través de un proceso de elección en el que cada ciudadano tenía que participar en un acto de fundamental responsabilidad.

El que en una ciudad-Estado como Atenas, no todos sus habitantes fueran originalmente ciudadanos, sino que lo

fueran solamente los propietarios de la tierra, no altera la naturaleza fundamental del acuerdo de coexistencia comunitaria democrática como una ruptura básica de las conversaciones autoritarias y jerárquicas de nuestra cultura patriarcal europea. Tal vez, esta situación discriminatoria entre los habitantes de la ciudad-Estado fue una condición que hizo posible el surgimiento institucional de la democracia, al surgir ésta aparentemente sólo como una reordenación de las relaciones de autoridad que conservaba las dimensiones jerárquicas del patriarcado de una manera que ocultaba tanto su inspiración constitutivamente matríztica, como su operacionalidad constitutivamente antipatriarcal. El que la democracia es de hecho una ruptura en la coherencia de las conversaciones patriarcales, aunque no las niega completamente, se hace evidente, por una parte, en la larga lucha histórica por mantener la democracia, o por establecerla en nuevos lugares, contra un esfuerzo recurrente por reinstalar en su totalidad las conversaciones que constituyen el Estado autoritario patriarcal, y por otra parte, en la larga lucha por ampliar el ámbito ciudadano, y, por lo tanto, la participación del vivir democrático a todos los seres humanos, hombres y mujeres, que quedan fuera en su origen. Además, el que la democracia surge bajo una inspiración matríztica, aun cuando no recupera completamente la manera de vivir matríztica, es evidente en su operacionalidad de respeto mutuo que crea un pensar sistémico a través de la aceptación de los otros en la medida en que niega y se opone a la apropiación de los asuntos de la comunidad por cualquier persona particular, clase de persona, o grupo de personas.

Pero, aunque al surgir la democracia no niega completamente el patriarcado, y a pesar de la presión continua patriarcal para negar la democracia revirtiendo a una patriarcalidad total, la manera de pensar que la democracia implica se ha expandido a todos los dominios de las relaciones humanas, a las emociones, a las acciones, y a las reflexiones, creando espacios en los que el acuerdo, la cooperación,

la reflexión y la comprensión, reemplazan a la autoridad, el control, y la obediencia, como maneras de coexistencia humana. ¿En todos los dominios de la coexistencia humana? Sí, dentro de los confines de la contradicción básica de nuestra cultura patriarcal europea. De hecho, la democracia en su manera de constitución es una manera de vivir que yo llamo o considero neomatriztica.

Sin embargo, como no todas las formas de patriarcado tienen un núcleo cultural matriztico en la infancia, no todas incluyen un fondo de conversaciones matrizticas que permitan un emocionar adulto en el que las conversaciones democráticas pueden vivirse como algo que hace sentido como un modo naturalmente legítimo de coexistencia. Así pasa, por ejemplo, en las formas patriarcales más puras como las propias de los pueblos que viven bajo las diferentes ramas de la religión musulmana.

Las personas crecidas originalmente en el seno de las conversaciones patriarcales musulmanas, deben primero cambiar algunas dimensiones de su espacio convencional en una dirección matriztica para que las conversaciones democráticas les hagan sentido como generadoras de un espacio de coexistencia legítimo y deseable.

b) Ciencia y filosofía

Cuando los asuntos de la comunidad pasaron a ser públicos en las ciudades-Estado griegas, y el hablar de ellos se convirtió en parte de la manera diaria del vivir, el emocionar que hace posible el pensar objetivo, esto es, el pensar que trata a los objetos que surgen en la experiencia del observador como si ellos constituyesen entidades y procesos con existencia independiente de su hacer, llegó a ser el punto de partida para dos maneras diferentes de pensar y tratar el mundo de las experiencias, específicamente, la ciencia y la filosofía. Estas dos maneras de pensar y tratar con los fenómenos de la ex-

perencia, difieren en que lo que una persona quiere hacer en sus relaciones al hablar de ellos. En la cultura matríztica, donde el orden de las relaciones humanas no está fundado en relaciones de autoridad y obediencia, los objetos son lo que son en la relación en que ellos surgen al ser distinguidos. En la cultura patriarcal donde el orden en las relaciones humanas está fundado en la autoridad y la obediencia, los objetos son lo que son, determinados desde la autoridad de su creador, es decir, son en sí mismos.

En ninguna de estas dos culturas, sin embargo, las conversaciones objetivantes son parte de su manera normal de vivir. Con la objetivización de los asuntos de la comunidad que da surgimiento a la democracia en la plaza del mercado de las ciudades-Estado griegas, la práctica de la objetivización llega a ser característica de muchas conversaciones diferentes, al menos entre los ciudadanos, y abre la posibilidad de argumentar en otros aspectos de la vida cotidiana en términos de objetos. Pero no pasa solamente eso.

Las dos maneras de relacionarse en la acción propias de los aspectos matrízticos y patriarcales de nuestra cultura patriarcal europea, comienzan a participar de manera diferente en la objetivización. Así, en tanto en la disposición matríztica los objetos y procesos son los que son en la relación que los constituye en la distinción, ellos son lo que llegan a ser según como son usados. En la disposición matríztica los objetos no tienen identidad propia que imponer, y como ellos surgen como distinciones en una comunidad no centrada en la autoridad, es el acuerdo o consenso de la comunidad en relación con algún propósito común o con alguna dimensión de la convivencia lo que decide, de hecho, lo que será el proceso u objeto distinguido; no éste desde sí mismo. Esto es, desde el aspecto matríztico del pensar que se origina al surgir la objetivización que lleva a la democracia, las propiedades y características de los objetos y de los procesos surgen como relaciones constituyentes que aparecen en su

distinción. En este pensar, es la participación en el convivir como el modo de vivir que da a los objetos y procesos su existencia, lo que lleva a la validación operacional que hace posible la reflexión y el explicar científicos como un modo sistémico de dar cuenta de la vida cotidiana.

En cambio, desde el aspecto patriarcal del pensar objetivamente que surge con la democracia, es la autoridad lo que manda y determina, y los objetos y procesos distinguidos son lo que ellos son desde sí mismos, y constituyen autoridad para todo lo que tenga que ver con ellos desde el operar de sus propiedades y características intrínsecas. Como resultado, desde este pensar, el control, el poder y la obediencia deben prevalecer a cualquier costo, y surgen principios explicativos trascendentales que, como medios de dominación a través de la razón, dan origen al explicar filosófico como un explicar lineal fundado en verdades innegables. En la disposición matríztica, y, por lo tanto, en la democracia como un dominio neomatríztico, se conserva el respeto mutuo; en la disposición patriarcal, y por lo tanto, en la conservación de la jerarquía y la autoridad, se conservan el poder, la subordinación y la obediencia.

Pienso que los ciudadanos griegos se hacían estas reflexiones cuando la democracia comenzó a sucederles en su vivir cotidiano; lo que yo afirmo es que su emocionar se movía de esa manera, y que como resultado de ese emocionar surgieron las dos maneras de argumentar que aún distinguimos hoy con los hombres de ciencia y filosofía. Además, también sostengo que como consecuencia del distinto emocionar, que implican estas dos maneras de argumentar, resultó el establecimiento de los dos dominios de acciones básicamente diferentes que son la ciencia y la filosofía como dominios de explicaciones, es decir: el dominio de las acciones de la ciencia como un dominio de explicaciones válidas a través de la coherencia de las experiencias del científico, y el dominio de las acciones de la filosofía como un dominio

de explicaciones validadas a través de su coherencia con la conservación de los principios básicos que el filósofo mantiene.

De lo dicho se hace manifiesto que yo pienso que la práctica del pensar objetivo surgió con la democracia inmersa inicialmente en el carácter autoritario de nuestra cultura patriarcal europea aún presente, y en tanto permaneció así, normativa, permanece aún normativa en la política, en el seno de la vida democrática, y en muchos aspectos del vivir fuera de ella, y constituye el pensar ideológico y el explicar filosófico. Como resultado, lo que predomina desde el comienzo del pensamiento europeo moderno con el origen de la democracia griega, es el uso normativo de teorías filosóficas que dan cuenta de la experiencia humana por medio de principios explicativos que son juzgados como trascendentalmente válidos a priori, o a través del uso de la razón bajo la forma de teorías filosóficas de carácter político, moral o religioso fundadas en verdades aceptadas a priori como evidentes e innegables.

Desde entonces, son muchas las nociones básicas y principios explicativos distintos que han sido usados en muchas teorías filosóficas diferentes como nociones y principios que se tratan como si revelasen características objetivas innegables de una realidad trascendente más o menos cognoscibles, como si existiesen con independencia de lo que el observador hace, y que son usados como fundamentos para todas las cosas. El agua, el fuego, el movimiento, la materia, la mente, la conciencia... y muchas otras nociones más han sido usadas de esta manera a lo largo de la historia del patriarcado europeo.

El pensamiento matríztico que está en la base de la objetivización no normativa que constituye el fundamento del explicar científico, no se desarrolló inicialmente en esta historia, o se desarrolló sólo parcialmente, formando peque-

ñas áreas aisladas de sistemas explicativos de validación operacional que permanecieron subordinadas a las normas de doctrinas filosóficas que pretendieron incluirlas y validarlas. De hecho, aunque la posibilidad de la ciencia como una manera relacional y operacional de reflexión y explicación surge con el suceder de la democracia, ésta no se desarrolla propiamente hasta mucho más tarde en la historia de la cultura patriarcal europea. Y cuando la ciencia de hecho se desarrolla, lo hace de una manera fundamentalmente contradictoria con el pensamiento patriarcal que siempre intenta, ya sea usarla de una manera normativa, o subordinada a la filosofía.

En otras palabras, la ciencia y la filosofía, como maneras distintas de tratar con el objeto, surgen junto con la democracia en el proceso que da origen al empujón de la objetivización, pero, ya que la democracia como la ciencia son rupturas matrízicas de la red de conversaciones patriarcales, ambas enfrentan una continua oposición patriarcal que las destruye totalmente, o que las distorsiona sumergiéndolas en una clase de formalismo filosófico jerárquico.

c) La democracia hoy

Vivimos hoy un momento en la historia de la humanidad en el cual, de una manera o de otra, muchas naciones han declarado a la democracia como su forma preferida de gobierno. Sin embargo, la práctica actual de la democracia, como una coexistencia neomatrízica responsable en el respeto mutuo y el respeto a la naturaleza que su realización trae consigo, permanece hoy día en muchas de aquellas naciones como un mero deseo literario, o sólo parcialmente realizada, debido a su negación directa o indirecta a través de una larga historia política de conversaciones recurrentes de apropiación, jerarquía, dominación, guerra y control.

Veamos algunas de las formas frecuentes que adoptan estas conversaciones recurrentes que niegan la democracia.

- a) Conversaciones que confunden la democracia con una manera electoral de lograr el “poder político”. El emoción básico bajo el cual tienen lugar estas conversaciones es el deseo abierto o encubierto por la dominación o control de la conducta de los otros con el fin de satisfacer un deseo privado de autoridad y apropiación. Conversaciones de esta clase ocultan el hecho de que lo que en una cultura patriarcal se llama poder tiene lugar en la obediencia del otro a través de la sumisión obtenida por la coerción. Más aún, tal coerción usualmente tiene lugar disfrazada bajo argumentos que afirman que el poder es una propiedad o don de aquellos que ejercen la coerción a través de las acciones de sus adeptos de una manera que oculta la coerción que ellos ejercen. La democracia no opera en términos de poder, autoridad o exigencias de obediencia; muy por el contrario, la democracia se realiza mediante conductas que surgen de conversaciones de coinspiración que generan cooperación, consenso y acuerdos.
- b) Conversaciones que niegan el libre acceso a la observación, examen, opinión, o acción en los asuntos de la comunidad a algunos de sus miembros, y que hacen esto con argumentos que afirman que aquellos miembros de la comunidad excluidos son intrínsecamente incapaces de tener una participación adecuada en aquellos asuntos. La emoción fundamental involucrada en conversaciones de exclusión diferencial de esta clase es la preferencia patriarcal por relaciones de jerarquía y de control en el operar de una comunidad humana. Estas preferencias usualmente se ocultan bajo algún argumento de justicia o derecho, validado a través de referencias a algún sistema de nociones y principios tratados como trascendentalmente válidos. Pero, debido a su forma de constitución no hay ni puede haber ninguna justificación trascendental para la democracia; la democracia es una manera de vivir en comunidad que surge, cuando es de he-

cho adoptada, como un acuerdo social abierto que proviene de una añoranza o deseo profundo de recobrar una vida matrística como un vivir en el respeto mutuo y el autorrespeto.

- c) Conversaciones que justifican la negación del acceso a los medios básicos de subsistencia a algunos miembros de la comunidad a través de argumentos que afirman la legitimidad de la competencia en un mundo abierto a la libre empresa. El emocionar fundamental envuelto en estas conversaciones en nuestra cultura patriarcal, es el de la enemistad que surge con el deseo de la apropiación. La enemistad, la interferencia activa con el acceso que otro ser viviente podría normalmente tener a sus medios de subsistencia, es una característica de nuestra cultura patriarcal que ésta justifica con argumentos que hacen de la apropiación del mundo natural una virtud, o aun un derecho trascendental. En un vivir democrático, la cooperación, el compartir y la participación son partes de su emocionar básico, y la acción, a que conduce tal emocionar frente a la escasez, es la distribución participativa, no la apropiación. De manera que cualquier argumento que justifica la apropiación restringe o interfiere el acceso a los medios de vida a algunos de los miembros de una comunidad democrática, destruyendo la democracia en esa comunidad.
- d) Conversaciones que validan la oposición entre los derechos del individuo y los derechos de la comunidad bajo el argumento de que el individuo y la comunidad necesariamente se niegan unos a otros a través de un conflicto de intereses. El emocionar fundamental que estas conversaciones involucra es apropiación y enemistad bajo la afirmación de que la individualidad humana se constituye en una dinámica de oposiciones en la que cada individuo surge a través de un proceso de activa diferenciación del otro. Sin embargo, el individuo humano no

surge de una dinámica de oposiciones, sino que, por el contrario, surge en el desarrollo del autorrespeto y dignidad que tiene lugar a través de la confianza y respeto mutuos en un ámbito social propio de la vida matríztica de la infancia en la que él o ella llegó a convertirse tanto en un ser individual como en un ser social. Por consiguiente, la coexistencia democrática no surge en la historia europea del deseo de satisfacer intereses comunes, sino de la añoranza por la aceptación y el respeto mutuos. En otras palabras, el vivir democrático, según lo que yo digo, no surge como un mecanismo que permite resolver conflictos de intereses, sino que surge como un intento de realizar un modo neomatríztico de convivencia en la constitución de un Estado democrático como un proyecto común. La democracia no es una solución, es un acto poético que define un punto de partida para una vida adulta neomatríztica porque es la constitución por declaración de un Estado como un sistema de convivencia que es un sistema social humano, un ámbito de mutuo respeto, de cooperación y de coparticipación, coextenso con una comunidad humana regida o realizada por tal declaración.

- e) Conversaciones que afirman la necesidad de orden y estabilidad para asegurar la libre empresa y la libre competencia bajo el argumento de que es la libre empresa y la libre competencia lo que lleva al progreso social, en el supuesto implícito de que con la noción de progreso se connota algo que es un valor en sí. El emcionar fundamental en nuestra cultura patriarcal en relación con la noción de progreso es el propio de los deseos de apropiación o autoridad involucrados en las conversaciones de jerarquía, crecimiento, control y subordinación. Pero, el control de los otros, la obediencia bajo las relaciones jerárquicas que se mantienen mediante la coerción, y el crecimiento como una acumulación de bienestar a través de la apropiación de los medios de vida de los otros,

son acciones que estabilizan la exclusión y generan miseria material, depredación ambiental y sufrimiento, debido a que constituyen dinámicas de negación recurrente de los fundamentos matrízicos de nuestra infancia occidental, y más profundamente de nuestra constitución como seres humanos, y son, por lo tanto, intrínsecamente negadoras del respeto mutuo y autorrespeto constitutivo del vivir democrático. Más aún, esta manera de vivir en el continuo juego de la competencia y la demanda de estabilidad hace a la educación un instrumento de crianza de niños patriarcales que vivirán en contradicción emocional al vivir tanto en la continua negación de la democracia como una manera de coexistencia humana, como en la permanente añoranza por la recuperación de sus fundamentos matrízicos.

- f.) Conversaciones de poder, de control, y de confrontación en la defensa de la democracia, o para resolver las dificultades que surgen en el vivir en ella, en vez de conversaciones de reflexión, de acuerdo y de responsabilidad en relación con el propósito común que la funda. El empujar que da surgimiento a estas conversaciones implica la pérdida de la confianza en el otro junto con el deseo por la seguridad y protección que una autoridad amiga fuerte que controla al otro asegura, en una forma de coexistencia en la que cada desacuerdo se vive como una amenaza que tiene que ser encarada a través de la guerra y la negación de los otros, y en la que cada dificultad se vive como un problema que tiene que ser resuelto mediante la lucha, y en la que cada oportunidad para una nueva acción se aparece como un desafío que tiene que vivirse como una confrontación. Esta clase de conversaciones niega la democracia, de hecho o por inspiración, al destruir el respeto mutuo fundamental que hace posible la coinspiración para la convivencia en respeto mutuo que la constituye.

- g) Conversaciones que alaban a la relaciones jerárquicas, de autoridad, y de obediencia, como virtudes que aseguran el orden en las relaciones humanas. Conversaciones de esta clase aseguran una división jerárquica de las actividades humanas y estabilizan los privilegios sin el uso de la fuerza. El emocionar que da surgimiento a estas conversaciones es el deseo de mantener y asegurar el control de los privilegios apropiados. Las conversaciones de esta clase restringen el acceso que todos los miembros de una comunidad democrática deberían tener a los asuntos de la comunidad, y lo conceden como un privilegio a sólo algunos. Las conversaciones de esta clase destruyen la democracia por la negación de sus fundamentos.
- h) Conversaciones que presentan todo desacuerdo en una comunidad democrática como lucha por el poder bajo el argumento de que la democracia es una oportunidad para que participen en tal lucha todas las fuerzas sociales. En estas conversaciones, el emocionar fundamental va a través del deseo de control y dominación bajo el cual vivimos nuestro ser adulto en nuestra cultura patriarcal europea. En este emocionar vivimos todos nuestros desacuerdos como amenazas a nuestra identidad, y no los respetamos como expansión de una diversidad legítima de coinspiradores para una vida en democracia. Conversaciones de esta clase oscurecen el propósito común de la vida en democracia y tarde o temprano la niegan en su totalidad.
- i) Conversaciones de competencia y creatividad, que afirman que el progreso es una característica necesaria de la vida humana, y que el progreso es el incremento en la dominación de la naturaleza y el control de la vida. En estas conversaciones, el emocionar fundamental es la avaricia, el deseo por la apropiación y el control. Las conversaciones de competencia y de creatividad niegan al

otro, ya sea directamente en el acto de competir, o indirectamente mientras afirman que el otro carece de la creatividad básica necesaria en una sociedad que sobrevive solamente a través de una búsqueda interminable de la novedad. Estas conversaciones niegan la democracia al negar al otro en su total legitimidad, al devaluar la armonía del vivir que surge en la consensualidad y al alabar las diferencias que surgen en una lucha continua.

- j) Conversaciones de urgencia e impaciencia que exigen la acción inmediata, y que bajo el argumento de desconfianza intentan imponer una visión particular antes de que ésta sea sometida a la reflexión pública.. Estas conversaciones surgen en el deseo de control y certeza a cualquier costo, y son presentadas bajo el argumento de derecho y justicia. Estas conversaciones destruyen cualquier espacio para las conversaciones de coinspiración, limitando la posibilidad de cualquier acuerdo que pueda conducir a la comprensión y a la acción democrática. Las conversaciones que implican desconfianza dan surgimiento a la desconfianza, y destruyen la democracia al hacer posibles las acciones autoritarias.

La democracia es una ruptura en nuestra cultura patriarcal europea que surge de nuestra añoranza matrística por la vida en el respeto mutuo y la dignidad, que la vida centrada en la apropiación, la autoridad y el control, niega. Como tal, la democracia es una obra de arte, un sistema de convivencia artificial generado conscientemente, que puede existir solamente a través de las acciones propositivas que le dan origen como una coinspiración en una comunidad humana. Sin embargo, al no darnos cuenta de la no racionalidad constitutiva de la democracia como un producto de una coinspiración social matrística, tratamos de darle una justificación racional, argumentado en términos de principios trascendentales de justicia y derecho, que juzgamos como universalmente válidos precisamente a través de esa misma

argumentación racional. Más aún, como nuestros argumentos racionales han fallado al no convencer a aquellos que no aceptaban ya a priori los fundamentos matrízticos no racionales de nuestro argumento, y que, por lo tanto, no necesitaban de ellos, hemos hecho solamente la otra cosa que sabemos hacer en nuestra cultura patriarcal, esto es, recurrir al uso de la fuerza bajo el fundamento de teorías filosóficas que justifican su uso para el bien común. Pero la fuerza también ha fallado en el intento de crear una convivencia democrática y fallará necesariamente siempre porque la fuerza constitutivamente niega el dominio de las conversaciones de confianza, de respeto mutuo, de autorrespeto y de dignidad, que debemos vivir si queremos vivir en democracia. Esto no es todo, sin embargo.

La democracia no es un producto de la razón humana, la democracia es una obra de arte, es un producto de nuestro emocionar, una manera de vivir de acuerdo a un deseo neomatríztico por una coexistencia dignificada en la estética del respeto mutuo. Lo que hace difícil el vivir en democracia en el medio de una cultura patriarcal que continuamente la niega, es el que las gentes que quieren vivir en democracia son en su origen patriarcales. Y es precisamente porque ellas también son patriarcales en su origen, que no entienden que la democracia no tiene justificación trascendental, y que es de hecho artificial, un producto de la coinspiración, y creen que una vez que la democracia ha llegado a ser estabilizada, puede ser defendida racionalmente a través del uso de nociones tales como derechos humanos, como si estos tuviesen validez universal trascendente, sin darse cuenta de que estos son también arbitrarias obras de arte. La democracia, como una forma de coexistencia matríztica en el medio de una cultura patriarcal que se opone a ella y que constitutivamente la niega, no puede ser estabilizada ni defendida, puede ser solamente vivida, y será democracia solamente en tanto sea vivida. La defensa de la democracia, y de hecho, la defensa de cualquier sistema político, necesariamente conduce a la tiranía.

Por lo tanto, todo lo que podemos hacer, si de hecho queremos vivir en democracia, es vivir de acuerdo a ella en el proceso de generar acuerdos públicos para todas las acciones que queremos que tengan lugar en ella, y hacerlo así mientras vivimos de acuerdo a aquellos acuerdos públicos que le dan origen y la constituyen. Vivir en democracia es un acto de responsabilidad pública que surge de un deseo de vivir tanto en la dignidad individual como en la legitimidad social que ella implica como una manera matrística de vivir, y fallamos en nuestro intento solamente cuando no realizamos esta manera de vivir, mientras afirmamos que queremos vivir en ella.

REFLEXIONES ÉTICAS FINALES

Hay solamente unas pocas consideraciones adicionales que quiero hacer, casi como un resumen de todo lo que he dicho en este largo ensayo.

He sostenido en este ensayo que la vida humana es cultural, esto es, tiene lugar como red de conversaciones en el entrelazamiento del lenguajar y el emocionar, o, lo que es lo mismo, que la vida humana tiene lugar como una red de coordinaciones consensuales de coordinaciones consensuales de acciones y emociones entre seres humanos que han llegado a ser humanos viviendo una vida humana. Además, he hecho la totalidad de mi argumentación en este ensayo atendiendo al emocionar que en cada momento hace posible la red de conversaciones que define a una cultura particular como una manera particular de coexistencia en una comunidad humana.

En el proceso de presentar mis argumentos he mantenido que la existencia humana surge en el linaje particular de primates bípedos a que pertenecemos cuando el vivir en conversaciones, como un entrelazamiento del lenguajar con el emocionar, comenzó a ser conservado generación tras generación como parte de la manera de vivir que definió desde

entonces a ese linaje y lo hizo de hecho el linaje humano. Más aún, también he sostenido en este ensayo, que, el echo de que el vivir en redes de conversaciones haya resultado ser la característica más central de la manera de vivir de nuestros ancestros, indica que ellos deben haber vivido una historia de coexistencia fundada en la biología del amor. Pero, al hacer esta afirmación, también he afirmado que el amor, como el dominio de aquellas acciones que constituyen al otro como un legítimo otro en coexistencia con uno, es tanto la emoción básica que constituye la vida social en general, como la emoción básica en la historia humana tanto en el origen del lenguaje como en la realización y conservación de la manera humana de vivir.

En fin, también he sostenido en este ensayo que, debido a nuestro origen evolutivo, los seres humanos somos, en tanto animales, dependientes del amor, que nos enfermamos al ser privados de él en cualquier edad, y que como, seres humanos, somos seres culturales que podemos vivir en cualquier cultura que no niegue totalmente en su desarrollo inicial una relación madre-hijo de íntimo contacto corporal en mutua confianza total.

La guerra, la agresión, la maldad, como maneras de vivir en la negación de los otros no son características de nuestra biología. Como animales, nosotros, los seres humanos somos, sin duda, biológicamente capaces de agresión, de odio, de rabia, o de cualquier emoción que la experiencia nos muestra que podemos vivir, y que constituye un dominio de acciones que conduce a la destrucción o negación de los otros, pero nosotros vivimos estos dominios de acciones ya sea como episodios transitorios, o como alienaciones culturales que sabemos nos distorsionan en nuestra condición humana y nos llevan a la locura o a la infelicidad. La agresión, la guerra, la maldad, no son parte de la manera de vivir que nos define como seres humanos y que nos dio origen como tales.

Sin embargo, los seres humanos existimos en conversaciones, y podemos cultivar las conversaciones de agresión, de guerra, de odio, de control, de obediencia, y podemos generar y vivir en culturas que cultivan estos dominios de acciones como lo hicieron nuestros ancestros indoeuropeos al generar su cultura patriarcal, y lo siguen haciendo aún las culturas patriarcales descendientes de ella como nuestra propia cultura patriarcal europea.

En otras palabras, pienso que el conflicto entre el bien y el mal que ha dado origen a tantos mitos en la historia de nuestra cultura, no es propio de nuestra animalidad, y tampoco lo es de nuestra condición humana, sino que corresponde a un aspecto de la historia de la humanidad que surge con la cultura patriarcal indoeuropea y que en tanto se hace manera cotidiana de vivir, tarde o temprano nos enajena de nuestra condición humana de seres hijos del amor.

Como seres humanos occidentales modernos decimos que valoramos la paz y vivimos como si los conflictos que surgen en la convivencia pudiesen ser resueltos en una lucha por el poder: hablamos de cooperación y valoramos la competencia, decimos que valoramos la participación, pero vivimos en la apropiación que niega al otro los medios naturales de subsistencia; hablamos de la igualdad humana pero continuamente validamos la discriminación; hablamos de justicia como un valor, pero vivimos en el abuso y la deshonestidad; mantenemos que valoramos la verdad, pero negamos que mentimos para conservar las ventajas que tenemos sobre los demás... Esto es, en nuestra cultura patriarcal occidental vivimos en conflicto y frecuentemente decimos que la fuente de estos conflictos está en el carácter conflictivo de nuestra naturaleza humana. Frecuentemente se dice que tanto la lucha entre el bien y el mal como el vivir en agresión, son características propias de la naturaleza biológica de los seres humanos. Yo no estoy de acuerdo con esto, no porque piense que el ser humano en su

naturaleza sea pura bondad o pura maldad, sino porque considero que la cuestión del bien y del mal no es biológica sino cultural. Este conflicto en que los seres humanos patriarcales occidentales modernos vivimos nos agobiará con sufrimientos, y eventualmente nos destruirá a menos que lo resolvamos. En mi parecer, la mayor parte de la humanidad vivimos el presente de una cultura que nos ciega ante nuestros fundamentos, enajenándonos en la apropiación, en el poder, en las jerarquías, en la guerra, esto es, vivimos en la negación de nuestra condición de hijos del amor que genera nuestra cultura patriarcal europea. Más aún, pienso que nuestro conflicto como seres humanos modernos de la cultura patriarcal europea a la cual pertenecemos, surge de la contradicción emocional en que nos sumerge la sucesiva incorporación a los modos de vida matrístico y patriarcal que vivimos al crecer como miembros de ella.

Veamos nuevamente la naturaleza del conflicto fundamental en que vivimos inmersos en nuestra cultura patriarcal europea cuando vivimos la oposición de estas dos maneras de vivir que se niegan una y otra en todos los aspectos de su emocionar: la manera matrística de vivir en nuestra infancia, en la que nos formamos como seres sociales inmersos en la dinámica relacional de la biología del amor en la que hombres y mujeres son de sexo diferente pero iguales en una coparticipación equivalente en la configuración del convivir; y la manera patriarcal adulta de vivir, que recurrentemente nos sumerge en la negación de la biología del amor a través de una dinámica de relaciones mutuas fundada en la fascinación de la manipulación de la naturaleza y la vida, asociada a la idea de la superioridad intrínseca del hombre sobre la mujer, en una oposición fundamental de lo masculino y lo femenino.

La manera matrística de vivir intrínsecamente abre un espacio de coexistencia con la aceptación tanto de la legiti-

midad de todas las maneras de vivir, como de la posibilidad de acuerdo y consenso en la generación de un proyecto común de convivencia; la manera patriarcal de vivir restringe intrínsecamente la coexistencia a través de las nociones de jerarquía, de dominación, de verdad, y de obediencia, que exigen la autonegación y la negación del otro. La manera matríztica de vivir nos abre a la posibilidad de la comprensión de la vida y la naturaleza, porque nos conduce al pensamiento sistémico al permitirnos ver y vivir la interacción y coparticipación de todo lo vivo en el vivir de todo lo vivo; la manera patriarcal de vivir restringe nuestro entendimiento de la vida y la naturaleza al conducirnos a la búsqueda de una manipulación unidireccional de todo en el deseo de controlar el vivir.

Sin embargo, en este conflicto se encuentra también la posibilidad de salir de él mediante la reflexión en un proceso que puede llevarnos a una comprensión que de otro modo no seamos capaces de tener, esto es, tanto a la comprensión del origen de nuestros deseos por la democracia, como a la comprensión del origen de nuestros deseos de ecuanimidad y justicia. De hecho, ¿cómo sabemos de ecuanimidad y justicia de modo que podemos desearlas? Se dice que está en la naturaleza humana vivir en el conflicto entre el amor y el odio, así como el vivir en la agresión y la guerra. Y cuando se habla de la naturaleza humana se habla de biología humana. Además, frecuentemente se dice, al referirse a los aspectos indeseables de la conducta humana, que ellos revelan su naturaleza animal.

En este ensayo he sostenido que esto no es así, y que no es nuestra naturaleza animal, ni aún nuestra naturaleza humana como animales en el lenguaje y el conversar, lo que nos conduce a vivir en la agresión y la competencia, sino nuestra cultura patriarcal europea. Y afirmo que es lo patriarcal lo que genera agresión y competencia como maneras de vivir, y que es el conflicto entre la cultura matríztica

prepatriarcal europea y patriarcal pastoril en el origen de nuestro presente cultural patriarcal occidental en el encuentro que le dio origen, lo que da origen al conflicto entre el bien y el mal, el amor y el odio, que como dije más arriba se afirma frecuentemente son características de la naturaleza humana.

De cualquier modo, afirmo que nosotros, miembros de la cultura patriarcal europea a la cual pertenecemos, sabemos o conocemos de participación, de ecuanimidad, y de cooperación, a través de nuestra infancia matríztica, y que deseamos el vivir en democracia cuando queremos recuperar la esencia de nuestra infancia matríztica. Esto es, sostengo que nosotros, miembros de la cultura patriarcal europea queremos democracia cuando queremos recuperar la dignidad, el autorrespeto, y el respeto por los otros, y que queremos recobrar esto solamente en la medida en que lo hemos vivido en nuestra infancia. Más aún, sabemos que estos deseos no corresponden a una añoranza vacía o una mera esperanza, porque llegado el momento sabemos qué hacer en la coexistencia neomatríztica de la democracia. Y de hecho sabemos qué hacer porque hemos vivido inmersos en nuestra infancia en conversaciones matrízticas, y estas conversaciones tienen que ver con nuestra condición propiamente humana de seres amorosos que dependen del amor para su salud física y mental.

Así, sabemos que debemos atender a la crianza de nuestros niños ofreciéndoles las relaciones matrízticas de total confianza y aceptación en las que ellos crecen en dignidad, esto es, en el respeto por sí mismo y por los otros, y sabemos también que nuestros niños deben vivir así hasta entrar plenamente en su juventud, de modo que su autorrespeto y su conciencia y responsabilidad social no puedan ser totalmente negados por las conversaciones patriarcales adultas (ver Verden-Zöllner en el próximo capítulo). También sabemos que nosotros, los adultos, también necesitamos vivir en

autorrespeto y respeto por los otros si hemos de vivir una vida sana física y psíquicamente, y, finalmente, sabemos, además, que todo lo que tenemos que hacer para que el autorrespeto suceda como un fenómeno natural del vivir, es actuar con autorrespeto y respeto por los otros, aceptándolos como legítimos otros en coexistencia con nosotros en la práctica de las conversaciones neomatríticas de la democracia tanto en el acuerdo como en la discrepancia.

El mundo está cambiando y los derechos de la mujer han llegado a ser aceptados, ¿es así? Podemos decir que las mujeres están recobrando sus derechos como ciudadanos totalmente democráticos a través de los movimientos feministas. Pero, el hecho de que la mujer afirme, y de que los hombres concuerden con ella, de que ella tiene que luchar o pelear por lo que ella afirma son sus legítimos derechos como ciudadana democrática, reafirma la patriarcalidad, que es precisamente el dominio cultural donde la cuestión de la dignidad y el respeto mutuo en las relaciones humanas son vividas en términos de derechos y deberes que tienen que ser asegurados en alguna forma de lucha social, no como algo natural y propio de la convivencia social humana. Es la disolución de la lucha que debe llegar después de la lucha el verdadero propósito de esa lucha, y tal disolución sólo es posible en el pasaje de una cultura patriarcal a una neomatrítica.

El curso de la historia de la humanidad sigue el camino del emocionar, y no el camino de la razón, o de las posibilidades materiales, o de los recursos naturales, seamos conscientes de ello o no. Y esto es así porque son nuestras emociones lo que constituye los distintos dominios de acciones que vivimos en las distintas conversaciones en que aparecen como tales los recursos, las necesidades o las posibilidades. Así, la vida que los seres humanos vivimos, lo que somos y lo que llegaremos a ser, como también el mundo o los mundos que traemos a la mano con el vivir y como los vivimos,

son siempre nuestro hacer, y, a la larga, al darnos cuenta de que esto es así, los mundos que vivamos serán de nuestra total responsabilidad. El entendimiento, como mirada contextual que acoge todas las dimensiones de la red de relaciones e interacciones en que tiene lugar lo que se entiende, nos abre la posibilidad de darnos cuenta de nuestras emociones cuando lo que entendemos es nuestra propia vida, y, por lo tanto, también nos abre la posibilidad de ser responsables de nuestras acciones. En fin, si al darnos cuenta de nuestra responsabilidad nos damos cuenta de nuestro darnos cuenta, y actuamos de acuerdo a ello, llegamos a ser libres, y nuestras acciones surgen en libertad.

Al ser responsables, actuamos conscientes de las consecuencias de nuestras acciones y según nuestro deseo de ellas. Un acto responsable implica, por lo tanto, conciencia de que toda conducta humana tiene lugar en un ámbito de relaciones vitales mucho más amplio que el de la propia individualidad, y es, por lo tanto, una experiencia espiritual. Por esto, un acto responsable y libre, aunque puede tener consecuencias dolorosas, no trae consigo sufrimiento. En estas circunstancias, nuestra posibilidad de salirnos de la contradicción emocional básica en que nos encontramos inmersos en nuestra cultura patriarcal occidental, y así escapar al sufrimiento que ésta contradicción trae consigo, está en nuestra posibilidad de darnos cuenta de que su origen es cultural y no biológico.

Yo he dicho muchas veces que los seres humanos somos seres emocionales como todos los mamíferos, que por existir en el lenguaje y en el conversar, usan la razón para ocultar o justificar sus deseos. Esta afirmación no desvaloriza la razón. Todo lo dicho en este artículo, o más en general, todo lo que los seres humanos hacemos surge en nuestro ser racional porque lo racional consiste en operar en las coherencias del lenguaje. El problema con la racionalidad no está en ella, sino en la apropiación de la verdad en las situaciones

de conflicto que surgen cuando en un espacio de convivencia humana se rompe la unidad cultural. En tanto somos miembros de la misma red de conversaciones, de la misma cultura, y vivimos inmersos en la misma red de nociones fundamentales que guían nuestro hacer y nuestro pensar como verdades evidentes, nunca vivimos discrepancias racionales, sólo desacuerdos emocionales o meros errores lógicos. Todo sistema racional, sea éste científico, técnico, filosófico, o místico, se funda en premisas fundamentales aceptadas implícita o explícitamente a priori, esto es, según las preferencias explícitas o implícitas del que lo acepta.

Al crecer miembro de una cultura, se crece inmerso de modo natural, y como algo que uno acepta como propio y espontáneamente deseado y preferido, en una red de conversaciones que implican un empujón que especifica operacionalmente el conjunto de premisas fundamentales que funda las distintas argumentaciones racionales de esa cultura. Una cultura es, para los miembros de la comunidad que la vive, un ámbito de verdades evidentes que no requieren justificación, y cuyo fundamento no se ve ni se investiga a menos que en el devenir de esa comunidad surja un conflicto cultural que lleva a tal reflexión. Esta última es nuestra situación actual.

Como miembros de la cultura patriarcal europea, vivimos dos culturas opuestas en una. En nuestra infancia vivimos inmersos en lo que es una cultura principalmente matríztica, y en nuestra vida adulta vivimos casi exclusivamente una cultura patriarcal. Esta oposición cultural si nos damos cuenta de ella, sin embargo, es también nuestra oportunidad al ofrecernos una ocasión de reflexión, para darle a la racionalidad su verdadero lugar. Desde el pensar científico que surge como posibilidad con la democracia como una forma de pensar neomatríztica, es posible darse cuenta de que todo sistema racional tiene un fundamento emocional. Pero también es posible darse cuenta de que en tanto uno se

da cuenta de eso, uno puede hacerse responsable de su racionalidad, y no amarrarla a creerse dueño de un acceso privilegiado a una verdad trascendente, y así darle al pensamiento racional y al hacer humano de hecho responsabilidad y libertad.

Los seres humanos somos demasiados y lo contaminamos todo con cantidades crecientes de desechos como resultado de una sobrepoblación que surge de que en nuestra cultura patriarcal occidental consideramos a la procreación y el crecimiento como valores en sí, y no como meras preferencias culturales. Así, generamos miseria a nuestro alrededor movidos por el deseo de un enriquecimiento ilimitado a través de apropiarnos de todo a cualquier costo bajo el argumento de que la libre empresa es un derecho. Destruimos y alteramos el mundo natural en que somos seres vivos, porque, cegados por nuestro orgullo de maestros de lo tecnológico, queremos controlarlo y explotarlo, arguyendo que es nuestro derecho como los seres más inteligentes de la tierra. Vivimos en la tensión y la exigencia porque en nuestro afán de ser los mejores, competimos y usamos a los otros como la medida de nuestro valer y no nuestro propio hacer, afirmando que la competencia lleva al progreso y que el progreso es un valor.

Siempre actuamos, consciente o inconscientemente, según nuestros deseos, pero como no siempre somos responsables de ellos, generamos en otros y en nosotros mismos un sufrimiento que no siempre deseamos. Por lo tanto, si queremos actuar de un modo diferente, si queremos vivir un mundo distinto, debemos cambiar nuestros deseos, y para ello debemos cambiar nuestras conversaciones, pero tenemos que hacerlo totalmente conscientes de lo que queremos para corregir nuestro actuar si éste nos lleva en una dirección no deseada. Nuestras dificultades actuales como humanidad no se deben a que nuestros conocimientos sean insuficientes o a que no dispongamos de las habilidades técnicas

necesarias; nuestras dificultades como humanidad surgen de nuestra pérdida de sensibilidad, de nuestra pérdida de dignidad individual y social, de nuestra pérdida de autorrespeto y respeto por el otro, y, en general, de la pérdida de respeto por nuestra propia existencia en la que nos sumergimos llevados por las conversaciones de apropiación, de poder, y de control de la vida y de la naturaleza, propias de nuestra cultura patriarcal.

En fin, pienso que las reflexiones que he presentado en este ensayo muestran que la única salida de esta situación es mediante la recuperación de nuestra conciencia de responsabilidad individual frente a nuestros actos al ver nuevamente que el mundo que vivimos lo configuramos con nuestro quehacer. Además, pienso que esto es posible sólo en la recuperación del vivir matríztico, que de hecho vivimos cuando honestamente vivimos en las relaciones neomatrízticas de un vivir honesto en las conversaciones que constituyen el vivir democrático, y nos hacemos responsables de nuestra racionalidad haciéndonos responsables de nuestros deseos.

BIBLIOGRAFÍA

- Eisler Riane, 1990. *El Cáliz y la Espada*. Cuatro Vientos.
- Gimbutas Marija, 1982. *The Goddesses and Gods of old Europe*. University of California Press.
- Gimbutas Marija, 1991. *The Civilization of the Goddess: the world of old Europe*. Harper Collins, San Francisco.
- Maturana R. Humberto, 1988 "Ontología del conversar". *Revista Terapia Psicológica*, 7 (10)15-21. Santiago de Chile.
- Maturana R. Humberto, 1983. *¿Qué es ver?*, en *Archivos de Biología y Medicina Experimentales*. vol. 16 N° 3-4 pp. 255-269.
- Verden-Zöllner Gerda, 1978 *Materialien zur Gabi-Studie*. Univ. Bibliothek Salzburg, Viena.
- Verden-Zöllner Gerda, 1979 *Der imaginär Raumi*. Univ. Bibliothek Salzburg, Viena.
- Verden-Zöllner Gerda, 1982 "*Feldforschungsbericht Das Wolfstein - Passauer - Mutter - Kind - Model. Einführung in die Ökopsychologie der frühen Kindheit*" Archiv des Bayerischen Staatsministeriums für Arbeit und Sozialordnung, München.

EL JUEGO EN LA RELACIÓN
MATERNO -INFANTIL

FUNDAMENTO BIOLÓGICO DE LA CONCIENCIA
DE SÍ MISMO Y DE LA CONCIENCIA SOCIAL

Gerda Verden-Zöller

A Humberto Maturana Romesin

I. INTRODUCCIÓN

Este es un artículo inusual, tanto en su contenido como en su presentación. Su contenido es poco usual debido a que es un informe sobre un estudio de la normalidad en la relación materno-infantil hecho desde lo normal y no desde lo patológico. Es decir, lo que yo presento aquí son mis reflexiones acerca de mi investigación sobre el desarrollo del conocimiento del propio cuerpo y del cuerpo del otro, en relación con el desarrollo de la conciencia de sí y la conciencia social en los niños, como una capacidad operacional que ellos adquieren normalmente como resultado de su vivir en un dominio de aceptación mutua total en sus interacciones con sus madres. Y es poco usual en su presentación, porque **no** está concebido en términos analíticos dando argumentos psicológicos o neurofisiológicos para apoyar lo que en él se dice, sino que está más bien ideado como una presentación evocativa de la comprensión de lo que ocurre en la relación materno-infantil a través de una serie de afirmaciones que revelan lo que he observado en el devenir de dicha relación. Antes de comenzar, sin embargo, quiero presentar la naturaleza de mi tarea.

Mientras yo trabajaba con una niña epiléptica con limitaciones sensomotrices, que había nacido ciega y que no había recuperado la visión después de una operación ocular, en un proceso que nos llevó a ambas a vivir en interacciones recurrentes que nos involucraban en una aceptación mutua total, fui testigo, como si fuera en cámara lenta, de su total

transformación en un ser normal, tanto en lo individual como en lo social. ¿Cómo fue que esto ocurrió?

Después que esta pregunta surgió en mí yo no la pude abandonar, y me dediqué por más de diez años, a través de la creación y el trabajo en talleres de juego materno-infantil, al estudio y la comprensión de los fenómenos implicados en esa transformación. Ahora, después de esta larga investigación, estoy dispuesta a plantear, como una conclusión general, que la conciencia individual y la conciencia social del niño o niña surgen a través de sus interacciones corporales con su madre en una dinámica de total aceptación mutua en la intimidad del juego. La simplicidad de esta respuesta en el contexto del frecuente desarrollo normal del niño o niña a través de su crecimiento biológico natural como miembro de una comunidad humana, no debe oscurecer el valor de lo que acabo de decir para la comprensión del desarrollo humano normal. En realidad, el mero hecho de que esta respuesta sólo pudiese ser obtenida después de una larga investigación, muestra nuestra ceguera cultural ante muchos aspectos del desarrollo normal del niño humano como un ser bien integrado tanto en lo individual como en lo social.

Deseo añadir acá, que mi comprensión de los fenómenos biológicos implicados en el desarrollo del niño ha sido grandemente enriquecida por el trabajo de Humberto R. Maturana, y quiero agradecerle por esto. Lo que Maturana dice a este respecto puede ser expresado en sus propias palabras: “Saber es hacer, y hacer es saber. Pero, la acción y el comportamiento surgen de la operación de la corporalidad del organismo de acuerdo a su estructura en el momento de su acción o su conducta, y la estructura de un organismo es en cada instante el presente de su historia biológica en un devenir epigénico que comienza en su concepción. Debido a esto, nadie puede actuar o comportarse fuera del dominio de posibilidades que su corporalidad implica, y el subconjunto de los actos o conductas posibles que un organismo desarro-

lla, de hecho, a lo largo de su historia individual, depende de cómo él vive esta historia. De modo que un niño o niña necesariamente llegará a ser en su desarrollo el ser humano que su historia de interacciones con su madre, y los otros seres que lo rodean, permita de acuerdo a cómo se transforme su corporalidad en esas interacciones. El ser humano que un ser humano llega a ser, se va constituyendo a través de la vida humana que éste vive». ¡Sigamos!

II. EL PROBLEMA

1. El presente de nuestra cultura

En Occidente pertenecemos a una tradición cultural que ha separado por largo tiempo cuerpo y mente, cuerpo y espíritu, cuerpo y alma, afirmando que el espíritu o el alma es una entidad que pertenece a un dominio trascendental más real y más permanente que el cuerpo, y que éste pertenece a la transitoriedad de las formas que adopta el mundo material. Como resultado de esto, en Occidente vivimos de una u otra manera una continua devaluación del cuerpo por su incapacidad para alcanzar las alturas de nuestras idealizadas almas. Tal como lo plantea la tradición cristiana, podemos salvarnos si conquistamos o vencemos “las tentaciones de nuestros cuerpos”; o como lo plantea el budismo, podemos ir más allá de la ilusión del yo, abandonando la impermanencia del mero fenómeno, al buscar la permanencia de la pura conciencia o la nada del nirvana.

Esta negación del cuerpo se acompaña en nuestra cultura con un continuo empuje hacia la separación y oposición del observador y lo observado, del ser humano y la naturaleza. La expresión más extrema de esta separación entre el ser humano y naturaleza, entre el observador y lo observado, aparece en la *Biblia*, la principal fuente escrita de lo que se considera la vida espiritual en nuestra tradición judeocristiana. Dice el Génesis, Capítulo 1, 26: «Así habló el Señor: tendrás autoridad sobre los peces del mar, las aves del cielo, sobre los animales de la tierra, y sobre las criaturas que se arrastran sobre el suelo».

La afirmación bíblica acerca de la creación de Adán, a imagen y semejanza de un Dios espiritual masculino, para que sea Señor del resto de su creación, ha justificado en nuestra cultura occidental no sólo nuestra devaluación de nuestra corporalidad humana en favor de nuestra esencia espiritual, sino también nuestra devaluación de las mujeres como diferentes de la imagen de Dios. Aún más, esta afirmación ha constituido también nuestra separación del resto de la naturaleza, creando un espacio para nuestra ceguera frente a ella tanto como frente a nosotros mismos como parte de ella. En otras palabras, nuestra ceguera cultural frente a la naturaleza y a nuestra inclusión en ella como miembros de la tradición judeo-cristiana, no es el resultado de nuestras limitaciones como seres humanos, sino una característica cultural constitutiva de la actitud de dominio que mantenemos con respecto a ella como resultado del mandato bíblico. Ser Señor sobre alguien o sobre algo implica la negación de éste alguien o algo a través de su completa subordinación a los caprichos del Señor, y, por lo tanto, una ceguera operacional que elimina cualquier posibilidad de comprenderlo. Un Señor es Señor a través de prestar atención sólo a sus propios deseos, negando aquellos de sus ciervos obedientes. Este es el caso incluso cuando uno quiere ser Señor sobre su propio cuerpo. La atención a los deseos y las necesidades del otro, destruyen la autoridad (dominio) y crea la amistad (compañía). Cuando esto ocurre, la obediencia es reemplazada por la cooperación, y la lucha por la aceptación y respeto mutuos en la coexistencia.

Nuestro propósito de controlar la naturaleza, y como Señores sobre ella, nuestro deseo de someterla a nuestra arbitrio, nos ha cegado ante ella y ante nuestra participación en su constitución, y ha limitado nuestra comprensión de ella. El resultado es un desastre ecológico que amenaza nuestra existencia como seres humanos. Similarmente, nuestros intentos para controlar nuestra corporalidad a través de su negación en la separación de cuerpo y mente, o materia y

espíritu, afirmando el señorío del espíritu sobre el cuerpo, nos ha cegado ante nuestro cuerpo, y ha limitado nuestra comprensión de nosotros mismos como seres que como seres humanos existimos de hecho en el entrelazamiento de emoción y razón. El resultado ha sido la neurosis, el fanatismo, el sufrimiento social, la guerra y el crimen. Sin embargo, hay otra característica de la cultura occidental moderna a la que pertenecemos, que también ha contribuido a nuestra ceguera frente a nuestra corporalidad, y ésta es su casi total orientación a la producción y a la apropiación. La orientación a la producción y a la apropiación implica un modo de vivir en el que la atención se vuelve continuamente hacia los resultados de los actos, productivos o no, generándose una ceguera operacional respecto del presente en que ellos ocurren. Como resultado de esto, vivimos un vivir en el que no vemos nuestro presente como seres humanos, ya que continuamente miramos más allá de él para encontrar nuestra identidad en los productos de nuestra actividad intencional. En otras palabras, en nuestra cultura occidental hemos asociado nuestra identidad con el resultado de nuestra actividad, productiva o no, así como con las cosas que poseemos, y nos hemos vuelto ciegos ante nuestro presente como el punto de partida de cualquier cosa que hagamos. Más aún esta orientación hacia la producción y hacia la apropiación en las relaciones humanas, también trae consigo el continuo intento de controlar al otro, y, por lo tanto, la ceguera ante él o ella, ya que el intento de controlar al otro implica su negación tanto como la negación de sus circunstancias en la manipulación de la relación. Más directamente, en las relaciones humanas el intento de controlarlas necesariamente implica la negación del otro, ya sea en una exigencia de obediencia a través de un argumento racional ciego a éste, o mediante la amenaza.

Pero esto no es todo. Nuestra separación cultural de espíritu y cuerpo, así como la ceguera acerca de nuestra corporalidad que implica esta separación, junto con la sepa-

ración de seres humanos y naturaleza que la acompaña, resulta en una falta fundamental de confianza en los procesos naturales en muchas áreas básicas de la existencia humana. Esta falta de confianza es frecuentemente negada con afirmaciones de admiración acerca de la sabiduría de la naturaleza, pero es continuamente reafirmada en un discurso recurrente acerca de las fuerzas naturales que tienen que ser dominadas o controladas. Por esta falta de confianza y permanente deseo de dominio, no vemos, o vemos demasiado tarde, que no es el control sino la comprensión lo que le da armonía al vivir, encanto a la coexistencia, y libertad creativa en nuestras relaciones con la naturaleza en la medida en que la constituimos en nuestro vivir. Nuestra falta de confianza en los procesos naturales es particularmente evidente en nuestra actitud acerca del desarrollo del niño, tanto en sus dimensiones sociales como individuales. Así, debido a esta falta de confianza y a nuestra separación cultural de cuerpo y espíritu, no vemos la participación natural de las interacciones corporales del niño que crece en la constitución de su conciencia individual y social. La falta de confianza y el deseo de dominio y control generan ceguera, sólo la aceptación de otro implica el deseo de comprender y es visionaria.

El que los seres humanos existimos en nuestras corporalidades plenamente como entidades espirituales, es evidente en nuestra vida diaria en el sufrimiento espiritual que vivimos con los sufrimientos de nuestros cuerpos y viceversa. Lo que en la vida cotidiana llamamos nuestra vida espiritual, es una forma de vivir en el mundo que configuramos en nuestra coexistencia corporal con otros. O, en otras palabras, lo que llamamos vida espiritual es una experiencia de pertenencia en un ámbito de existencia multicorporal mayor que el de la propia corporalidad, incluso cuando intentamos describir dicha experiencia en términos abstractos tales como identidad con Dios, o como identidad con la totalidad de la existencia, o como experiencia de comunidad

interpersonal. De hecho, al aceptar la separación de cuerpo y espíritu como identidades que se niegan mutuamente, se inicia para nosotros y los demás un sufrimiento que puede desaparecer sólo con una experiencia de unidad que los junte de nuevo. A través de la separación de cuerpo y espíritu que hacemos en nuestra cultura, junto con la instrumentalización que hacemos de nuestras relaciones interpersonales en nuestra orientación a la producción y la apropiación, vivimos una vida que devalúa la aceptación mutua, e inconscientemente enseñamos a nuestros niños a no amar, en tanto el amor es el convivir en las acciones que constituyen al otro como un legítimo otro en convivencia con uno. Debido a la separación de cuerpo y espíritu que hacemos en nuestra cultura, y a la frecuente instrumentalización de nuestras relaciones interpersonales, muchos de nuestros niños crecen en ceguera social y ceguera ante sí mismos al no aprender a vivir en la aceptación mutua plena como algo natural y espontáneo. El que esto no le ocurra a todos los niños aún, sólo revela que hay todavía situaciones en su desarrollo que les permite vivir la aceptación corporal de sí mismo que es necesaria en la vida individual y social consciente bien integrada

En nuestra cultura occidental usualmente exigimos un propósito para la mayoría de nuestras interacciones y relaciones, ya sea con nosotros mismos, con otros seres humanos, o con cualquier cosa que concebimos como parte del mundo que nos rodea. Esta exigencia es evidente cuando nos encontramos con alguien y preguntamos : ¿qué es lo que quieres? ¿qué puedo hacer por ti?, ¿qué estás haciendo aquí? o en las justificaciones que ofrecemos por nuestras acciones al decir: “yo quisiera que tú hicieras ésto o esto otro debido a...,” “es bueno hacer esto porque...”. Mientras estas preguntas y justificaciones son legítimas bajo ciertas circunstancias, ellas nos ciegan acerca de nosotros y acerca de los otros cuando se transforman o llegan a ser una forma de vivir, debido a que ellas nos ciegan acerca de nuestras emocio-

nes y no nos permiten aceptarnos a nosotros y a los otros en la simple legitimidad del mero ser. Usualmente no vivimos la vida en el presente sino en el futuro en relación a lo que queremos, o en el pasado en relación a lo que hemos perdido. Como resultado de esto, somos sólo deseos y expectativas insatisfechas o quejas y frustraciones inolvidables, y no podemos respetarnos a nosotros mismos o a los otros debido a que no hay nada que respetar. Por esto mismo, no somos capaces de querernos (aceptarnos) a nosotros mismos ni a los otros, y vivimos generando expectativas ilegítimas recurrentes sobre nosotros y sobre los demás. En síntesis, vivimos limitados en nuestra identidad individual y social así como en nuestra conciencia de ser porque no nos respetamos a nosotros mismos.

Debido a su propia alienación en la separación de cuerpo y espíritu, y a la instrumentalización de sus relaciones a través de su conformidad con la actitud productiva que nuestra cultura exige, las madres modernas frecuentemente no tienen conciencia de su corporalidad, y, por lo tanto, no tienen plena conciencia social, y sin darse cuenta instrumentalizan sus relaciones con sus hijos. Ellas les enseñan, los educan, los guían hacia su futuro ser social, pero debido a esta falta de conciencia corporal y social, no están con ellos en términos de vivir con ellos en una aceptación mutua total, y sus esfuerzos porque sus hijos e hijas crezcan como seres integros capaces de ser ciudadanos felices y responsables fracasan muchas veces por insuficiente desarrollo de su conciencia de sí y su conciencia social. Estar con alguien en una actividad con un propósito definido puede ocurrir como un proceso en el que los participantes prestan atención al proceso en sí mismo, o como un proceso en el que los participantes sólo prestan atención a los resultados esperados. En el primer caso, los resultados finales desaparecen del proceso, y éste es vivido como un presente en continua transformación. En el segundo caso, el presente desaparece, y todo lo que es evidente son los resultados esperados. Cuando esto

último sucede a un niño en su relación con su madre, se interfiere, como veremos más adelante su conciencia social.

2. El presente de nuestra biología: Epigénesis

Debido a su constitución biológica, la corporalidad humana no es fija, y tiene la plasticidad ontogénica (de desarrollo) propia de un sistema cuya estructura cambia siguiendo un curso contingente a la secuencia de sus interacciones. Esto se expresa en biología diciendo que la historia individual (ontogénica) de un sistema vivo cursa como un proceso epigénico. En un proceso epigénico la estructura inicial total de un sistema viviente (su constitución genética total) determina sólo un punto de partida estructural común para todos los cursos epigénicos pensables como posibles y operacionalmente independientes que su dinámica constitutiva de cambios estructurales puede seguir. Al mismo tiempo, como en un proceso epigénico, el curso de los cambios estructurales que un sistema viviente de hecho sigue en su realización ontogénica como un sistema viviente particular, surge momento a momento en su historia individual de interacciones, no es indiferente para él qué historia de interacciones vive.

En otras palabras, debido a la epigénesis, no es indiferente para el desarrollo de un niño o niña como tal, y en consecuencia, para el desarrollo de sus posibilidades de conciencia individual y social así como para el desarrollo de su capacidad de autoaceptación y de aceptación de otro, cómo vive él o ella su corporalidad en sus primeros años de vida. Todas las dimensiones de la percepción, del darse cuenta de sí mismo, o del darse cuenta del otro, surgen en la ontogenia humana como operaciones relacionales a través de la epigénesis del cuerpo de un *Homo sapiens sapiens* en el vivir humano normal del quehacer humano en una convivencia de aceptación mutua, esto es, en un dominio social humano. En otras palabras, la epigénesis del sistema nervioso

humano, la epigénesis del sistema endocrino humano, en general, la epigénesis del cuerpo humano como una red de sistemas en interacciones en un medio, en suma, la epigénesis del sí mismo humano, ocurre sólo en el dominio de relaciones en interacciones humanas que es el dominio social humano

Lo humano no está determinado en la constitución genética total o en la estructura inicial total de cigoto de *Homo sapiens sapiens* del ser humano, ni queda determinada en el compartir la vida en una comunidad humana como los animales domésticos lo hacen. Lo humano surge en el entrelazamiento de ambas dimensiones, la genética del *Homo sapiens sapiens* y la cultural de la sociedad humana, en la epigénesis humana particular que implica vivir como un ser humano entre seres humanos. Nosotros, los seres humanos, somos concebidos *Homo sapiens sapiens*, y nos volvemos humanos en el proceso de vivir como seres humanos al vivir como miembros de una comunidad social humana.

En otras palabras, nuestra capacidad para la coexistencia social surge en nosotros sólo en la epigénesis humana en la biología del amor, vale decir, en la medida en que crecemos en la validación operacional de la autoaceptación en la aceptación del otro, a través de la intimidad de los encuentros corporales con nuestras madres en la confianza mutua total. Los seres humanos tenemos la capacidad de vivir en el amor si crecemos en el amor, y necesitamos vivir en amor para nuestra salud espiritual y fisiológica. Sin duda que los seres humanos también podemos aprender la indiferencia, la desconfianza o el odio, pero cuando esto ocurre y se torna central en nuestra forma de vivir, la vida social se termina, y debido a que la vida social está constituida como un dominio de existencia fundado en el amor, no en la indiferencia, la desconfianza o el odio, si se acaba la convivencia social humana, se acaba lo humano.

El amor es la emoción, la disposición corporal dinámica que constituye en nosotros la operacionalidad de las acciones de coexistencia en aceptación mutua en cualquier dominio particular de relaciones con otros seres, humanos o no. La biología del amor es fundamental en el desarrollo de todo ser humano individual. Los humanos como seres racionales lenguajeantes, somos animales que pertenecemos a una historia evolutiva centrada en la conservación de una manera de vivir en la biología del amor que hizo posible el origen del lenguaje, y que nos caracteriza aún hoy día. Tal forma de vivir, la forma homínida de vivir, se funda en la mutua aceptación en una coexistencia que está centrada en la ternura y la sensualidad de la caricia mutua, en la cercanía de una intimidad sexual prolongada, en el compartir la comida, en la convivencia en grupos pequeños, y en la cooperación del macho en el cuidado de los niños. Maturana y yo pensamos que el vivir en el lenguaje pudo surgir en esa historia evolutiva debido a que la conservación de la forma homínida de vivir constituyó de hecho la posibilidad operacional para que las coordinaciones conductuales consensuales de un convivir prolongado e íntimo en la sensualidad, la ternura y la cooperación, se involucrasen recursivamente como coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales, no sólo como un fenómeno ocasional, sino como un modo de vivir conservado generación tras generación en el aprendizaje de los niños (ver Maturana 1989 y 1990).

También pensamos que cuando el vivir en el lenguaje surge en esta historia evolutiva, lo hace en un fluir relacional e interaccional que entrelaza las coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales del lenguaje con el emocionar propio de esos primates, constituyendo lo que llamamos el conversar. En fin, pensamos que es el vivir en el conversar lo que constituye a lo humano, y que lo humano surge de hecho cuando el convivir en el conversar como un modo de vivir que se conserva generación tras generación

en el aprendizaje de los niños, pasa a definir al linaje del cual nosotros somos ahora el presente. Como resultado de esto, sostenemos, todo el quehacer humano se da en conversaciones como coordinaciones de coordinaciones consensuales del hacer y el emocionar, y toda actividad humana existe como una red de conversaciones. Esto es, el cocinar, la medicina, la alfarería, la agricultura,... son redes de conversaciones inmersas en redes de conversaciones que definen a las culturas en que las personas viven. En otras palabras, según lo anterior, los seres humanos somos el presente de una historia evolutiva de coexistencia consensual en la que surgió el conversar como resultado de la intimidad de el vivir homínido en la aceptación mutua, de modo que, hablando en rigor, nosotros los seres humanos somos hijos del amor, y la biología de nuestras corporalidades, así como la biología de nuestro desarrollo infantil, pertenecen a la biología del amor. Pero, aún más, esto es así de manera tan fundamental, que el crecimiento normal de un niño humano requiere de la biología de la mutua aceptación en interacciones corporales íntimas con la madre, y la mayoría de nuestras enfermedades y sufrimientos surgen de alguna interferencia en nuestro operar en la biología del amor.

Finalmente, en la biología del amor no es la sinceridad lo significativo sino la operacionalidad de la mutua aceptación. Si hay sinceridad, entonces la operacionalidad de la aceptación del otro en coexistencia íntima dura hasta que el amor desaparece; si no hay sinceridad entonces la operacionalidad de la aceptación del otro dura hasta que se proclama la hipocresía. En cada caso, mientras la operacionalidad de la aceptación mutua está presente, la biología del amor está en acción. Sin embargo, ya que la aceptación mutua insincera generalmente no dura mucho, la historia evolutiva que dio origen a la humanidad no puede haber ocurrido bajo la hipocresía, la agresión o el engaño.

La aceptación mutua no puede tener lugar como una forma espontánea y mantenida de vivir con otro si no hay autoaceptación, y por lo tanto, autorrespeto. Y la autoaceptación y el autorrespeto no pueden surgir como características de la ontogenia del niño en la relación materno-infantil si esta relación no fluye en la mutua aceptación corporal total implícita en la operacionalidad de las interacciones no intencionales del juego. Pero las interacciones madre-hijo no siempre fluyen como no intencionales. Esto es debido a nuestra inmersión enajenante tanto en la separación del cuerpo y del espíritu, como en la actitud de estar constantemente tratando de controlar nuestras circunstancias a través de la búsqueda de algún resultado, en el intento de realizar en todo lo que hacemos la descripción de nuestros deseos, o la imagen que tenemos de cómo las cosas deben ser, en un proceso propio de nuestra cultura patriarcal que continuamente nos atrapa en la mera apariencia.

En realidad, la total aceptación corporal mutua en la relación madre-hijo no puede ocurrir cuando la madre ve al niño o al bebé como un futuro adulto, o cuando ella vive sus interacciones o relaciones con él o ella como parte de un proceso educativo. Ser aceptado es ser visto en una interacción en el presente, y no ser visto en el presente en una interacción, es ser negado. El ver o no ver al otro es función de nuestro emocionar. Esto es, el cómo nosotros interactuamos con otro es un asunto emocional debido a que nuestras emociones especifican en cada instante el dominio de acciones en que estamos en ese instante. O, en otras palabras, son nuestras emociones las que especifican nuestras acciones, no lo que nosotros hacemos en términos de movimientos o clases de operaciones corporales.

Consideremos por un momento la relación madre-hijo, y hagámoslo en el entendimiento de que la maternidad es una relación permanente de cuidado que un adulto adopta hacia un niño o niña, y que puede ser realizada tanto por un

hombre como por una mujer. Cuando la madre presta atención al futuro de su hijo o hija, mientras interactúa con él o ella, la madre en realidad no encuentra al niño o niña en la interacción debido a que su emoción y su pasión no están en el encuentro sino que en algo diferente. Cuando una madre que está haciendo algo con su hijo o hija está atenta al resultado de lo que el niño o niña hace, la madre en realidad no ve al niño o niña y no está con él o con ella en el presente de la intimidad corporal de su hacer común. El que una madre esté ciega acerca de su hijo o hija, y no le vea en el fluir de sus interacciones mientras éstas ocurren, es intrascendente si pasa de manera ocasional. Sin embargo, cuando esta ceguera de la madre deviene en la forma cotidiana de relación entre la madre y el hijo o hija, y el niño o niña es sistemáticamente invisible ante su madre, el niño o niña no vive su cuerpo como válido en la relación, y no tiene modo de aprender su corporalidad como constituyendo su identidad en lo que él o ella hace. Como consecuencia, el niño no tiene posibilidades de crecer en autoconciencia ni de desarrollar respeto por sí mismo.

El Yo o el sí mismo es la identidad de un individuo en una comunidad, y como tal surge en la distinción de una corporalidad como un modo de intersección de diferentes redes de coordinaciones de acciones o conductas en el conversar de esa comunidad. Debido a esta forma de constitución del Yo, éste y la conciencia corporal van juntos, y no hay ninguna posibilidad de autoidentidad en conciencia de sí mismo sin conciencia corporal. Así, cuando en la epigénesis de un niño o niña se interfiere con el desarrollo de su conciencia corporal a través de interacciones que niegan o rechazan su corporalidad, se interfiere tanto con el desarrollo de su conciencia corporal como con el desarrollo de su conciencia de sí y de su autoaceptación. Además, al surgir la conciencia de sí y la autoaceptación del niño o niña en la medida en que este es visto y acogido como tal en el presente de un contacto corporal íntimo en total aceptación por la

madre, la madre surge como otro Yo en la realización de esa misma aceptación mutua entre madre e hijo o hija, y comienzan en el niño o niña la praxis de la dinámica social como la dinámica de la mutua aceptación (amor) en la convivencia.

Si este proceso ocurre durante un tiempo suficientemente prolongado a lo largo de la vida del niño o niña que se desarrolla, éste crece en conciencia corporal aceptándose a sí mismo y a los otros en la praxis de una dinámica social que puede permitirle vivir las distintas dimensiones de su identidad cultural como posibilidades de coexistencia con otros seres humanos, y no como limitaciones de su ser. Una epigénesis infantil que conduce a la autoaceptación, conduce a la aceptación de los otros como seres legítimos en coexistencia cercana, y es, entonces, una epigénesis infantil en la que la conciencia social surge en el niño o niña como consecuencia de su crecimiento en una relación materno-infantil vivida en una total mutua aceptación corporal en la que el niño o niña crece en aceptación de sí mismo al aceptar su propia corporalidad y la corporalidad del otro. Esto es, para que un niño crezca en conciencia social y aceptación del otro, debe crecer en conciencia de la propia corporalidad en la aceptación de sí mismo.

Los seres humanos llegamos a ser lo que nuestras corporalidades llegan a ser en tanto vivimos creciendo como seres humanos diferentes, en las diferentes culturas a las que pertenecemos, a través de diferentes historias de epigénesis. Y esto nos ocurre a nosotros y en nosotros de manera espontánea en el proceso de vivir, independientemente de lo que hacemos en nuestras diferentes culturas, pero en cada caso de manera contingente al curso de nuestros diferentes haceres en ellas. Así, ya que lo que nosotros hacemos como seres humanos, lo hacemos en la medida en que participamos en las diferentes conversaciones (coordinaciones consensuales recursivas de acciones y emociones) que constitu-

yen las diferentes dimensiones de la cultura particular (red particular de conversaciones) a que pertenecemos, nosotros llegamos a ser cualquier cosa que lleguemos a ser en un curso de cambio corporal que tiene a las conversaciones en que participamos como parte del medio en que nuestra epigénesis ocurre.

Por lo tanto, las conversaciones en las que participamos a lo largo de nuestras vidas, y particularmente durante nuestra infancia, constituyen tanto el trasfondo que acota el curso de nuestros cambios estructurales epigénicos como el ámbito de posibilidades en que se da nuestro continuo devenir estructural como seres humanos. Por estas mismas razones, todas las cosas que hacemos en nuestras acciones, en nuestros movimientos, la forma como nos conducimos en nuestras corporalidades como corporalidades en interacciones, surgen como dimensiones de la cultura en que ocurre nuestra epigénesis y en la que llegamos a ser lo que llegamos a ser, en la continua transformación corporal que es nuestro devenir. Así, lo que hacemos con nuestros cuerpos jamás es trivial, y llegamos a ser lo que llegamos a ser de acuerdo a cómo nos movemos, solos o con los otros, y a cómo nos tocamos mutuamente, constituyendo, momento a momento, nuestros espacios de acciones en la transformación de nuestra corporalidad.

3. Nuestra ceguera ante el presente

Es nuestra orientación cultural a la producción lo que nos ciega en cada momento a nuestro presente, y lo que dirige nuestra atención continuamente a un pasado o a un futuro que ocurre sólo en el espacio de la descripción de nuestras expectativas o de nuestras quejas, fuera del dominio de nuestras acciones en el momento. Para estar en el presente debemos simplemente estar en lo que estamos en el momento. Para que una madre esté en el presente con su hijo o hija, ella debe estar con su atención en lo que está en ese momen-

to, y ella puede hacer eso sólo a través de interacciones con su hijo o hija que ocurren en el juego, o sea en la mutua aceptación total sin expectativas que lleven la mirada más allá del momento.

En la tradición greco-judeo-cristiana de nuestra cultura occidental vemos aquello que llamamos la naturaleza como un ámbito de fuerzas independientes y frecuentemente amenazantes que tenemos que subyugar y controlar para vivir, y no como nuestro dominio de existencia y la fuente de todas nuestras posibilidades. Además, nuestra cultura occidental nos centra emocionalmente tanto en el valorar la intencionalidad, la productividad, y el control, y nuestra atención está tan orientada a los resultados de lo que hacemos, que raramente vivimos nuestro hacer como un acto en el presente. Como resultado de esto, no confiamos en los procesos naturales que nos constituyen y en los que nos encontramos inmersos como condición de nuestra existencia, y estamos ciegos a las distorsiones que introducimos en nuestras vidas y en las vidas de otros con nuestro continuo intento de controlarlas.

Aún más, debido a esta falta de confianza, vemos a las dificultades que encontramos en nuestro continuo empeño por controlar a la naturaleza, como expresiones de insuficiente control, e insistimos en nuestra conducta controladora. Esto puede ocurrir en la relación materno-infantil cuando la madre en sus interacciones con su niño o niña presta atención a su futuro y las usa para educarlo, preparándolo precisamente para lograr dicho futuro. Cuando esta dinámica intencional se establece en la relación materno-infantil, la madre deja de ver al hijo o hija como un individuo particular, y restringe sus encuentros con él o ella como tal. En la medida en que esta restricción ocurre, un abrazo deja de ser un abrazo como una acción de plena aceptación del ser particular del niño o niña que se abraza, y se transforma en una presión con una cierta dirección; asimismo, una mano que

ayuda deja de ser un apoyo para la identidad individual del niño o niña, y se transforma en una guía externa que niega esa identidad.

Como he dicho antes, el Yo es una dimensión social humana que se realiza a través de una corporalidad particular, y surge como un entrecruzamiento particular de las distintas conversaciones que constituyen y definen a la comunidad social en que ese Yo vive con otros Yo en la aceptación mutua. Todo niño o niña, por lo tanto, debe adquirir su Yo o identidad individual social como una forma particular de ser en su corporalidad a través de vivir en una comunidad humana particular de mutua aceptación. Esto ocurre de manera natural en la medida en que el niño o niña crece en la estrecha intimidad del encuentro corporal en la confianza y aceptación total de su madre, así como de los otros niños y adultos con los que convive, en un proceso a través del cual el niño o niña se desarrolla espontáneamente (sin intención ni esfuerzo) como un niño o niña sensorialmente normal, con plena conciencia corporal, y en conciencia de sí y conciencia social. De hecho, estamos tan habituados a este desarrollo normal de los niños, que no vemos el dominio de relaciones humanas en el que ocurre como un proceso natural, y cuando fracasa no sabemos qué es lo que falla ni sabemos qué hacer, y entonces recurrimos al control. Aún más, cuando intentamos corregir una falla básica en las relaciones humanas en un niño recurriendo al control, lo que usualmente obtenemos es un fracaso mayor porque en nuestra ceguera sobre el presente a través de mantener nuestra atención en el futuro, negamos al niño.

Indudablemente, un observador puede obtener la peculiar certeza deseada en la relación entre una acción y su resultado que connotamos con la palabra control, en algunos sistemas bien específicos de producción cuando él o ella los conoce plenamente. Además, el control, en estos términos, usualmente se alcanza en un sistema productivo por

medio de la retroalimentación, vale decir, introduciendo como parte del sistema productivo un mecanismo a través del cual la diferencia entre algunas de las consecuencias de un ciclo de producción y el fin particular deseado, se incorpora como factor (componente) en la operación del próximo ciclo de producción. Debido a la permanente atención sobre un resultado esperado que una actitud productiva implica, tal actitud normalmente nos induce a no respetar la legitimidad del presente de nuestras relaciones y circunstancias, y vivimos en una continua tendencia a modificarlas, negando nuestra identidad y la de los otros, en un proceso que desvirtúa lo que de hecho es lo central de lo humano: la convivencia en el respeto por sí mismo y por el otro desde la autoaceptación.

El desarrollo de un niño, tanto como ser biológico o cómo ser social, necesita del contacto recurrente con la madre en aceptación total en el presente. Pero una madre no puede encontrar a su hijo o hija en el contacto corporal de total aceptación si ella, como resultado de una actitud productiva, está orientada a las consecuencias de sus interacciones con el niño o niña y no hacia él o ella cómo un niño o niña que existe en el presente del encuentro.

En una cultura centrada en la producción, como es o como ha llegado a ser nuestra cultura occidental, aprendemos a estar orientados a la producción en todo lo que hacemos como algo natural. Así es como en nuestra cultura occidental no hacemos solamente lo que hacemos. Trabajamos para alcanzar un fin; no descansamos simplemente, descansamos con el propósito de recuperar energías; no comemos simplemente, ingerimos alimentos nutritivos; no jugamos simplemente con nuestros niños, los preparamos para el futuro. Sin duda podemos esgrimir lo que nos parece son muy buenas razones para actuar de esta manera: debemos ganarnos la vida, estamos cansados, debemos prestar atención a nuestra salud, debemos educar a nuestros hijos. El resultado

es que, normalmente, mientras interactuamos con otros seres humanos nuestra atención está puesta más allá de la interacción en las consecuencias esperadas, y no vemos al otro como un partícipe efectivo en el encuentro, no vemos las circunstancias en las que éste ocurre, o no nos vemos a nosotros mismos con el otro. En resumen, estamos ciegos a nuestro presente. Si esta ceguera ocurre a una madre, ella no encuentra a su hijo o hija en la interacción y éste o ésta vive una privación de contacto corporal que interfiere con un desarrollo normal tanto en su corporalidad como en su conciencia de sí y su conciencia social. En otras palabras, el niño o niña no se aprende a sí mismo como un Yo integral en el respeto y aceptación de sí mismo, no se aprende a sí mismo como un ser social en el respeto al otro, y no desarrolla conciencia social.

Si la madre no está preocupada por el futuro, si la madre no se ve a sí misma cansada y esperando descansar, si la madre no está ansiosamente preocupada por algo que está más allá del presente, entonces, y sólo entonces, tiene la posibilidad operacional de encontrarse con su hijo o hija como un niño o niña individual efectivo y real. Encontrar un hijo o una hija como un niño o niña individual real, es encontrarlo como una entidad biológica completa cuya existencia es válida y legítima en sí misma, y por sí misma, y no en referencia a otra cosa. Más aún, hacer esto es entrar en interacciones con el niño o niña que se satisfacen en su realización más allá de cuán complejas pueden aparecer estas a un observador. Cuando esto ocurre, el niño vive su propia presencia como una totalidad legítima que él o ella puede aceptar plenamente en el contexto de su existencia social.

4. El juego y el jugar

Lo que connotamos en la vida cotidiana cuando hablamos de jugar, es una actividad realizada como plenamente válida en sí misma. Esto es, en la vida diaria distinguimos como

juego cualquier actividad vivida en el presente de su realización y actuada emocionalmente sin ningún propósito exterior a ella. O, en otras palabras, hablamos de juego cada vez que observamos seres humanos u otros animales involucrados en el disfrute de lo que hacen como si su hacer no tuviera ningún propósito externo. Sin embargo, aunque corrientemente hacemos estas connotaciones al hablar de juego, en la actitud productiva de nuestra cultura, corrientemente no nos damos cuenta de que lo que define al juego es un operar en el presente, y nos parece que los niños, al jugar, imitan las actividades de los adultos como si estuvieran preparándose para su vida futura. Como resultado de esto, el juego ha sido frecuentemente visto por psicólogos y antropólogos, aun cuando hay excepciones (ver Bateson, 1972), como una actividad que los niños o los animales jóvenes realizan en preparación para su vida adulta, como si éste fuera su propósito biológico, llegando en el proceso a ser ciegos ante su falta de intencionalidad.

Ahora quiero cambiar este punto de vista, reconociendo que aquello que connotamos al hablar de juego en la vida diaria no profesionalizada es una actividad vivida sin propósitos, aun cuando, por otro lado, tenga un propósito, y que frecuentemente realizamos de manera espontánea, tanto en la infancia como en la vida adulta, cuando hacemos lo que hacemos, atendiendo en nuestro emocionar al hacer y no a sus consecuencias.

La propositividad y la intencionalidad son formas humanas de vivir en las cuales se justifica lo que se hace haciendo referencia a los resultados que se espera del hacer. Más aún, la propositividad y la intencionalidad, como dominios operacionales en nuestra cultura occidental, son sistemas de conversaciones (entrelazamientos del lenguaje y el emocionar) en los que reflexionamos sobre las consecuencias de nuestro quehacer de manera que generamos en nosotros una dinámica emocional que continuamente aparta nues-

tra atención de lo que hacemos en el momento de hacerlo, y la pone en sus supuestas consecuencias. Por eso, no son los movimientos u operaciones realizadas, sino la atención (orientación interna) bajo la que es vivida mientras se realiza, lo que constituye a una conducta particular como juego o no juego. Es por estas razones, aun sin darnos cuenta de ello, que normalmente clasificamos la conducta animal como juego o no juego, según la intencionalidad o propósito que nosotros vemos en ella.

Haciendo esta clasificación, sin embargo, nos cegamos frente al hecho de que nuestra afirmación de intencionalidad o propositividad revela nuestra preocupación por las consecuencias de las acciones del animal observado, y como tal pertenece a nuestras reflexiones en el lenguaje y no revela ninguna característica de estas acciones. Toda conducta vivida fuera de los dominios del propósito o de la intencionalidad ocurre como válida en sí misma, y si es vivida como tal, es vivida en el juego. Sólo nosotros, los seres humanos, así como otros que, como nosotros, viven en el lenguaje, podemos vivir conductas que no pertenecen al juego.

El bebé humano encuentra a la madre en el juego antes de comenzar a vivir en el lenguaje. La madre humana, sin embargo, puede encontrar al bebé en el no juego debido a que ella está ya en el lenguaje cuando comienzan las conversaciones que constituyen a su bebé. Si la madre humana encuentra al bebé en el juego, o sea en la congruencia de una relación biológica en la total aceptación de su corporalidad, el bebé es visto como tal y es confirmado en su ser biológico en el flujo de su crecimiento y transformación corporal como bebé humano en interacciones humanas. Si la madre no se encuentra con el bebé en el juego, ya sea debido a sus expectativas, deseos, aspiraciones, o ilusiones, o a que su mirada y la del bebé, o sus respectivas orientaciones en la acción, no se encuentran, la biología del bebé es negada o no es confirmada en el flujo de su crecimiento y transformación corpo-

ral como bebé humano en interacciones humanas. Si esta negación del bebé ocurre sólo ocasionalmente, ninguna dificultad fundamental surge en su crecimiento como niño o niña, pero si el desencuentro entre bebé y madre se torna sistemático, se perjudica el crecimiento del bebé y surge un niño o niña con alteraciones fisiológicas y psíquicas en vez de uno normal.

En términos generales, este deterioro del desarrollo de un bebé, debido al desencuentro con la madre, no es un fenómeno peculiarmente humano. En general, cualquier bebé mamífero que no encuentra a su madre en el juego que lo confirma como bebé, tiene dificultades para crecer como un adulto normal capaz de vivir la vida solitaria o comunitaria de su clase. Habitualmente no vemos que todas las actividades de los animales que no existen en el lenguaje ocurren en el juego, porque las distinguimos en términos de lo que nos parece su finalidad cuando hablamos de ellas en las conversaciones de propositividad e intencionalidad propias de nuestra cultura a través de las cuales nos separamos del presente. En el dominio no humano del no lenguaje, la crianza, la limpieza, la búsqueda de alimentos, la pelea, la defensa de los cachorros, el cortejo, el apareamiento, son todas actividades realizadas y vividas tal como nosotros vivimos el juego cuando jugamos.

En la medida en que los seres humanos introducimos propósitos e intencionalidad en la descripción de nuestras acciones o en nuestras reflexiones acerca de nuestras acciones cuando hablamos o reflexionamos acerca de lo que hacemos, dirigimos nuestra atención más allá del presente de nuestro hacer hacia lo que esperamos como resultado de ese hacer. Cuando hacemos esto, mientras interactuamos con otros seres humanos que no se mueven con nosotros en nuestra desviación de la atención, dejamos de verlos, debido a que entramos en un dominio de acciones (en un emocional) incongruente con ellos. Si esta desviación de la atención le

ocurre a una madre en sus interacciones con su niño o niña, el niño o niña vive sus interacciones con la madre en la negación operacional de su identidad y no es confirmado en su corporalidad (biología) como un ser humano en crecimiento. Esta desviación de la atención de la madre puede ocurrir bajo cualquier circunstancia particular de interacciones; así, si el niño está siendo alimentado en el momento en que esta incongruencia emocional surge entre la madre y el niño, el niño o niña como organismo *Homo sapiens sapiens* puede ser alimentado, mientras que el niño o niña como ser humano que crece no es visto y resulta negado y desconfirmado como tal. Este desplazamiento atencional más allá del presente hacia la finalidad de lo que se está haciendo, ocurre también a los adultos en el curso de sus interacciones cuando ellos ponen propósito e intencionalidad en ellas a través de atender más sus preocupaciones personales (o intereses personales) que a la Cooperación o coparticipación en la tarea común. Cuando esto pasa, uno o los dos adultos que interactúan se vuelven ciegos ante el otro al entrar en un desencuentro emocional que normalmente se vive como una falta de comprensión en el dominio racional.

5. Emociones

Lo que en la vida diaria distinguimos como emociones cuando observamos la conducta animal, humana o no humana, son, como fenómenos biológicos, configuraciones corporales dinámicas que, especificando en cada instante los cursos posibles de cambios de estados de un organismo, especifican en él, en cada instante, un dominio de acciones posibles. Nosotros, como mamíferos, y en particular nosotros como seres humanos, vivimos en un continuo fluir emocional consensual que aprendemos en nuestra coexistencia en comunidad con otros animales, humanos y no humanos, desde el seno materno.

Aún más, como dije anteriormente, cuando me referí al conversar, nuestro emocioonar humano fluye entrelazado con nuestro lenguajear, y muchas dimensiones de nuestro fluir emocional consensual son peculiares a nosotros como seres humanos en tanto emergen como variaciones de nuestro emocioonar de mamíferos, en la medida en que éste se expande en los nuevos dominios de coordinaciones de acciones que surgen en nuestro vivir en el lenguajear. En estas circunstancias, la congruencia del actuar requiere de congruencia del emocioonar, y es debido a esto que un desencuentro o incongruencia del emocioonar entre dos personas en interacciones recurrentes resulta en que éstas siguen cursos de acciones incoordinados, y frecuentemente contradictorios.

En su crecimiento normal, un niño o niña adquiere, a través de sus interacciones con su madre y otros miembros de la comunidad en que vive, el dominio consensual multidimensional de coordinaciones emocionales propios de su familia y su cultura. Como resultado de esto, normalmente la mayoría de los desencuentros emocionales vividos en sus interacciones por los miembros de una familia o de una cultura, son ocasionales y transitorios, y, por lo tanto, de consecuencias transitorias para su forma de emocioonar en sus dominios de coexistencia en coordinaciones conductuales consensuales. Sin embargo, cuando el interactuar en desencuentro emocional se transforma en una forma cotidiana de coexistencia para los miembros de una familia o de una cultura, éstos inevitablemente entran en una dinámica creciente de incongruencia corporal que continuamente reduce sus posibilidades de operar en las coordinaciones conductuales consensuales de la familia o cultura. Si este desencuentro emocional ocurre en la relación madre-hijo, el niño o niña no crece como un niño o niña normal, tanto en su desarrollo sensorio-motor como en el desarrollo de su conciencia corporal y su conciencia de sí, y, consecuentemente, crece como un niño o niña incapaz de participar en relacio-

nes interpersonales normales de mutua aceptación y respeto en la vida adulta. Si este desencuentro emocional se transforma en una forma de vivir entre los adultos, el crecimiento en la incongruencia corporal entre ellos a que da lugar, conduce a una continua reducción de sus dominios de mutua aceptación en coordinaciones consensuales de acciones y emociones que resulta eventualmente en sufrimiento por la negación mutua recurrente, y, en último término, en soledad emocional. La única cura para tal sufrimiento es la entrada en un espacio de mutua aceptación, lo que no puede ocurrir a menos que aquellos adultos hallan aprendido a hacerlo mientras crecían en relaciones de juego con sus madres.

III. ¿QUÉ HACER?

¿Qué hacer? Presentaré mi respuesta a esta pregunta mientras describo lo que pienso acerca del desarrollo de la conciencia de la conciencia corporal y el conocimiento del cuerpo en el proceso de constitución del yo y de la conciencia social humana en el niño que crece, a través de mi descripción de lo que hago con las mujeres que siguen mis “seminarios de Eco-Psicología Maternal” así como de lo que les digo al guiar sus acciones en ellos.

1. Ritmo corporal

“Los ritmos corporales, y el fluir de las configuraciones de coordinaciones senso-motrices en el estrecho contacto corporal que se da entre una madre y un niño, son la base desde donde surge la conciencia humana”.

“El bebé en crecimiento vive en un fluir de configuraciones temporales como formas rítmicas de movimientos recurrentes en el vientre materno. Protegido y seguro en un suceder pulsante y polirrítmico, el embrión que va a llegar a ser un ser humano, crece desarrollando sus propios ritmos corporales a dúo con los ritmos corporales de la madre que lo contiene y alimenta en su útero: ritmo cardíaco, respiración, movimientos y vibraciones de la voz de la madre”.

“Después de la íntima relación en el útero entre el bebé que crece y la madre, el proceso epigénico temprano más importante para el desarrollo de la conciencia humana tiene

lugar en la musicalidad elemental de los ritmos corporales vibratorios y sonoros de la relación materno-infantil; mientras ésta da de mamar, acaricia, mece, habla, arrulla y acuna al recién nacido”.

“Para que las madres lleguen a ser capaces de crear para el niño un ambiente melódico armónico elemental al comienzo de su vida, para que ellas lleguen a ser capaces de tener una resonancia óptima con la competencia rítmica básica del niño en el espacio en que él encuentra el mundo que comienza a vivir, ejercitamos divisiones acompasadas del espacio y del tiempo a través de ritmos sonoros en el contar, cantar y recitar palabras y sonidos. Para esto escuchamos el ritmo de nuestro corazón y palpamos el impulso de nuestro pulso, sumergiéndonos en una fina red de sonidos que crean un espacio. Así, simplemente cantamos al compás del latir de nuestros corazones o jugamos a cantar cualquier cosa siguiendo el ritmo de los intervalos elementales de nuestros pulsos. Recuperamos la vieja tradición casi olvidada del arrullo y de las canciones de cuna, y descubrimos que ellas evocan nuestros ritmos fundamentales. Buscamos y anotamos canciones de cuna de nuestro país y de todo el mundo, y las cantamos juntas”.

“Pido a las mujeres que observen y anoten las expresiones musicales elementales espontáneas de sus niños. Las mujeres anotan y registran lo que sus niños cantan cuando creen que no están siendo observados, así como las circunstancias y situaciones en las cuales ellos han cantado. Aún más, invito a las mujeres que ellas mismas canten las canciones que sus hijos cantaron, y les pido que recuerden los primeros sonidos de juego de sus niños. Jugamos a hacer diálogos rítmicos, y hacemos sonidos a los intervalos elementales del ritmo cardíaco para ser capaces de sentir el juego sonoro rítmico de los niños pequeños”.

“Pregunto a las mujeres, cuáles son las rimas y rondas que sus niños prefieren. Luego repetimos en conjunto esas rimas y rondas, palmoteando acompasadamente al mismo tiempo que recitamos y danzamos esas rimas y rondas siguiendo sus distintos ritmos. Le pregunto a las mujeres por las canciones que sus niños siempre cantan y les gusta escuchar. Cantamos esas canciones. Practicamos cantando historias y cuentos de hadas. Finalmente, hablamos con los niños cantando”.

“Las mujeres disfrutan todas estas actividades y las hacen con gusto. Se trata de actividades que no tienen significado más allá de ellas mismas, y que son ejecutadas sin ninguna referencia a uso o propósito, pero que abren nuestra conciencia a nuestro ser en el presente en un espacio experiencial comparable al que las madres vivieron en su infancia y que sus niños viven ahora o vivieron al nacer”.

2. Balance Corporal

“Hay procesos y configuraciones de movimientos simples que el niño necesita vivir para construir los espacios relacionales sociales en los que va a existir a través del desarrollo de su conciencia corporal. Son tan simples, que los adultos normalmente no los percibimos, aun cuando las madres atentas normalmente pueden recordarlos cuando se les pregunta. Por esto yo hablo con las mujeres sobre cómo surgen en el niño o niña, como un proceso de orientación y manejo corporal espontáneo en la libertad del juego, las habilidades rítmicas básicas de balanceo, de producción de simetría en los movimientos, de equilibrio al columpiarse en torno a un punto central...”.

“En respuesta una mujer puede decir: ‘Sí, no es posible pasar junto a una piedra, una pequeña pared, o un tronco caído, sin que el niño quiera balancearse sobre él. Los niños se cuelgan de las puertas y sillas, saltan sobre las camas y

ejercitan sus habilidades de balanceo sobre las bicicletas'. Otra mujer puede decir: 'Ah, y cuando ellos dibujan, a menudo hacen lindos diseños sólo con líneas con las que dividen proporcionalmente la hoja de papel'.

“Así nos damos cuenta de que los niños se ocupan en crear balances en todas las áreas de sus sentidos, no sólo en el movimiento corporal. Esto es, ellos crean espontáneamente orden buscando el punto medio entre los extremos; por ejemplo, entre lo ruidoso y lo suave, y entre alto y bajo, en el área del sonido, o, entre luz y oscuridad, y brillo y opacidad, en el ámbito visual”.

“Las mujeres y yo jugamos buscando el balance en el área del color; por ejemplo, ordenando colores desde los más claros a los más oscuros, y distinguiendo alguno intermedio. O, buscamos el balance en el área del sonido, tratando de encontrar un punto medio entre dos extremos de intensidad sonora. Mientras hacemos esto, una mujer puede de repente decir: 'Mi hija Verena (que tiene 4 años y medio) tuvo un período en el que ella sólo pintaba escalas de colores. En lo más alto del papel llenaba el espacio con amarillo, y en lo más bajo con violeta, poniendo verde en el medio'. Así Verena creaba un punto medio en un área particular de distinciones cromáticas. Pero, lo que los niños gustan y gozan más, es la búsqueda y el encuentro del balance en el contacto corporal con sus madres”.

“Jugamos mucho creando situaciones en las que los niños tienen que regular su propio balance en una variedad de posiciones sobre los cuerpos de las madres, estando éstas sentadas, tendidas o de pie. Los niños se encuentran en su elemento en estos juegos con sus madres, en los que mientras juegan ejercitan y diferencian sus habilidades de balance. Animados al ser invitados a jugar de esta manera, los niños inventan una variedad de juegos audaces y suaves con sus madres, y sobre los cuerpos de ellas”.

“Las mujeres me dicen que sus niños recuerdan todos los ejercicios de balanceo que jugaron juntos en los pequeños grupos regionales de juego materno-infantil, y que también quieren jugar al caballo, montar y volar, en la casa con ellas y con sus padres. Las mujeres se vuelven animadas y reflexivas viendo la felicidad con que sus niños juegan los juegos de balanceo, y me piden que también hagamos ejercicios de balanceo y de sensibilidad corporal en los grupos de madres. Las madres me preguntan cuál es la razón por la que los niños desean jugar juegos de balanceo con ellas. Como respuesta, les digo que los niños tienen la capacidad innata y la necesidad biológica de aprender a balancearse, así como de dominar y mantener el balanceo bajo muchas circunstancias diferentes por medio de movimientos vibratorios de ajustes, y que la forma fisiológica normal a través de la cual los niños hacen eso en su desarrollo, es en el fluir de sus interacciones corporales en el juego con sus madres”.

Además, también les digo a las mujeres que el niño o niña siente, en el momento de balancearse en interacción con su madre, que ella está completamente concentrada en él o ella en total aceptación mental y corporal, y que ella está sólo para él o ella sin distraerse por nada y sin prestar atención a ninguna otra cosa que no sea su acto como ellos a menudo dicen, y que esto es esencial para el sano desarrollo psíquico y corporal del niño o niña. Aún más, en el curso de estos ejercicios de balanceo, las mujeres que se balancean con sus niños experimentan un profundo sentido de seguridad en la vibración corporal de sus hijos. Al mismo tiempo los niños y niñas sienten que sus habilidades son puestas a prueba amorosamente debido a que ellos deben regular su balanceo en una posición más bien poco usual sobre los cuerpos de sus madres las que los acogen totalmente, y esto los hace muy felices».

“Algunas mujeres se quejan de dolores de espalda. Cuando esto ocurre hacemos cuidadosamente los ejercicios individuales de concentración y balanceo. Estos ejercicios están orientados principalmente a relajar la espalda y estirar la columna de una manera que baja el tono muscular y permite recuperar la flexibilidad original. Las mujeres desean también aumentar su apreciación por las situaciones en que sus niños ejercitan espontáneamente su capacidad de balance, y trabajando con su propia sensibilidad corporal despiertan su conciencia de tales situaciones a través de ampliar el conocimiento de su propio cuerpo. En este proceso, las mujeres se vuelven también perceptivas de muchos otros hechos habituales simples en relación sus hijos e hijas que usualmente pasan desapercibidos. Normalmente, en estas circunstancias, ellas desean comprender la importancia de la invención y práctica del balanceo corporal como un proceso fundamental en el desarrollo de la conciencia individual y social del niño. El que las mujeres se interesen por comprender el desarrollo de la conciencia del niño es importante para que este proceso se lleve a cabo en sus hijos o hijas, ya que es sólo gracias a esta comprensión que ellas pueden proteger y estimular el libre juego en la total confianza e intimidad del contacto corporal materno infantil que lo hace posible”.

“De hecho, cuando las mujeres comprenden esta relación entre conciencia corporal y conciencia individual y social, ellas quieren experimentar y sentir más aún sus propios cuerpos como instrumentos precisos y sensibles de conciencia, igual que sus hijos, y lograr ir más allá de las frustraciones, dolores y tensiones de la vida moderna. Más aún, en este proceso, las mujeres se hacen conscientes de la belleza de sus cuerpos, el cuerpo humano, a través del encuentro paciente y amoroso con él en la medida en que entran en contacto paciente y amoroso, con el cuerpo de otro ser humano en el cuerpo de sus hijos

3. Movimiento

“Yo converso con las mujeres acerca del largo proceso en la historia de los seres vivos a través del cual la posición erecta del hombre, así como otras capacidades corporales humanas, surgieron como parte de la continua transformación de la forma de vivir de muchas clases sucesivas de animales, de modo que ellas puedan darse cuenta de sus propias capacidades corporales constitutivas, así como de sus posibilidades para explicarlas. Como resultado de esto, las mujeres se ven a sí mismas como parte de una historia más fundamental que sus circunstancias particulares, y se atreven a intentar nuevas aventuras en experiencias corporales después de los juegos de ritmo y balanceo”.

“En preparación para el reconocimiento de que los movimientos libres, no inhibidos, tienen una importancia fundamental para la construcción de la conciencia de sí mismo y la conciencia social del niño que crece, yo aliento a las mujeres a recordar con sus cuerpos las diferentes formas de movimiento que sus niños han experimentado en su desarrollo desde la condición fetal en el útero hasta la plena posición erecta humana.

Aún más, alerto a las mujeres acerca de las diferentes formas y habilidades de movimientos que normalmente aparecen en sucesión a lo largo del desarrollo de un niño, tanto como acerca de los diferentes modos como los niños construyen sus territorios y dan forma a sus dominios de existencia a través del desarrollo de sus habilidades de movimiento en una diferenciación expansiva de sus capacidades corporales motrices”.

“Le pregunto a las mujeres:” ¿Pueden ustedes mostrarme qué es lo que un niño mira, huele, escucha, toca o siente cuando gatea?, o ¿cuán lejos se distancia el niño de su madre cuando gatea? Las mujeres dicen: ‘No podemos’. Yo contes-

to: 'Inténtenlo', sus cuerpos pueden recordar, intenten danzar el desarrollo motor de sus niños. Olviden el mundo que las rodea, empiecen dentro de ustedes mismas, recuérdense así mismas; olvídense una de la otra, olviden dónde están, sólo comiencen a actuar los movimientos de sus niños, y repentinamente, de manera casi increíble, realmente ocurre, y el meneo y el gateo comienzan con inocencia, en un proceso en el que las mujeres crean en sus movimientos las formas y ritmos que ellas han visto en sus niños, y que ellas mismas también vivieron como tales”.

“Tras algunos minutos de meneos y gateos sobre el piso, y en la continua transformación de sus movimientos, las mujeres eventualmente alcanzan la posición erecta y se preguntan ¿qué ocurre después de esto en el desarrollo del movimiento del niño? Al hacerse esta pregunta en este momento, las mujeres se dan cuenta de la enorme expansión de conciencia en la diferenciación motriz que emerge en el niño con la posición erecta. También se dan cuenta de que en el encanto de la danza y en la gracia del jugar con los ritmos de los movimientos elementales en la posición erecta, el niño teje su mundo como su dominio de existencia en la medida en que conecta una forma de movimiento con otra: caminar brincar, saltar, galopar...”.

“Con esta nueva conciencia y a través de nuestra comprensión de nuestras propias actividades sensorio-motrices, nosotras intentamos entender mejor situaciones como la siguiente. La pequeña Gaby saltaba con los zapatos de taco alto de la mamá, la que le pidió que se los sacase porque era muy peligroso saltar con ellos. Al oír a la mamá, la niña, sin interrumpir su ritmo de salto, suplicó en forma plañidera: ‘No, no, déjame, es mejor con estos zapatos que suenan tan bonito’. Saltar es música”.

“En síntesis, es dándonos cuenta experiencialmente de cómo un niño configura el mundo o dominio de existencia

que él o ella vive a través de la transformación de su capacidad de moverse, que llegamos a estar abiertos a comprender que debemos permitir al niño simplemente ser en tanto le ofrecemos espacio y tiempo libres para que dé curso espontáneo al empleo de sus habilidades motrices innatas en un dominio de mutua aceptación y respeto. A través de vivir libremente los ritmos y formas espontáneas de sus movimientos, los niños se experimentan a sí mismos, a sus territorios, a sus dominios de existencia, y de hecho crean su entorno”.

“Sólo cuando nosotros permitimos que la actividad motriz del niño ocurra en la espontaneidad del juego libre, puede el niño llegar a la plena conciencia operacional de su cuerpo y de sus posibilidades. En realidad, es sólo cuando un niño o niña conoce operacionalmente su cabeza, sus pies, sus brazos, su vientre y su espalda como su propio cuerpo cuando se mueve, que puede él o ella conocer el arriba, el abajo, los lados, el frente y el atrás, como características del mundo que él o ella vive, y puede saber que hay algo arriba, abajo, al frente, detrás o al lado, dándole origen con sus movimientos”.

“Es sólo a través de sus movimientos que un niño o niña puede llegar a ser operacionalmente consciente de la forma dinámica de su corporalidad, y es sólo cuando un niño o niña es operacional y plenamente consciente de su corporalidad, que puede vivirla como el patrón de orientación (el esquema corporal humano) con el que él constituye y organiza su entorno y se orienta en él. En otras palabras, es sólo a través de mis propios movimientos que yo llego a ser operacionalmente consciente de mi forma corporal humana como un patrón de orden, y es sólo cuando estoy operacional y plenamente consciente de un cuerpo como un ámbito de movimientos que puedo crear un mundo coherente como el espacio operacional en que vivo, constituyéndolo como un entorno en el que me puedo mover libremente. Esto es, mi entorno, un mundo, es operacionalmente la expansión de mi cuerpo”.

“La configuración de su entorno o espacio circundante por un niño o niña como un dominio de movimientos, es reforzada por los juegos rituales que juega, tales como el «luche» y la «pata coja», juegos comunes con diferentes nombres en todo el mundo. En estos juegos rituales, el esquema corporal es dibujado o marcado con cintas en el suelo, y se cantan o recitan sílabas y números mientras se danza sobre él”.

“Finalmente, las mujeres se dan cuenta de que cuando cantan y danzan los movimientos y ritmos de su infancia, ellas se vuelven de nuevo como niñas, y, sumergiéndose en lo que hacen descubren como ellas, como niñas, generaron el mundo en que viven”.

4. Signos elementales

“En los primeros meses y años de su vida, un niño construye gradualmente, jugando, o sea, a través de su operar en coordinaciones senso-motrices en el juego, su conciencia corporal operacional. Aún más, a través de su conciencia corporal operacional en el ámbito de las coordinaciones senso-motrices que involucran su superficie táctil en lo que como observadores vemos como su “vivir en el tocar y el ser tocado”, o que involucran su superficie visual en lo que vemos como su “vivir sus ojos en visión”, o que involucran su superficie gravitacional en lo que vemos como su “vivir sus movimientos en el balanceo”, el niño gradualmente crea su entorno como un espacio de coordinaciones senso-motrices que nosotros vemos como un espacio de acciones y conductas. En otras palabras, en la medida en que el niño o la niña crece, convierte la operacionalidad motriz de su cuerpo en un espacio circundante con dimensiones tales como arriba y abajo, adelante, atrás, y lados alternativos, cada uno constituido como una configuración diferente de coordinaciones senso-motrices que involucran de manera distinta sus músculos y sus superficies sensoriales”.

“Los niños, cuando no están demasiado restringidos, a menudo recorren caminos circulares y elípticos espontáneamente, o configuran mediante brincos y saltos un entorno inmediato según las dimensiones dinámicas de su corporalidad, yendo en líneas verticales y horizontales, ángulos rectos, cruces, cuadrados, zigzags, espirales y culebras, y hacen esto de una manera asombrosamente sistemática. Así podemos ver en las calles de ciudades y pueblos, que los niños organizan sus movimientos alrededor de las lozas rectangulares, o dibujos de caracolas, o espirales, o de su esquema corporal mientras brincan y cantan sus movimientos. Por ejemplo, un juego favorito que los niños bailan en las calles donde aún les es posible hacerlo es:

y uno	un sombrero	adelante
y dos	un bastón	atrás
y tres	un paraguas	de lado”.

“También los niños comienzan a dibujar líneas verticales, horizontales, vértices, círculos, diagonales (comenzando desde la esquina más baja de la derecha a la esquina más alta de la izquierda, y desde la esquina más baja de la izquierda a la esquina más alta de la derecha), triángulos, cuadrados y espirales, sobre cualquier superficie, después de que empiezan a moverse independientemente de sus madres y tiene la oportunidad de caminar según las líneas de su cuerpo dentro de la casa, en el jardín y en la calle. Y ellos hacen estos dibujos por mucho tiempo sin distraerse de lo que están haciendo. A los niños les gusta hacer esto, especialmente en superficies grandes como el piso de las piezas, las murallas, el pavimento de la calle, las playas con arena, o las grandes hojas de papel blanco que yo les doy en los grupos de juego materno-infantil. De esta manera, el niño extiende el eje de su cuerpo y las direcciones de sus movimientos en lo

que nosotros vemos como Su entorno inmediato» (Figuras 2, 3, 4 y 5).

El dibujar de esta manera es para el niño como danzar el conocimiento de su cuerpo, tanto como sus principales posibilidades de movimiento, con las manos. De este modo, los niños conectan las formas que han experimentado con sus movimientos corporales en un cierto dominio de coordinaciones senso-motrices, con otras formas o configuraciones ornamentales que ellos han experimentado o vivido en un dominio diferente de coordinaciones sensorio-motrices. Cuando hacen esto, los niños suelen decir: Hacer líneas es tan lindo'; o Mamá, yo hice un dibujo, un dibujo precioso”.

“Durante este período es importante para la confianza del niño o niña en sus habilidades innatas, y para el desarrollo de su autoaceptación y respeto, que la madre le demuestre su placer frente a los puntos coloridos, círculos, pelotas, líneas, cruces, triángulos, cuadrados y espirales que él o ella haga. También es importante en este periodo para la aceptación por las madres de lo que ocurre en el niño, que de vez en cuando ellas también usen algo de su tiempo en dibujar estos signos elementales en grandes hojas de papel, sentadas en el suelo. Haciendo esto, las madres juegan con los signos elementales de la manera como sus niños dan forma y significado a sus espacios perceptuales crecientes, y pueden reconocer que el objeto percibido es creado en la combinación de dimensiones operacionales muy simples. Junto con los niños y artistas ellas pueden descender en la “prehistoria de lo visible” tal como lo dice Paul Klee, y pueden experimentar lo que Paul Cézanne quería decir cuando él decía que todas las cosas en la naturaleza tienen forma de pelotas, conos, cubos o cilindros”

5. El espacio

“Las mujeres tratan de entender lo que sus hijos hacen en su espacio de juego”, el cual es para ellos su “espacio de existencia”.

Los niños establecen para sí mismos puntos de referencia como puntos imaginarios (que llamamos imaginarios debido a que nosotros no los vemos como ellos los ven) de comienzo y término. Ellos corren, brincan y saltan, siguiendo las conexiones y caminos imaginarios que unen tales puntos. Los niños dividen estas rutas imaginarias con marcas. Saltan de una marca a otra y repitiendo sus movimientos una y otra vez, de una manera ritual, cantan o recitan sílabas o rimas al ritmo de sus movimientos. A veces, simplemente, cuentan los pasos en sus rutas. Ellos hacen todo esto totalmente absortos, como si quisieran imprimir lo que hacen en sus mentes. Después de un tiempo cambian sus movimientos y corren con rapidez de un punto a otro en las rutas que han establecido, o súbitamente empiezan a saltar a lo largo de su ruta imaginaria después de haber brincado por ella durante un rato”.

Cada cosa es hecha por los niños como si ellos quisieran fijar en sus mentes lo que hacen, como diciéndose a sí mismos: “Debo cantar, dám dá dám dá tantas veces, luego yo debo recorrer mi ruta saltando una vez; “o”, mi camino tiene tantos saltos de distancia”, o aún un camino me toma tantos saltos de distancia desde el punto de comienzo hacia el punto final’. Los niños no dicen esto, pero actúan como si lo dijeren: mediante el ritmo construyen el tiempo. La extensión en el tiempo del camino que los niños siguen es una idea, una abstracción de sus movimientos corporales en el dominio de los ritmos. El camino no existe, como pudiéramos decir, de una manera concreta o palpable. La ruta es construida en lo más profundo del sí mismo del niño como un proceso de memoria en la conducta. La ruta es construi-

da al recordarla (renacería) en los diferentes pasos que son necesarios para moverse desde el punto de inicio al punto final. En lo más íntimo del ser del niño, esto es, en su darse cuenta operacional de su cuerpo, los diferentes pasos que constituyen la ruta son integrados como una operacionalidad particular, que, en tanto es usada como tal, da origen a la ruta como la Gestalt o configuración operacional que la constituye.

Es por medio de esta síntesis corporal senso-motriz, en la que el niño o niña constituye mediante configuraciones de coordinaciones senso-motrices las dimensiones espaciales tales como adelante y atrás y las dimensiones temporales tales como antes y después, que el niño o niña crea los mundos que él o ella vive y vivirá, como diferentes dominios de coordinaciones senso-motrices. Sin estas configuraciones de conciencia corporal operacional no hay camino, sólo hay lo que pasa cuando el pie toca la tierra, **no hay** mundo o mundos, solamente sensaciones aisladas».

Al jugar los niños construyen sus relaciones espaciales, sus dominios de acciones, las configuraciones (Gestalts) senso-motrices que como operaciones con relaciones y acciones vemos emerger como si ellos les diesen origen operando en la interioridad de sus mentes en un espacio imaginado anterior al espacio que ellos constituyen de hecho en el fluir de sus dinámicas corporales. Los niños generan sus espacios de acciones y dominios relacionales conectando muchos puntos o momentos senso-motores diferentes de sus movimientos, como operaciones relacionales discretas en muchas configuraciones dinámicas coherentes nuevas que expanden sus dominios de coordinaciones senso-motrices. Antes de empezar a vivir en el lenguaje, el niño o niña crea su espacio de acciones como un simple espacio relacional corporal, pero cuando comienza a vivir en el lenguajear, la creación del espacio del niño se expande en todos los dominios de coordinaciones de acciones que él o ella comienza a generar en las

interacciones que él o ella vive con su madre y los otros adultos y niños con quienes convive según sea ese nuevo modo de vivir en el convivir del lenguajear».

Esta creación de espacios del niño humano en crecimiento, particularmente en el dominio del lenguajear, es el logro espiritual más básico, y el fundamento efectivo de Su pensamiento operacional y abstracto. Con dificultad y gran esfuerzo, las mujeres empiezan a ver que el bebé y el niño realizan sus capacidades básicas para desarrollarse como seres humanos efectivos a través del crecimiento de su conciencia corporal operacional en la medida en que crean sus propios espacios de relaciones y de acciones en el juego mientras intercalan en el dominio humano. Mas aún, las madres se dan cuenta de que la realización individual de esta capacidad básica para la abstracción operacional en la creación de relaciones temporales y espaciales por el niño humano en crecimiento, es un requisito para el desarrollo de su habilidad humana para operar como un ser social de una manera basada en la conciencia individual, y, por lo tanto, para su realización efectiva como una entidad social humana».

A través de la repetición rítmica de sus movimientos en el juego libre, no inhibido, los niños especifican y cuantifican relaciones espaciales exactas, y al cantar y recitar en estas repeticiones rítmicas, definen un dominio abstracto de acciones que relaciona sucesiones de relaciones espaciales. Esto es, los niños constituyen el espacio y el tiempo a través de su juego libre como diferentes redes de coordinaciones senso-motrices que especifican diferentes dominios de acciones, creando quantas espaciales y temporales que ellos varían a través del cambio en el ritmo de sus movimientos repetitivos. Con el fin de entender completamente esta capacidad fundamental para la abstracción operacional que los niños realizan en la constitución del espacio y el tiempo, las mujeres intentan vivir nuevamente esa creación a través de sus propios movimientos. Para hacer esto, las mujeres se

mueven como los niños, creando con su propios cuerpos los caminos que constituyen su espacio, e intentan representar gráficamente los pasos con los cuales ellas han creado estos caminos, dibujando aquellos caminos que ella previamente han contado y cantado».

Lentamente las mujeres entienden: En la primera infancia, a través del juego, mientras viven muchas experiencias recurrentes de movimiento, tocando, balanceando, y haciendo ritmos, los niños gradualmente constituyen y desarrollan el conocimiento operacional de sus cuerpos en muchas configuraciones de redes entrecruzadas de coordinaciones senso-motrices. Si miramos a los niños en su crecimiento, los vemos moviéndose y orientándose en lo que nosotros llamamos su ambiente o entorno, mientras que lo que ellos en verdad hacen es constituir y dar estructura a su mundo como un dominio de coordinaciones senso-motrices que surge de la expansión de sus cuerpos en la medida que adquieren dominio de ellos. Más aún, como fenómeno humano, este es un proceso que en los niños se expande de modo vertiginoso cuando ellos comienzan a vivir en el lenguaje en una continua creación, expansión, y transformación de muchos dominios interrelacionados de coordinaciones de acciones con otros en la realización de sus correlaciones senso-motrices, y que termina solamente con la muerte».

Durante éste proceso, en la primera infancia, los niños dibujan una y otra vez una casa: usualmente un rectángulo techado con un triángulo. Cada madre conoce la casa de su propio niño. Todas las coordinaciones y direcciones esenciales del cuerpo están contenidas en ésta casa. Hacia el fin de la primera infancia, sin embargo, repentinamente, el conocimiento de los niños de sus propios cuerpos y de lo que ellos han constituido como su ambiente inmediato en su espacio de juego. se libera de lo que nosotros como observadores externos llamamos lo concreto y palpable, y ellos se nos aparecen como escapando de lo que vemos como lo que

puede ser experimentado directamente. Las líneas del cuerpo se extienden como líneas espaciales. Estas líneas espaciales son, en la vida del niño, inicialmente coordinaciones senso-motrices que constituyen conexiones en un espacio de juego, que como observadores externos vemos como desplazamientos en un ambiente, y, luego, correlaciones senso-motrices que constituyen conexiones en un espacio de juego que nosotros no vemos como parte de un ambiente externo al niño, y que nos aparece como teniendo lugar sólo como un espacio abstracto, interno, a través de los que consideramos como movimientos imaginados. Cuando esta condición aparece, los niños empiezan a vivir algunas de sus correlaciones senso-motrices como experiencias corporales y motrices que vemos en ellos como la distinción del espacio en un sentido amplio, incluyendo el cielo y las estrellas. En este proceso los niños empiezan a ser capaces de mirar más allá, lejos del aquí y el ahora, en Su imaginación, de una manera espacial y temporal en la medida en que configuran a través de Su conciencia corporal el dominio de las relaciones espacio-temporales» (Figuras 6 y 7).

Cuando el niño nace es aún sólo una posibilidad embrionaria de conciencia y de reflexión sobre sí mismo. Es solamente a lo largo del período maduracional de su primera infancia, que un niño constituye espontáneamente a través del juego libre con su madre y otros adultos y niños, la manera de vivir en el lenguaje que constituye la conciencia humana como una distinción de la conciencia del propio cuerpo en el contexto de la distinción de otras corporalidades similares. Es solamente si el niño alcanza autoconciencia al vivir su infancia en la riqueza de la experiencia senso-motriz de su vida temprana en la interacción corporal en total aceptación con Su madre, que él puede separarse de ella (o él) con la corporalidad efectiva de un individuo socialmente seguro desde la aceptación y el respeto por sí mismo. Cuando esta autoconciencia comienza aparecer, y el niño comienza a separarse de su madre, él o ella es capaz de orientarse a

través de su conciencia corporal operacional en el dominio humano de relaciones espaciales y temporales. Aún más, a medida que el niño crece en autoconciencia en el dominio humano de relaciones espaciales y temporales, él o ella tiene la posibilidad y es capaz de crecer como un adulto que no teme que su individualidad se vaya a perder o destruir a través de su integración social. En este punto dramático del desarrollo de la conciencia humana, el niño piensa y dice: 'La mamá está muerta'»

«Por su puesto la mamá no está muerta, pero los niños en su conciencia corporal se separan de la corporalidad de la madre, esto es, ellos no usan más la distinción de la corporalidad materna como el único punto de referencia en su dinámica de correlaciones senso-motrices al construir su mundo circundante. El niño en este punto de su crecimiento ya ha vivido las experiencias senso-motrices que son un prerrequisito para la constitución de la conciencia humana: el libre movimiento en un dominio social como un ámbito de relaciones espacio-temporales en la aceptación de sí mismo y de los otros. La madre y el niño lo han logrado. Como resultado de esto, el niño es capaz de tener lo que vemos como un mundo imaginado, es capaz de orientarse en él, y de estar en él como un individuo total. En otras palabras, el niño se ha vuelto capaz de ver en su mente la Gestalt (configuración) de la vida humana como su propia vida, en el movimiento cíclico de avance y retroceso que constituyen el espacio y el tiempo».

«En este momento el niño empieza a hacer preguntas acerca de el comienzo y el final de la vida: esto es preguntas filosóficas. Mirando hacia adelante el niño concibe su propio futuro: '¿Mamá tú sabes con quien me voy a casar?; ¿Mamá tú sabes lo que voy a ser algún día?'. El niño crea un espacio que permanece intacto a medida que él va y viene y que él no podría haber creado antes de haber creado su recién lograda red de correlaciones senso-motrices en el con-

texto del lenguajear: las estrellas, el cielo, el paisaje... aparecen. Más aún, a medida que el niño crea este ámbito imaginado de identidades separables y permanentes en su espacio de correlaciones senso-motrices mientras crece en coordinaciones de coordinaciones de acciones en total aceptación mutua con Su madre y con Otros adultos y niños, el niño crea lo que vemos como su mente interior, como su dominio de relaciones con aquellas entidades imaginadas permanentes y separables

«Por favor, no pregunten cuándo sucede esta transformación en el crecimiento del niño; no pregunten a qué edad es ésta metamorfosis en la que las experiencias senso-motrices del niño, que como tal son vividas como meros sucesos, se vuelven conciencia humana en la complejidad de las relaciones humanas. No pregunten a qué edad el niño adquiere la posibilidad de imaginar lo intocable en una red de dimensiones espaciales y temporales. No sucede a ninguna edad, sucede como un cambio en el dominio de las relaciones del niño a medida que crece en conciencia corporal en su vivir en el lenguajear mientras danza en la total aceptación mutua con su madre a través de la vida. Yo he visto niños de 3 años que ya tenían la imaginación reflexiva típicamente humana, y otros que aún a los 6 años todavía no existían en el espacio relacional humano».

«La madurez en conciencia humana que un ser humano alcanza, depende de como él vive como un niño o niña en la creación de lo que nosotros vemos como su ámbito de coordinaciones de acciones con su madre. Si el niño o niña crece en una aceptación corporal total por su madre al encontrarse continuamente con ella en el juego, él o ella se convierte en un adulto afectuoso que no teme perder Su identidad individual en la aceptación de los otros como ser social, y no necesita reafirmarse en la negación de los otros en el curso de una competencia interminable. Pero cuando el niño en las grandes ciudades no puede obtener a través del libre juego

(esto es a través de la aceptación corporal total) la conciencia senso-motriz que constituye el fundamento de la conciencia humana, no puede realizar plenamente el espacio relacional humano. Si cuando esto sucede el niño o niña no está completamente distorsionado, lo menos que le ocurre es que él o ella permanece dependiente del control externo.

Sin embargo, hay un signo que indica que el niño ha logrado acceso al espacio relacional humano. En mi investigación eco-psicológica llamo a este signo esquema de orientación filogenética de los seres humanos. «Este signo tiene la forma de un rectángulo dividido por dos líneas axiales y dos diagonales que se cruzan en un punto central. El niño produce este esquema espontáneamente En el período en el cual él o ella logra los fundamentos de la conciencia humana. La producción de este esquema por un niño o niña es un indicio de que él o ella en adelante se orientará en el dominio de la imaginación humana, construyendo el espacio y el tiempo en una forma creativa humana. Llamo a este esquema de orientación, el esquema de orientación filogenética», debido a que surge como una característica espontánea del desarrollo del niño o niña que crece en la relación de total aceptación por su madre, y es como tal una expresión de la transmisión filogenética de la realización de la posibilidad que un bebé nacido de una mujer humana tiene de llegar a ser un ser humano» (Figuras 8, 9, 10, 11 y 12).

Todos nosotros, en la medida en que somos capaces de vivir como seres humanos socialmente conscientes, hemos tenido en nuestras vidas individuales las condiciones necesarias para desarrollarnos en la forma en que la conciencia espacio temporal y social humanas surgen, y hemos tenido también la posibilidad de construir nuestros mundos mentales internos como el dominio humano de relaciones espacio-temporales imaginario. Estas condiciones, sin embargo, no siempre suceden fácilmente con los niños de nuestros días debido a que en nuestra cultura occidental actual les conce-

demostramos cada vez menos tiempo y menos espacio libre para la danza espacial en estrecho contacto corporal en total confianza mutua con la madre bajo la cual la conciencia humana surge. Debido a nuestra conciencia de esta condición, y a que en un trabajo con Gabi y con los grupos de juego materno infantiles yo he encontrado que los niños generan sus relaciones espacio-temporales creando espontáneamente signos elementales básicos que constituyen los fundamentos operacionales y la corporización de esas relaciones, las madres y yo hacemos el esfuerzo de crear, a través del uso de estos signos, las condiciones que podrían abrir la posibilidad de iniciar el desarrollo de tal conciencia espacio-temporal en los niños con alguna esperanza de que éste se complete de manera saludable.

De acuerdo a esto, formamos círculos o espirales con cinta de color en el suelo, o dibujamos de esa misma manera el esquema de orientación filogenética humano que, en cuanto contiene todos los signos elementales en su construcción, contiene todas las direcciones de los movimientos corporales como un dominio de posibilidades. Mediante el ritmo de nuestros movimientos construimos juntos la imagen prototípica del espacio de movimientos humanos sobre la geometría dibujada en el suelo. Con el fluir de formas y movimientos repetitivos, tanto cuando danzamos las formas espaciales prototípicas una y otra vez, como cuando integramos estas formas espaciales en nuestras rimas y cauciones, creamos el tiempo en nuestra conciencia corporal operacional como un dominio de correlaciones senso-motrices. Esto es, creamos lo temporal a través de nuestros movimientos corporales por medio de movimientos repetitivos exactos entre puntos espaciales fijos. Nuestras danzas rítmicas crean la temporalidad y nuestros pies en la danza y el ritmo constituyen la medida del tiempo. Empezamos a jugar con direcciones en el espacio, y con caminos hechos con danzas elementales repetitivas hacemos una coreografía elemental del comienzo y el término de los procesos rítmicos que consti-

tuyen el tiempo como una presencia corporal en nuestras correlaciones senso-motrices .

Así, a través de este juego espacial vivimos la experiencia de que un período de tiempo (tal como una canción), y una distancia en el espacio (como cierta sucesión de pasos), como distinciones en distintos dominios de correlaciones senso-motrices en nuestra corporalidad, no tienen correspondencia directa en lo tangible y existen en lo que como observadores vemos como nuestra imaginación fuente de todas nuestras ideas. A través de esta experiencia liberadora y sorprendente del espacio y el tiempo como aspectos diferentes de sus dinámicas corporales las madres empiezan a entender y a respetar el juego espacial de sus niños y niñas cuando estos se mueven en sus espacios de juego aprendiendo a aceptar y confiar en sus cuerpos y en los cuerpos de los otros, en el proceso de llegar a ser seres sociales como aspecto de su conciencia corporal operacional».

6. Construcciones de teorías

Los períodos de tiempo y la distancia en el espacio no tienen correspondencia directa en lo que como observadores vemos como lo tangible. El tiempo y la distancia son productos de procesos que llamamos mentales, o de la mente interior, y existen como tales como aspectos de un dominio humano de existencia que se constituye cuando la mente humana surge con el espacio relacional humano imaginario. Los niños ejercitan su potencialidad innata para la abstracción, y, por lo tanto, su potencial creativo humano, creando el tiempo y el espacio al jugar danzando sobre el esquema de orientación. En este proceso, la demarcación de un espacio imaginado, y su subdivisión en pasos secuenciales a través de la producción de formas de movimientos repetitivos entre puntos fijos, constituye la construcción operacional de lo que un observador podría llamar la primera teoría espacial del yo y del mundo por un niño en crecimiento».

En mi experiencia, el presentar el esquema de orientación en el mundo externo fascina a los niños. A menudo los niños caminan sobre las líneas del esquema de orientación por un largo rato y las siguen cantando al mismo tiempo. Parece que para los niños es asombroso, y al mismo tiempo liberador de ansiedad, el usar en la creación del mundo externo esta estructura que equivale de manera tan clara y completa a su conciencia corporal. Es como si ellos se encontrasen a sí mismos, o como si se encontrasen en la intimidad de su hogar cuando las correlaciones senso-motrices llegan a ser idénticas con el mundo que viven».

«Las madres también practican una coreografía elemental sobre el esquema de orientación, y al hacerlo crean sus caminos danzados, los practican, y, finalmente, ejecutan pequeñas creaciones espacio-temporales de una manera ritual. Cada madre contribuye de alguna manera que le es propia. Así cristalizan distintas configuraciones de arreglos espacio-temporales después de vivas discusiones acerca de los problemas de espacio y tiempo. Permítanme describir uno de estos acontecimientos. Una madre permanece en el punto central del esquema de orientación dibujado en el piso mientras otras se ubican en los otros puntos de intersección de las líneas del esquema de orientación. La mujer que está en el centro invita a moverse a las dos que están paradas en la línea horizontal a su derecha y a su izquierda. Luego hace lo mismo con las dos mujeres que están en la línea vertical al frente y detrás de ella, e indica a aquellas que están paradas en los extremos de las diagonales que deben comenzar a moverse. Después de un ir y venir en una danza simétrica en pares sobre las cruces axiales y diagonales por un rato, las madres giran alrededor del cuadrado cantando, en un caminar que llega a ser un flujo espiral hacia el centro. Finalmente, esta espiral comienza a moverse hacia afuera y cada madre vuelve a su posición de partida en el esquema de orientación

«El juego danzado descrito aquí es solamente una de las incontables variaciones en la construcción de movimientos sobre el esquema de orientación que las madres crean en su espacio de movimientos. Juntas las madres planifican su danza; juntas, después de realizar la danza que ellas han planeado, ejecutan gráficamente dibujando en el suelo, los caminos que ellas han recorrido caminando o danzando en su espacio de movimientos. Planear y ejecutar un juego espacial sobre el esquema de orientación, y después hacer una reflexión gráfica de las rutas caminadas en el espacio de movimientos, es un buen ejercicio de imaginación espacial no solamente para los niños sino que también para los adultos».

Para los niños, la planificación, la realización, y finalmente el registro gráfico de estas coreografías elementales, es la preparación más iluminadora, más efectiva, y la más entretenida, para la abstracción espacio-temporal, o imaginación, que como tal es la misma para todos los seres humanos. Esto es, la actitud básica latente para la Organización espontánea de configuraciones espacio-temporales en el desarrollo del lenguaje, presente en todas las gentes del mundo, cualquiera sea lo que ellos hacen con ella culturalmente. El esquema de orientación filogenético es el escenario abstracto sobre el cual todos jugamos cuando comenzamos a ser seres humanos, y es debido a esto que la construcción del esquema de orientación en la creación del espacio relacional humano de la conciencia corporal, es básico para toda construcción ulterior de realidad en nuestras vidas. Como consecuencia, toda construcción teórica ocurre en nosotros en expansión de la construcción de nuestro espacio de movimientos e interacciones entrelazado con nuestra capacidad para crear lo temporal a través de los movimientos repetitivos entre puntos fijos».

En el territorio básico de conciencia corporal operacional que construimos en nuestra infancia a través de correlaciones senso-motrices, y que cuando crecemos en lenguaje

llega a ser un espacio de imaginación en el lenguaje, podemos los seres humanos conectar de diferentes maneras elementos de nuestra experiencia que para un observador externo no están relacionados o conectados en lo tangible. Creamos un mundo de relaciones de correlaciones senso-motrices a través de correlaciones senso-motrices en el flujo de nuestras interacciones. Al hacer esto, usamos y expandimos la operacionalidad implicada por el esquema de orientación espacial, conectando nuestras experiencias en la forma de resolución de problemas, patrones de significado, cuentos de hadas, fábulas y explicaciones científicas. El esquema de orientación espacial es una abstracción que no significa nada en sí mismo, Su presencia expresa el logro de cierta capacidad operacional en el desarrollo de la conciencia corporal en el niño, pero no representa esa capacidad».

Sin embargo, partiendo de la realización en nuestra dinámica corporal de las correlaciones senso-motrices que el esquema de orientación espacial connota, y en tanto cada uno de nosotros construye su propia realidad como su dominio de correlaciones senso-motrices en sus interacciones con los otros, todos construimos en conjunto los patrones de significados que constituyen los diversos mundos que vivimos. Y cuando nos abandona todo significado en la muerte, desaparecemos en el vacío de la nada desde donde surgimos al comienzo de nuestra vida. Es simplemente el estar en el existir lo que nos hace y nos conecta».

IV. EL COMIENZO (1972-1979)

Lo que viene a continuación es casi un relato autobiográfico, pero lo presento porque lo considero necesario para que se pueda comprender cómo empecé a observar en los niños, particularmente en Gabi, los fenómenos que condujeron al entendimiento y a las reflexiones de que se trata este ensayo.

Durante mis estudios y práctica como psicóloga del desarrollo, tuve acceso a numerosas teorías psicológicas que intentaban explicar la transformación del niño como un ser humano completo. Para mi sorpresa, todas ellas me parecieron inadecuadas para tratar el desarrollo de las habilidades perceptivas y el poder de comprensión que los niños empezaban a exhibir muy tempranamente en sus vidas. Estas distintas teorías a mi parecer describían mejor o peor la historia de aparición de esas habilidades sin mostrar como surgían del vivir y en el vivir del niño. Esta es la razón por la cual pronto empecé en una investigación a practicar con los niños formas artísticas de expresión corporal, buscando comprender el origen de sus habilidades a través de observarlos en su vida cotidiana. Así, nos introdujimos juntos en la danza, o sea en el arte del movimiento, en el canto, o sea en el arte de la música, y en el mundo que conecta a ambos, vale decir, en el arte del ritmo. Y esto gustó enormemente a los niños.

Los niños pequeños y sus madres hicieron ejercicios de juegos rítmicos, de balanceos y de danzas elementales con entusiasmo. Yo tuve la impresión de que en el ritmo,

balancéandose, saltando, brincando, danzando y cantando, los niños estaban en su elemento. Ante esta experiencia empecé a preguntarme: ¿por qué los niños son capaces de hacer estas cosas artísticas tan bien, y mejor que más tarde cuando adultos? ¿de dónde viene o como se constituye esta habilidad?; ¿qué es lo básico en ella?, y cambié la formulación del problema presentándolo en términos de desarrollo. ¿Qué significan el ritmo, la música, y los movimientos para el desarrollo de la conciencia humana en la primera infancia?

En mis esfuerzos por continuar estos estudios, fui acogida por el Centro Bávaro para la investigación Educativa en el Instituto del Estado para la Educación Temprana. Como miembro de ese Centro trabajé con madres, niños y profesores de jardín infantil, por todo Bavaria desde el año 1972 al año 1975. El Ministerio Bávaro de Cultura y el Ministerio Federal de Educación y Ciencia de la República Federal Alemana, apoyaron y promovieron juntos mi trabajo. En este tiempo fundé un grupo de estudio con profesores de arte (Gerda Zöllner, 1972 y 1974).

La necesidad de entender el desarrollo estético de los niños a través de sus propias actividades en un época en que su medio de crecimiento está en peligro, fue valorizada y apoyada por funcionarios responsables del gobierno que financiaron mi proyecto de investigación en el ritmo, la música y el movimiento (Gerda Zöllner, 1973). El propósito de dicho proyecto de investigación era explicar el desarrollo estético espontáneo del niño. En el comienzo, sin embargo, las dificultades aparecieron insuperables. Yo sabía muy bien que no había hasta entonces ninguna teoría adecuada en el campo de la psicología preocupada del desarrollo de las actividades espontáneas de los niños. También me parecía que el camino que la psicología tradicional había tomado enajenaba al ser humano de sí mismo a través de una confusión del fenómeno psicológico con su apariencia y había generado métodos y teorías que terminaban en la manipulación

del niño más bien que en el entendimiento de su desarrollo. El Instituto Estatal para la Educación Temprana en el Centro Bávaro para la Investigación Educacional, no podía evitar el aplicar estos métodos y teorías a aquellos seres que son los más sensibles y necesitados de protección en nuestra sociedad, esto es, los niños de edad temprana. Se requería una nueva perspectiva y un nuevo enfoque teórico.

En estas circunstancias, pensé que necesitaba gente de pensamiento cercano al mío para desarrollar mi trabajo. Después de una búsqueda intensiva encontré personas con quienes pude intercambiar mis ideas y observaciones acerca de las actividades espontáneas de los niños, y quienes tuvieron voluntad para reflexionar sobre ellas. Yo encontré a esta gente no solamente en el dominio de la psicología, sino que también en el campo del arte y de las ciencias naturales. Ellos fueron, Heinz von Foerster del campo de la biocibernética y la teoría de sistemas, Anton Hajos quien se preocupaba con problemas de percepción, Hans Peter Reinecke quien investigaba en acústica y música, y Dieter Ungerer quien estuvo involucrado en el estudio de los procesos senso-motores. Georg Verden ya fallecido, fue el artista de nuestro grupo de estudio. Mi tarea era integrar la contribución de todos los participantes del grupo de estudios, incluyéndome a un misma, en el intento de explicar el desarrollo de la conciencia humana en la primera infancia.

En marzo de 1975 este grupo se juntó por primera vez en Múnich, y se decidió un plan para estudiar los procesos involucrados en el desarrollo de la conciencia humana en el niño, dentro del marco del proyecto de investigación en estética ya mencionado. Nosotros su pusimos, desde el principio, que las experiencias que involucraban a la música y el movimiento en el niño jugaban un rol en esto. Este enfoque no concordó con lo esperado por el grupo representativo del Instituto Estatal para la Enseñanza Temprana, y yo renuncié al proyecto en Junio de 1975. La suerte, el azar, la providen-

cia o como quiera que uno llame a un evento inesperado que tiene consecuencias fundamentales en el curso de la vida de uno vino en mi ayuda. Ocurrió a través de mi encuentro con una niña particular, Gabi. La niña que era ciega de nacimiento, había sido operada al principio de su segundo año de vida sin recobrar la visión, llegando más adelante a ser una niña motrizmente incapacitada y epiléptica. Cuando me encontré con Gabi por primera vez en el comienzo del año 1976, ella tenía el desarrollo mental de una niña de dos años y medio, aun cuando su edad era ya alrededor de 7 años. Yo la encontré por casualidad. Ella se me acercó espontáneamente y no quiso dejarme ir. Yo acepté esto y empecé a preocuparme de ella, pero no tenía idea de lo que ella esperaba de un o de lo que yo haría con ella. Cuando encontré a Gabi, ella sufría de tuberculosis, y a los médicos del sanatorio para niños, donde fue ubicada, les agradó que yo cuidara de ella, y nos dieron a nuestro propio arbitrio, sin interferir, hacer uso de una pieza tranquila y espaciosa, rodeada de altos abetos, para trabajar con ella.

Practiqué con Gabi ejercicios de balanceo. Lo que a ella le gustaba más era trepar sobre mí, mientras ajustaba su balanceo a las vibraciones de un cuerpo. Observé que ella transformaba todo lo que hacíamos en ritmos, y la apoyé en esto. Aunque Gabi no podía ver, espontáneamente en forma ocasional producía figuras elementales en el papel, tales como líneas paralelas, diagonales, cruces, círculos, espirales y cuadrados (Gerda Verden-Zöller, 1978). Junto con Gabi copié estas figuras en el piso, usando una cinta adhesiva de textura suave y rugosa de modo que ella pudiese sentir las cuando caminaba con los pies desnudos.

Cuando me encontré por primera vez con Gabi, todo lo que ella podía hacer en términos de movimientos sin irregularidades rítmicas, era caminar y correr. Ella no podía efectuar las combinaciones de movimientos diferenciados que los niños de su edad cronológica hacían sin dificultad. Y vi,

por ejemplo, su esfuerzo cuando intentó sin éxito saltar con ambos pies. Yo la asistí, guiando cuidadosamente su ritmo corporal en el desarrollo de sus movimientos incipientes hasta su culminación en la forma (Gestalt) completa del salto. Inicialmente tampoco podía ella brincar, pero lentamente construimos juntas esta forma de movimientos en sus ritmos.

Pronto comenzó a fascinarme la transformación continua e inesperada de las habilidades mentales y corporales de Gabi a través de este extenuante trabajo físico. Así fui testigo de cómo en unos pocos meses ella cambió, y de una manera misteriosa llegó a ser más lúcida, mejor coordinada en sus movimientos, y más segura de sí misma. Luego, empezó a hacer preguntas que me sorprendieron y, sobre todo, empezó a estructurar un espacio que ella no podía ver (Gerda Verden-Zöllner, 1977).

Al tratar con esta niña yo tuve que abandonar todos los métodos psicológicos que había estudiado en la Universidad, y sentí que me encontraba frente a algo completamente diferente de todo lo implicado en cualquiera de las nociones explicativas tradicionales tales como estímulo-respuesta percepción gestáltica, o desarrollo por etapas. Me parecía que un poder primitivo que brotaba de una fuente distinta de lo corrientemente imaginable se abría paso de manera incontenible en la vida de esta vigorosa niña. Fue algo que yo tampoco podía resistir, y que sólo podía ayudar a clarificar mientras ayudaba a su nacimiento sin saber lo que estaba haciendo. Yo no sabía lo que pasaba ni que forma tomaba, y simplemente de muy buen grado, me dejé usar, respondiendo como la caja de resonancia de un instrumento musical, mientras anotaba cuidadosamente lo que sucedía, procurando que ninguna parte de lo que la niña había producido quedase fuera o se perdiese. Así registré todo meticulosa y rigurosamente. Me pareció que un día tendría que integrar en un todo mis observaciones, las cuales me aparecían en ese momento como partes desconectadas de un mosaico. Durante

el proceso mismo sin embargo, yo no podía discernir la organización de la totalidad que estaba apareciendo en frente de mí.

Es un hecho que cuando Gabi fue dada de alta en la clínica, ocho meses después de nuestro primer encuentro, ella estaba tan completamente cambiada, que los médicos concordaron en que su condición se había normalizado, y que no necesitaría más el medicamento para su epilepsia. Más aún, Con un poco de ayuda de mn parte, Gabi también consiguió reconocer y producir visualmente letras, esto es, ella aprendió a leer y escribir (Gerda Verden-Zöllner, 1978). La madre de la niña, una mujer naturalmente cálida y afectiva, resumió su asombro ante la rápida transformación de su hija como sigue: Yo no sé lo que ha sucedido, ahora ella puede leer y escribir, no necesita más medicamento y va al dentista, unas pocas calles más allá, por sí misma. Hasta hace poco era todavía un bebé y no se separaba de mi lado».

Después que Gabi y yo habíamos, por así decirlo, salido por nosotras mismas de la ciénaga del estancamiento de su retardo, empezó un verdadero trabajo. Esto es, comencé a cavilar acerca de mis notas y grabaciones, igual que una arqueóloga lo hace con los trozos de cerámica que ha excavado. Al dejar el Instituto del Estado, yo estaba libre para conducir un investigación de acuerdo a mi propio entendimiento, pero ya no tenía la ayuda técnica usual a mi disposición, y tenía que inventar algún procedimiento simple para reflexionar sobre mis observaciones sin ella. Así, empecé a bosquejar bajo la forma de notas y esquemas en papel, todos los fenómenos que emergían en mis juegos con Gabi: ritmos, configuraciones de movimientos, patrones dinámicos dibujados en papeles y en el piso que llamé signos o estructuras espaciales elementales, además de las teorías de Gabi acerca de sí misma, de su cuerpo, de los otros seres humanos, de la vida en general, y, finalmente, acerca del mundo (Gerda Verden-Zöllner, 1978). Hice esto todo el tiem-

po que trabajé con Gabi, tanto en el Sanatorio, como después que ella lo dejó, pero fue solamente después de un año y medio de un estudio extenuante y continuo de todos los fenómenos que pude observar en la cercanía íntima del juego corporal que yo había vivido con ella, que comenzaron a emerger en un mente lo que me pareció como el perfil de los continentes sumergidos de las experiencias tempranas que llevan al desarrollo de la conciencia humana. Poco a poco empecé a darme cuenta de que estaba viendo el proceso elemental de autoorientación que constituye al niño como un individuo y un ser humano-social al comienzo de su vida humana. En otras palabras, con la ayuda de esta niña yo pude mirar, como si fuera a través de la rendija de una puerta, habitaciones que habían estado cerradas para un hasta entonces, revelándose frente a mis ojos los fundamentos de la conciencia humana al emerger ésta en una dinámica espontánea de integración a partir de los distintos componentes que le dieron origen en la filogenia. El curso del desarrollo de Gabi que yo describí en el informe de un trabajo con ella (Gerda Verden-Zölle 1978), es, como yo lo veo después de muchos años de trabajo con niños pequeños y con sus madres, nada inusual.

En efecto, tal desarrollo de la conciencia tiene lugar normalmente en la primera infancia de cada ser humano de una manera similar, aunque con una temporalidad diferente. Cada individuo humano recorre en su infancia el mismo camino que Gabi eventualmente recorrió a pesar de sus múltiples deficiencias. Esto es, cada niño recorre en su infancia un camino de transformación, que va desde la orientación hacia su madre, rítmicamente regulada desde la biología propia de la simbiosis básica de la relación materno infantil, vía la intimidad y total confianza del juego corporal, pasando por la conciencia corporal operacional y la construcción del tiempo y el espacio como un medio diferente de la madre, a la orientación hacia sí mismos en la construcción de un Yo, que ocurre con la creciente y confiada independencia de la

madre, que surge con la construcción del tiempo y el espacio y llega hasta el desarrollo de la conciencia social y el respeto por el otro que ocurre con la aceptación de los otros a través de la confianza en sí mismo que surge en el manejo del espacio y el tiempo en una relación de mutuo respeto y confianza con una madre independiente. Sin embargo, no es el hecho de que este proceso general tenga lugar como se reveló en un trabajo a través de la observación de esta niña particular, lo que yo considero fundamental en él, sino que la visión que hizo posible de los procesos elementales involucrados en el desarrollo de la conciencia del yo y de la conciencia social del niño, revelando su microtemporalidad como una Gestalt relacional evolutiva que el niño realiza espontáneamente.

Hubo dos fenómenos temporales que fueron decisivos para este dar cuenta. El primero fue la rápida transformación de Gabi que condujo al término de su retardo, transformación que, a su vez yo mantengo, estaba conectada, aparte de su relación con la vitalidad de Gabi, con las configuraciones senso-motrices que, por empatía, le ayudé a seleccionar y a repetir frecuentemente en el orden adecuado. El segundo, fue el lento ritmo corporal con el que Gabi produjo y realizó las configuraciones senso-motrices que acabo de mencionar, permitiéndome verlas. Debido a que Gabi tenía que enfrentarse con un sistema senso-motor deficiente cuando me encontré con ella, coordinaciones senso-motrices que con menos dificultades de desarrollo se completan en un proceso que pasa inadvertido porque ocurre y sin esfuerzo, llegaron a ser para ella un problema. En estas circunstancias, los intentos de la niña por encontrar medios de compensación orientaron mi atención hacia procesos regulatorios que debido a su delicadeza son normalmente difíciles de observar. En efecto, en su intento espontáneo por construir su conciencia corporal y orientación hacia sí misma, Gabi tuvo que superar tanta resistencia, que se vio forzada a repetir tan frecuentemente los movimientos y ritmos de los procesos

regulatorios, y por sobre todo, tan lentamente, que sus interrelaciones que normalmente nos son invisibles llegaron a ser perceptibles tan “ por la niña como para mí. Más aún, fue cuando llegué a darme cuenta de estos procesos fundamentales que pude ver su significación en la construcción hecha por Gabi del conocimiento del cuerpo, y puede, después de muchas etapas de reflexión, diferenciarlos y verlos en un orden relevante (Gerda Verden-Zöllner, 1979). Al mismo tiempo, la notable rapidez con la cual esta niña tan múltiplemente deficitaria sanó de su retraso, mostró, como en un film acelerado, una sucesión de procesos retardados de desarrollo que rápidamente se reemplazaban unos a otros en un lapso de tiempo más corto que el que habría tomado bajo las circunstancias normales de crecimiento. Fue como si fragmentos de conciencia velozmente despertados se organizaran y reorganizaran espontáneamente, ordenándose ellos mismos en la configuración de conciencia corporal que lleva a la imaginación creativa en la construcción del tiempo y el espacio a través de la precisión de una coreografía de movimientos exactos (Gerda Verden-Zöllner, 1978). O, en otras palabras, fue a través de la rápida transformación de Gabi que llegué a ser la observadora de un proceso de integración personal que normalmente se extiende por toda la primera infancia, y que, por lo tanto, no puede ser captado como una totalidad (como una Gestalt) y ser hecho objeto de reflexión.

Como yo había estado ocupada por muchos años con la pregunta por la relevancia del ritmo, la música, y los movimientos, en la construcción de la conciencia humana en la infancia temprana, me impresionó que Gabi mostrara una verdadera manía por el ritmo, subdividiendo los movimientos con absoluta seguridad y precisión en partes exactas. Gabi ritmizaba todos sus tactos y todos sus movimientos, y haciendo esto tranquilamente construía rituales. Más aún, en la medida en que ella progresaba y crecía en el ámbito de experiencias más complejas, Gabi continuó volviendo a sus

mediciones rítmicas con el fin de verificar y alinear rítmicamente aquellas secuencias de movimiento con las cuales estaba menos familiarizada.

Con mi ayuda, Gabi llegó a darse cuenta de su propio hacer por medio de la construcción de signos elementales. Este darse cuenta, este logro de conciencia corporal, tuvo un efecto estructurante en sus movimientos, así como en el uso de sus movimientos y su corporalidad como instrumentos de medición en el proceso de creación de su ambiente inmediato. Gabi se ocupó persistentemente con el espacio cuadrado marcado en el piso con cinta adhesiva, y caminaba sobre éste midiéndolo con períodos musicales tizando cantos sencillos. Así, mediante la aplicación del método de marcar los signos elementales en el piso con una cinta adhesiva rugosa, llegó a ser posible apoyarla en su tendencia a la ritualización, y ayudarla en su creación de las dimensiones de tiempo y espacio (Gerda VerdenZöller, 1978). Y más aún. Este quehacer con el ritmo y los movimientos le permitió a ella construir una visión interna de un espacio en términos de orientación y movimiento que iba más allá de los movimientos y orientaciones que construían su ambiente inmediato. Así ella empezó a ocuparse del concepto de espacio en su imaginación, y a dibujar coreografías elementales. Al mismo tiempo ella empezó a pensar en su futuro. ¿Qué más se habría podido desear para un comienzo?

V. EL DESARROLLO (1979-1986)

1. El juego libre del niño y la filogenia

Muchas de las distintas formas de dinámicas corporales que emergieron en la historia evolutiva que nos dio origen, reaparecen en la ontogenia del desarrollo físico y mental del niño. El juego libre de los niños, al surgir sin influencia de los adultos, se organiza espontáneamente en base a formas innatas de acciones, movimientos, y percepciones, que provienen de la historia evolutiva de la especie humana. Esto es, las formas de juego libre de nuestros niños no son arbitrarias, son formas de dinámicas corporales que se vinculan con territorios conductuales ancestrales, expresiones de las conexiones entre el ser vivo y su medio cuyas formas actuales son sólo transformaciones de formas arcaicas. Los niños de todo el mundo viven como juegos rituales las mismas configuraciones de movimientos, que en el origen de la humanidad fueron el fundamento operacional en el desarrollo de la conciencia de sí, de la conciencia social, y de la conciencia del mundo. Estas configuraciones de movimientos, sin embargo, no son heredadas aunque la corporalidad que las hace posibles así lo sea, y deben surgir de nuevo en cada niño o niña, asociadas a su vivir humano, como las condiciones operacionales que hacen posible su realización como un ser humano en total conciencia individual y social. Todo esto se hace evidente cuando uno reflexiona sobre la historia evolutiva humana en conexión con lo que revelan los estudios con Gabi y otros niños.

2. Cinco formas de dinámica corporal

Yo distingo a partir de lo que observé en el desarrollo demorado que he descrito en detalle en un estudio de Gabi (Gerda Verden-Zöller, 1978-1979), varios procesos y estructuras fundamentales en la dinámica corporal:

Ritmo:	Dinámicas de coordinaciones senso-motrices bajo la forma de configuraciones recurrentes de movimientos
Equilibrio	Balanceo alrededor de un punto central, construcción de una dinámica simétrica, búsqueda de un punto medio entre dos extremos.
Movimientos Corporales:	Diferenciación y diversificación creciente de los movimientos a partir del gateo hasta la posición erecta, y, en la posición erecta, búsqueda y cambio del centro de gravedad del cuerpo.
Construcción de los signos elementales:	Danza del conocimiento corporal con pies y manos en las principales direcciones de movimientos.
Construcción del espacio y tiempo:	Especificación y cuantificación de un dominio de acciones y de relaciones de acciones, mediante la repetición de movimientos rítmicos cantando y contando, y la constitución del espacio y el tiempo como distintas redes abstractas de distintas configuraciones de correlaciones senso-motrices.

El sistema más simple parece ser el del ritmo, y el de la recurrencia de formas de movimiento. En complejidad creciente siguen la construcción de simetrías, el balanceo en torno a un punto medio, y la diferenciación de distintas configuraciones de movimiento corporal. La construcción de

signos elementales muestra la integración total de la diferenciación motriz en la Gestalt (configuración) del esquema corporal humano. La construcción del esquema corporal permite la ritualización de los movimientos y la constitución del espacio operacional humano. Finalmente, la creación del espacio-tiempo por un niño en crecimiento, es el logro espiritual más básico de la infancia, y el fundamento efectivo del pensamiento operacional y abstracto del niño.

3. Semanas de juego para madres, niños y profesores, y profesoras de jardines infantiles

Habiendo alcanzado esta comprensión, me orienté a transmitir a las madres y profesores interesados de jardni infantil lo que yo había observado en Gabi. Preparé un libro de Gabi para las madres. Quería preguntarles a ellas a través de este libro si ellas habían notado un proceso similar al que yo había visto en Gabi en el desarrollo de sus niños. Mientras preparaba el informe del desarrollo de Gabí, reconocí que no era suficiente un enfoque puranicnte descriptivo, y que era ncccsario para mí presentar mis preguntas a los niños y sus madres. Después de reflexionar sobre mis experiencias con Gabi, organicé talleres semanales de juegos para las madres y sus niños juntos a los profesores de jardín infantil en 7 ciudades Bávaras. Así viaje de ciudad en ciudad, jugando con los niños y sus madres en habitaciones amplias y vacías. Nuestros juegos estaban basados en reglas desarrolladas a través de mi trabajo con Gabi, fundadas en el cuerpo htímano y en la cómprensión del desarrollo de la conciencia humana. Bajo estas condiciones se permitía que el juego libre tomara su curso. Aunque los juegos fucron básicamente los mismos, sus variaciones parecían ser infinitas.

Los talleres semanales de juego fueron un placer para todos los participantes. Pudiendo hacer lo que ellos querían, y haciéndolo con sus madres, los niños se llenaban de profunda satisfacción. La actividad física del juego con sus hi-

jos despertó en las madres recuerdos agradables. Las madres recordaron su propia infancia, reviviendo los momentos en que ellas mismas jugaban cuando niñas. Los profesores de jardín infantil que participaron hicieron los ejercicios elementales con entusiasmo y paciencia, reconociendo de manera unánime que el hacerlos les ayudó a entender mejor tanto la experiencia corporal como las necesidades sensoriomotrices de los niños a su cuidado.

4. Investigación de campo

Después de practicar un tiempo en los talleres semanales de juego, tuve ocasión de hablar con un funcionario con sensibilidad y visión que ocupaba una posición responsable en el Ministerio Bávaro de Asuntos Laborales y Sociales. Durante nuestra conversación hablamos de mis talleres de juego materno infantil, y acerca del interés que los profesores de jardín infantil tuvieron al participar en ellos. Él estuvo encantado de oír acerca del comienzo exitoso de esta investigación básica» y me aseguró que haría todo lo que estuviera en su poder para hacer un ejemplo de esto, y que iba a apoyar mi trabajo en su propósito de proteger y conservar cuidadosamente aquello que es tan básico para nosotros en la constitución de nuestra existencia social. Así sucedió que al comienzo de 1978, con la asistencia del Ministro de Asuntos Laborales y Sociales y de la iglesia Católica, pude intensificar mis encuentros materno-infantiles, y construir un campo de investigación en cinco comunidades en la zona del bosque bávaro a lo largo y muy cerca de la frontera Checoslovaca, un área aún relativamente no perturbada por el desarrollo comercial. Fue allí donde comencé a poner a prueba mi comprensión de la organización espontánea de la conciencia corporal, de la conciencia de sí mismo, de la conciencia social, y de la conciencia del mundo, que surge de la intimidad del juego libre entre la madre y el niño o niña en la infancia temprana.

En un esfuerzo sistemático, yo estimulé a las madres y a los niños en su juego libre. Junto conmigo las madres descubrieron las habilidades senso-motrices de sus niños en el juego. Yo, por mi parte, encontré especialmente instructivo observar los niños en su ambiente doméstico. Concentré mi atención hacia la descripción y clasificación de las actividades senso-motrices de los niños en los cinco modos que ya mencioné: ritmo, equilibrio, movilidad, conciencia del cuerpo y del cuerpo de los otros, y la construcción de signos elementales con la invención del tiempo y el espacio en la generación de teorías del mundo y del vivir (Gerda Verden-Zöllner, 1982).

Nuestros esfuerzos combinados significaron para las madres una ampliación de su conciencia del carácter biológico de la relación materno-infantil. A través de este proceso de ampliación de conciencia de las madres, la relación fundamental ordenadora y estabilizadora del vivir del niño con su primera compañera, su madre, se intensificó, y las madres aprendieron a aceptar con libertad y placer, sin quejas, su función transitoria en el proceso de crecimiento de sus hijos como seres humanos, así como también a disfrutar su propio crecimiento en la realización de la relación maternal. Las madres reconocieron que su rol primario es apoyar los impulsos de sus hijos e hijas hacia la autoorientación en el respeto por sí mismos y el respeto por el otro desde su propia autonomía. Más aún, habiendo las madres reconocido la importancia del juego libre en un contexto familiar para el surgimiento de la conciencia individual y social de sus hijos, ellas los estimulan a desarrollar sus habilidades básicas, y, así, de una manera amorosa capacitarlos para salirse de la simbiosis materno infantil, conservando la confianza y respeto nuestros al acceder a la libertad de la autoorientación, de la autonomía, de la independencia, y de la creciente responsabilidad personal y social, como algo legítimo y natural.

La meta de nuestro trabajo con los niños puede ser vista como la expansión de sus habilidades senso-motrices a través del juego libre, tanto dentro de la casa como fuera de ella en la naturaleza. El jugar y el comprender de las madres ayuda a los niños a una realización plena de los fundamentos de su conciencia humana en la ampliación de su experiencia y conciencia corporal. En particular, en nuestro trabajo nuestra atención estaba dirigida a ver las necesidades senso-motrices transitorias de los niños. Así llegó a ser claro para nosotros que se cumplía nuestro propósito, tanto a través de la observación participatoria en el juego de las madres con sus hijos, como a través de una reflexión conjunta sobre las regularidades y condiciones del juego a través de las cuales el niño crece humano. La experiencia ha mostrado, que la manera de jugar adquirida en nuestros grupos de juego se mantuvo en los hogares, extendiéndose tanto a los padres como los hermanos mayores.

A través de mi trabajo e investigación de campo en Bavaria, percibí que nuestra relación con la naturaleza en la medida que la constiríamos a través de nuestro vivir el paisaje y las áreas abiertas en las cuales los juegos de los niños ocurren, es casi tan importante en el crecimiento de la conciencia del cuerpo humano, de la conciencia de sí mismo, de la conciencia social y de la conciencia del mundo en la infancia temprana, como la relación materno-infantil. De acuerdo a mi experiencia, la contribución de las madres en una investigación básica de los fundamentos de nuestro ser social ocurre en la alegría del juego y el reconocimiento mutuos en un proceso de ampliación creciente de la conciencia de las mismas madres involucradas. Al darse cuenta de su propia participación en los procesos concernientes al desarrollo de la conciencia humana, las madres reconocieron cuán peligroso podría ser para sus hijos e hijas, y para ellas mismas, una visión mal entendida de la emancipación femenina, y cuán necesario es dejar libertad de movimientos a los hijos e hijas para que estos lleguen a ser independientes y

autónomos desde el seño de la confianza y protección familiar. En las palabras de Wolfgang Metzger (1975), ellas comprendieron cuán peligroso podría ser para los niños ser confiados muy tempranamente a las manos de un especialista.

5. Fundación del Instituto de Investigación para la Ecopsicología de la Primera Infancia

La comprensión del progreso del desarrollo de la conciencia individual y social del niño me condujo a la creación del concepto de eco-psicología en la infancia temprana. Así hacia fines de 1978, Georg Verden y yo decidimos compendiar operacionalmente el entendimiento logrado durante el curso de mis estudios. Con este fin acordamos una estrategia de investigación en el campo de la eco-psicología de la primera infancia, y creamos un pequeño instituto de Investigación en Munich. Los miembros del grupo de estudios, a los cuales previamente se les habían comunicado los resultados de mi trabajo con Gabi, fueron ahora informados acerca del desarrollo de mis observaciones en el área de las relaciones de juego madre-niño. Después de la muerte de Georg Verden, en febrero de 1979, con la asistencia del Ministerio Bávaro para Asuntos Laborales y Sociales, nuestro instituto de Investigación para la Eco-Psicología de la Infancia Temprana fue trasladado a Passau, una ciudad en el área de Bavaria donde había tenido lugar mi investigación.

6. Los niños en las grandes áreas metropolitanas

Conducido por su creencia en su capacidad de controlar las fuerzas de la naturaleza, el ser humano moderno ha creado un mundo en el que progresivamente distorsiona de manera extrema las condiciones naturales para el desarrollo de la conciencia humana en el niño. El espacio de vida humana está desfigurado por la civilización moderna que se ha vuelto demasiado rápida, demasiado ruidosa y demasiado desvitalizada. Así, el mundo que ahora vivimos se nos torna destructivo al

no darle más al niño el espacio de libertad y paz que necesita para desarrollarse de una manera humana normal. La capacidad humana de conciencia se ve hoy invadida por la distorsión estética y emocional con la cual la civilización moderna nos rodea, así como con una sobrecarga informativa que ya no podemos asimilar como parte legítima de un vivir en el autorrespeto y el respeto por el otro.

En estas circunstancias lo que se distorsiona más fácilmente es el desarrollo de la conciencia humana, la conciencia del niño pequeño que puede fácilmente ser perturbada por la agitación, el ruido y la monotonía de la civilización moderna que niega o distorsiona la intimidad de la relación materno-infantil. A través de una intervención exagerada y humanamente incongruente de su propio espacio vital y formas sociales, mediante una configuración de valores que niegan lo humano, el ser humano moderno ha cambiado radicalmente su mundo alejándolo de los aspectos básicos de su biología. En un mundo transformado tan fundamentalmente, los niños no pueden más encontrar las condiciones necesarias para desarrollar normalmente sus posibilidades innatas de conciencia humana. En un mundo en el que se han perdido precisamente aquellas características que satisfacen las necesidades de los niños, o sea el libre juego materno-infantil en un encuentro corporal de total mutua confianza y aceptación, la relación básica con la naturaleza, la libertad de movimientos y de compañeros de juego de su elección, no es posible para estos lograr una conciencia corporal, una conciencia de sí mismos, una conciencia social y una conciencia del mundo humano normales.

En un mundo que no corresponde a sus expectativas innatas, los niños viven en el empujón de la separación y la falta de protección propios del desamparo. En un mundo extraño, ellos viven enajenados de sí mismos y crecen como seres manipulables y socialmente ciegos. Así, desprotegidos, en un ambiente que no les entrega confianza ni aceptación,

ellos nunca alcanzan un desarrollo total de sus posibilidades humanas naturales de autorientación, de autorrespeto, de responsabilidad personal y social, de libertad, y de amor.

Las formas de vida que en su origen crearon al ser humano son también las estructuras básicas de las experiencias primarias requeridas por un niño. Las actividades senso-motrices de un niño son formas arcaicas de conciencia corporal operacional, y al surgir como tales parece como si trataran de abrirse paso a través de su juego libre. Cuando, como es el caso hoy día, en un mundo donde no se cumplen ni se pueden cumplir las dinámicas senso-motrices que conducen al desarrollo normal de la conciencia humana en el niño, porque no es anímicamente posible la intimidad corporal de la relación materno-infantil, ni se permite el espacio libre en que estas puedan ocurrir, faltan esas dinámicas corporales y por lo tanto no surge en el niño una adecuada conciencia corporal, ni una adecuada conciencia de sí, ni una adecuada conciencia social, ni una adecuada conciencia del mundo humano. Pero no es solamente el niño quien es afectado por este alejamiento de la biología humana fundamental, sino que también está afectado el adulto, como es evidente, en la expansión de comprensión y conciencia que las madres tienen cuando recuperan el espacio de juego con sus hijos.

Yo fui testigo en la transformación de Gabi, de cómo se constituyó en ella espontáneamente el fundamento de la conciencia humana en el juego libre. Esta observación ha sido confinada a través de mis muchos años de asociación ininterrumpida con niños pequeños y sus madres en mi investigación coopsicológica con grupos de juego materno-infantil. Hoy día debemos considerar seriamente la tarea de compensar la pérdida de las experiencias corporales que sufren los niños que crecen en las ciudades. Con el fin de alcanzar una visión clara en relación a este problema aún sin solución, es necesario seguir las consecuencias de esta investigación. De

acuerdo a esto, y así como con la asistencia de las madres que viven junto a sus hijos en un ambiente aún no muy distorsionado pude estudiar lo que es esencial para el crecimiento de la conciencia humana en la primera infancia, me parece que podemos explorar formas sensatas para expandir y restablecer el ambiente de juego de los niños que viven en áreas peligrosamente estrechas y monótonas para su desarrollo como seres humanos socialmente integrados. Normalmente el niño desarrolla espontáneamente, en el amparo y protección de la familia, las bases de su conciencia humana en la intimidad de las relaciones de juego con su madre. Ahora, sin embargo, la familia ha llegado a ser un centro de manipulación política e ideológica, y puede que en breve esta última área protegida donde es posible la relación de juego materno infantil sea despiadadamente distorsionada y destruida. La primera infancia debe ser defendida hoy no a través de la intromisión de expertos en apariencias y manipulaciones, sino que a través de la prudente creación de las condiciones que hacen posible el desarrollo normal de la conciencia humana en el ámbito de las relaciones de juego materno-infantil mediante experiencias similares a aquellas reveladas en este estudio. El proceso básico natural del juego madre-niño no tiene sustitutos. Lo que las madres que permanecen con sus hijos en aceptación y confianza mutuas en la intimidad corporal del juego en su primera infancia realizan con respecto al desarrollo de la conciencia social de sus hijos e hijas, es un tesoro que debe ser preservado.

VI. LAS CONSECUENCIAS DEL DARSE CUENTA

El niño humano no es concebido humano. El niño humano llega a ser humano solamente en tanto él o ella construye el dominio espacio-temporal de existencia humana como una manera fácil y confortable de vivir mientras desarrolla su conciencia corporal al crecer en la total mutua confianza, y la total mutua aceptación corporal implicadas en las relaciones de libre juego con sus padres. En otras palabras, el niño humano normalmente llega a ser humano en un proceso naturalmente fácil y confortable que no requiere esfuerzo, ni diseños, ni cuidados especiales, a través de su vivir en coexistencia humana con sus padres en la total mutua aceptación corporal. Más aún, cuando este desarrollo normal ocurre, llegar a ser un ser humano socialmente bien integrado es un proceso que tiene lugar de manera natural y sin esfuerzo. Sin embargo, los seres humanos adultos frecuentemente perdemos el bienestar normal del vivir y creamos dificultades para nosotros mismos y para el crecimiento de nuestros niños como seres sociales normales cuando perdemos la capacidad de jugar al sumergirnos en preocupaciones por el futuro o el pasado, y nos desencontramos con los otros, particularmente con nuestros niños, a través de no verlos precisamente porque nuestra atención está en otra parte. Es en este último contexto que mi trabajo surge como un llamado a la reflexión, y como 'una invitación para la acción.

Ahora el lector puede nuevamente leer desde la primera a la tercera parte de este trabajo como si ellas fueran las conclusiones, y después de reflexionar sobre lo que yo he di-

cho en las secciones cuatro y cinco, pasar a leer las siguientes conclusiones como un resumen de un pensamiento:

- Cualquier interferencia con el desarrollo de la conciencia corporal del niño en crecimiento a través del libre juego en una relación materno-infantil de total confianza mutua y total mutua aceptación corporal, restringe, altera, o interfiere, tanto con el desarrollo de las habilidades del niño para vivir en autorrespeto y auto-aceptación, como con su habilidad para respetar y aceptar a otros en una dinámica social.
- Tal interferencia ocurre en la vida moderna a través de una continua exigencia cultural para la instrumentalización de todas las relaciones interpersonales que aleja del niño o niña la atención de los padres de tal manera que éste o ésta, de hecho, no es visto, no tocado, no escuchado, aunque pareciera serlo. Como resultado, el niño o niña crece, en mayor o menor grado, como un ser sin cuerpo que no puede desarrollarse apropiadamente ni en conciencia social ni en conciencia de sí mismo.
- Los adultos no vemos fácilmente esta interferencia con el desarrollo de la conciencia corporal en el niño en crecimiento debido a que vivimos sin cuestionar, y como aspecto legítimo de la forma natural de vivir, nuestra continua instrumentalización de nosotros mismos y de los demás en todas nuestras relaciones e interacciones. Más aún, debido a que no vemos esta instrumentalización de nuestras relaciones e interacciones como indeseables, no entendemos lo que sucede cuando notamos dificultades o fallas en el desarrollo de la conciencia corporal, del autorrespeto o de la autoaceptación de nuestros niños. Por estas mismas razones, no entendemos tampoco cuando notamos en nuestros niños dificultades o fallas en el desarrollo de sus capacidades para aceptar y respetar a los otros en una dinámica social, y

como no entendemos, no sabemos qué hacer y recurrimos a la represión en un intento por controlar Su condítcta. Finalmente, como consecuencia de esto tampoco vemos fácilmente que estas dificultades rcvelan alteraciones en el desarrollo fisiológico y anatómico del niño que surgen como resultado de la ceguera relacional en que sus padres se intieven con respecto a ellos, y no vemos en absoluto que estas dificultades sólo pueden ser corregidas a través de la reconstitución en ellos y con ellos de la biología del amor.

- Con el fin de entender qué hacer, debemos distinguir dos posibles dificultades que pueden surgir en el domimo de la conciencia de sí, y de la conciencia social en el niño en crecimiento y el en adulto crecido:
 - a) una dificultad en el desarrollo de la conciencia de sí y de la conciencia social en el niño en crecimiento como resultado de una inadecuada relación de total confianza y total aceptación corporal mutua cutre el niño o niña y sus padres; y
 - b) una dificultad relacional en un adulto sano que comienza a vivir en la continua negación de sí, que surge de la continua autoinstrumentalización y de la continua instrumentalización de los otros que nuestra cultura occidental moderna valora en un proceso que destruye el respeto por sí mismo y por el otro.

Estas dos dificultades tienen soluciones relacionadas pero diferentes.

- La solución a la primera dificultad requiere que los padres entiendan qué es lo que tiene lugar en el desarrollo de un niño como ser humano sano, a fin de que ellos puedan contribuir a ese desarrollo. Con el fin de lograr esto, es necesario que los padres vivan de hecho la red de experiencias reveladas en mis estudios del desarrollo

de la conciencia corporal, de la conciencia de sí, y de la conciencia social en sus niños, que es el tema de este trabajo. Estas experiencias, al recrear algunas de las circunstancias del desarrollo de su propia conciencia corporal durante su propia infancia, ayudan a los padres, a darse cuenta de lo que ocurre con sus hijos e hijas y los capacita para ver aquellas circunstancias y para facilitar su aparición en su crecimiento. A medida que los padres reaprenden la operacionalidad de la mutua confianza y aceptación a través de los encuentros corporales en el juego que estos ejercicios implican, ellos aprenden a permitir y a facilitar el desarrollo de la conciencia corporal en sus hijos encontrándose con ellos en el juego.

- La solución a la segunda dificultad requiere que nosotros, los adultos, recobremos nuestro autorrespeto y el respeto por los otros, deshaciéndonos del hábito de instrumentalizar todas nuestras relaciones reaprendiendo a jugar (ver *El camino desdeñado*» en este mismo libro).
- Para el éxito de este empeño debemos hacernos conscientes de nuestra constitución biológica, y aceptar que ésta es necesariamente nuestro último fundamento operacional como seres humanos. Más aún, debemos también aceptar que para nuestra adecuada realización biológica debemos vivir nuestra realización biológica sin intentar controlarla a través de la instrumentalización de nuestras acciones y relaciones. Vivir de esta manera es vivir en el juego, es vivir sin confundir nuestro hacer con la intención que lleva nuestra atención más allá de nuestra acción. Los sistemas vivientes no somos en nuestro operar sistemas finalistas u orientados a la consecución de un propósito. Los propósitos pertenecen propiamente al dominio del vivir humano que es el dominio de las conversaciones (ver Maturana, 1989), y consisten en apreciaciones que un observador hace acerca de las consecuencias de un proceso conocido en el que

él o ella presenta los resultados de dicho proceso como argumento para justificar su comienzo, pero como tales, los propósitos no tienen participación en el operar del ser vivo. Como una apreciación del observador, sin embargo, la afirmación de un propósito o meta, o la adopción íntima de una intención como actitud interna, orienta la atención de la persona con el propósito, y especifica las circunstancias bajo las cuales éste vive sus acciones en el dominio relacional humano. Una acción con propósito vivida como juego, o sea, con la atención del actor en la acción y no en el posible resultado de una manera que le permita ver a los otros, ocurre en la biología del juego. Pero una acción propositiva vivida con la atención puesta en los resultados, ocurre en la biología de la instrumentalización de las acciones ciegas al presente del vivir, y por lo tanto, ocurre ciega a la negación del otro que involucra.

- Es un asunto de deseo si actuamos de una manera o de otra. Es un asunto de deseo si hacemos algo o no lo hacemos en el dominio del desarrollo del niño de modo que nuestros niños puedan llegar a ser adultos socialmente bien integrados al crecer en el juego en la mutua aceptación en la relación materno-infantil. El conocimiento fundamental necesario para el desarrollo de una medicina social preventiva que proteja el desarrollo de la conciencia de sí y de la conciencia social del niño está aquí, en este trabajo, y en tanto lo usemos, nuestros hijos podrán crecer como seres sociales bien integrados capaces de ser felices, pero si lo usamos o no, depende de nuestro deseo de usarlo o no usarlo, y no propiamente de nuestro conocimiento mismo.

REFERENCIAS

- Bateson Gregory. 1972. Steps to an ecology of mind. Jason Aronson Inc.
- Maturana R. Humberto. 1988. «Ontología del conversar»
Revista Terapia Psicológica, año VII, # 10, pp. 15-21.
stgo. - Chile.
- Maturana R. Humberto. 1989 a. «Reality: the search for objectivity or the quest for a compelling argument»
The Irish J. of Psychology vol. 9 (1); 25-82.
- Maturana R. Humberto. 1989 b. «Lenguaie y realidad: el origen de de lo Humano».
Arch. Biol. Med. Exp. 22; 77-81.
- Maturana R. Humberto. 1990 «¿Cuándo se es Humano? Reflexiones sobre un artículo de Austin»
Arch. Biol. Med. Exp. 23: 273-275.
- Metzger Wolfgang. 1975. Psychologie und Pädagogik
zwischen Lerntheorie, Tiefenpsychologie, Gestalt theorie
und Verhaltenslehre. Huber, Bern.
- Verden-Zöller Gerda. 1978. Materialien zur Gabi-Studie.
Univ. Bibliothek Salzburg, Wien.
- Verden-Zöller Gerda. 1979. Der imaginare Raum.
Univ. Bibliothek Salzburg, Wien.

- Verden-Zöller Gerda. 1982. Feldforschungsbericht: Das Wolfstein-Passauer-Mutter-Kind-Modell-Einführung in die Ökopsychologie der frühen Kindheit. Archiv des Bayerischen Staatsministeriums Für Arbeit und Sozialordnung, München.
- Verden-Zöller Gerda. and H.R. Maturana. 1989. Play: the Neglected Path. Delfin. N 12, spring, 1989.
- Verden-Zöller Gerda. 1972. Musik und Bewegung im Elementarbereich-ein Beitrag zur Kommunikations und Kreativitätserziehung.
Auer, Donauwörth.
- Verden-Zöller Gerda. 1973. Rhythmus, Musik und Bewegung im Elementarbereich - Förderungsvorhaben A 5386 der Bund-Länder-Kommission für Bildungsplanung.
- Verden-Zöller Gerda. 1974. Musik und Bewegung im Elementarbereich.
Kösel, München.



Figura 1: "Jugamos muchos juegos en los que los niños tienen que regular su equilibrio sobre el cuerpo de...".

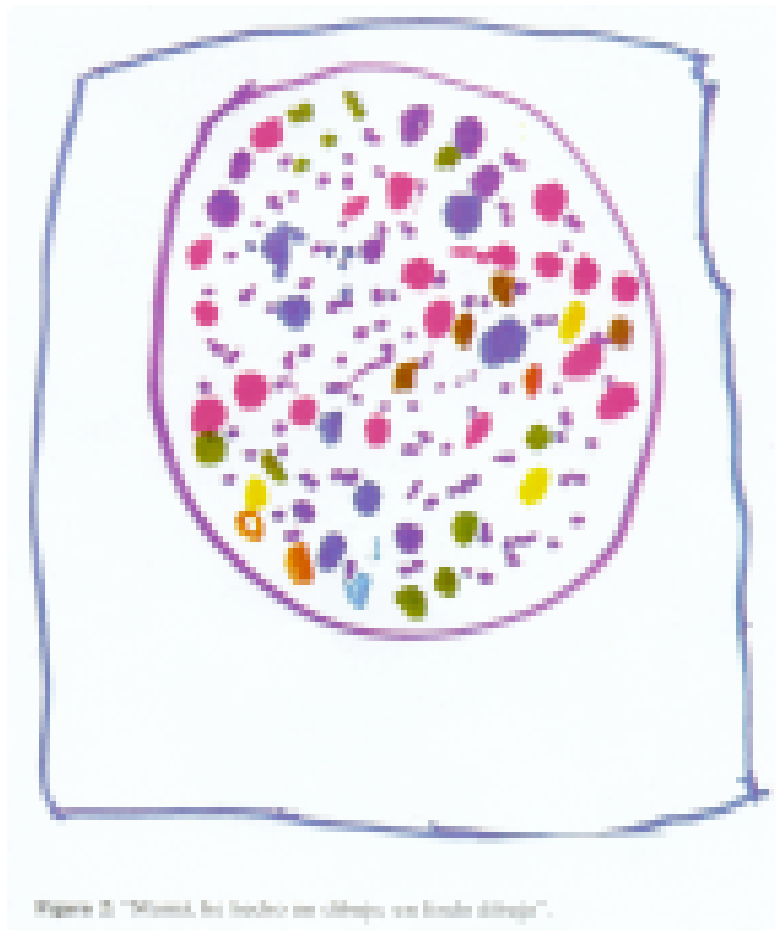
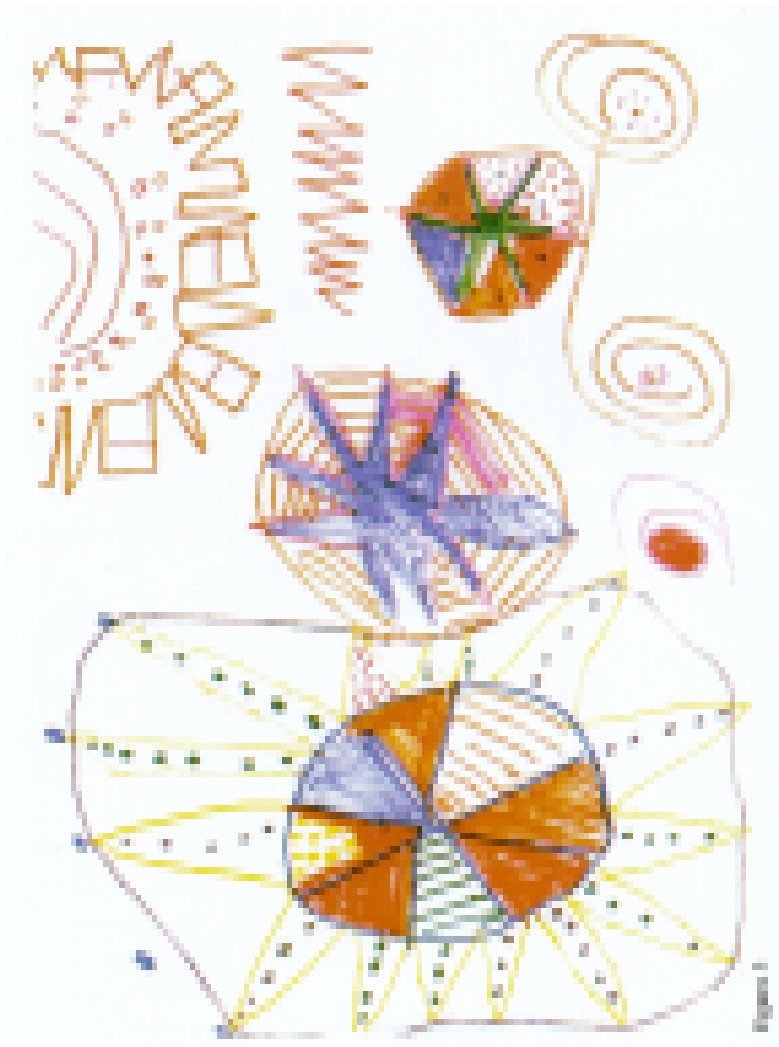
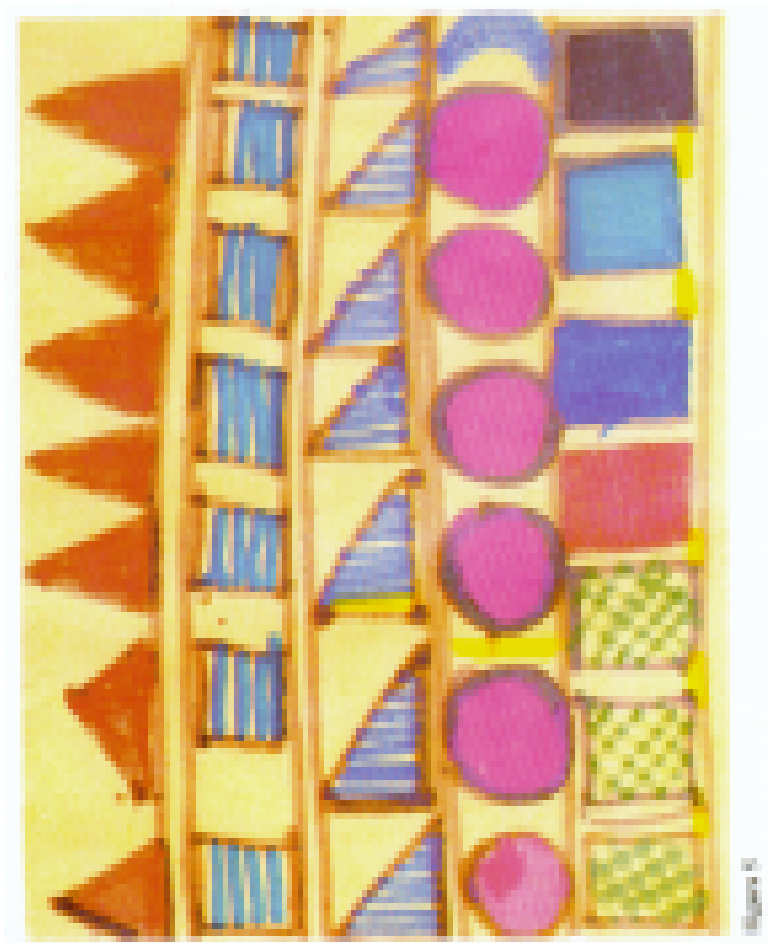


Figure 2: "Mitochondria, the factories of the cell, are found in the nucleus".







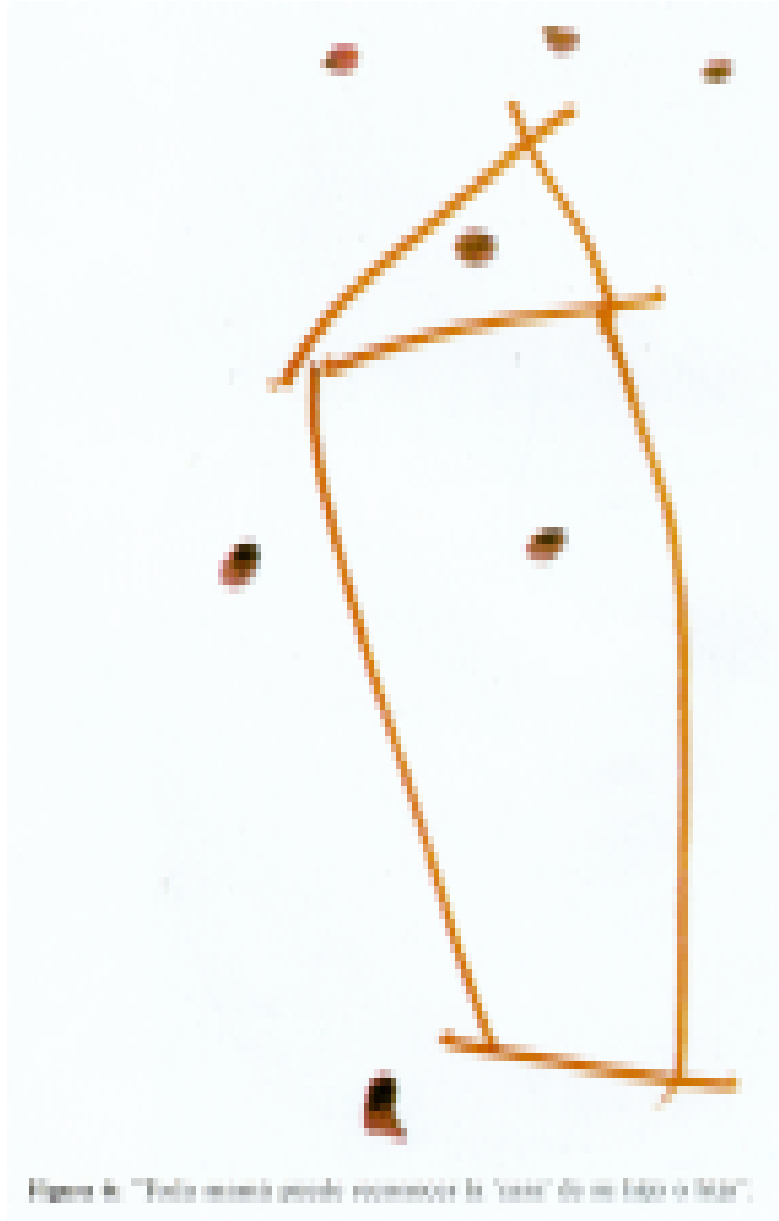
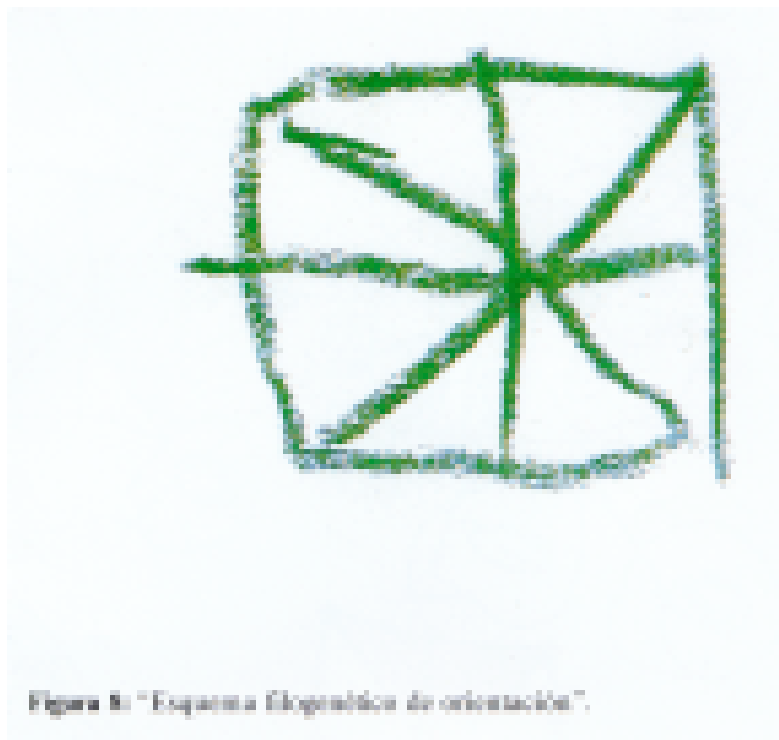


Figura 4. "Totu ce mai poate reprezenta la 'casă' de un băiețel de 10 ani".



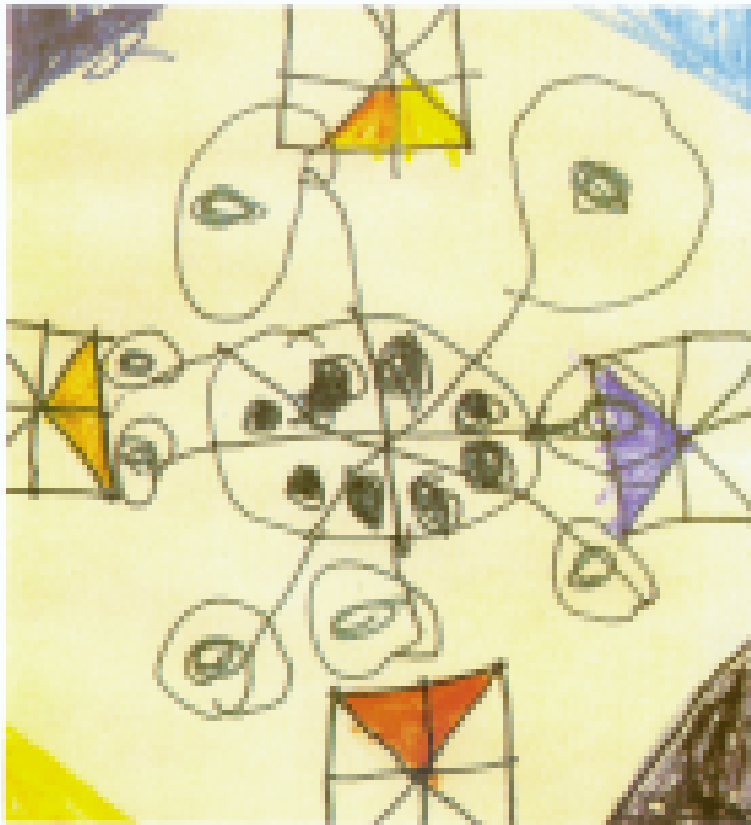
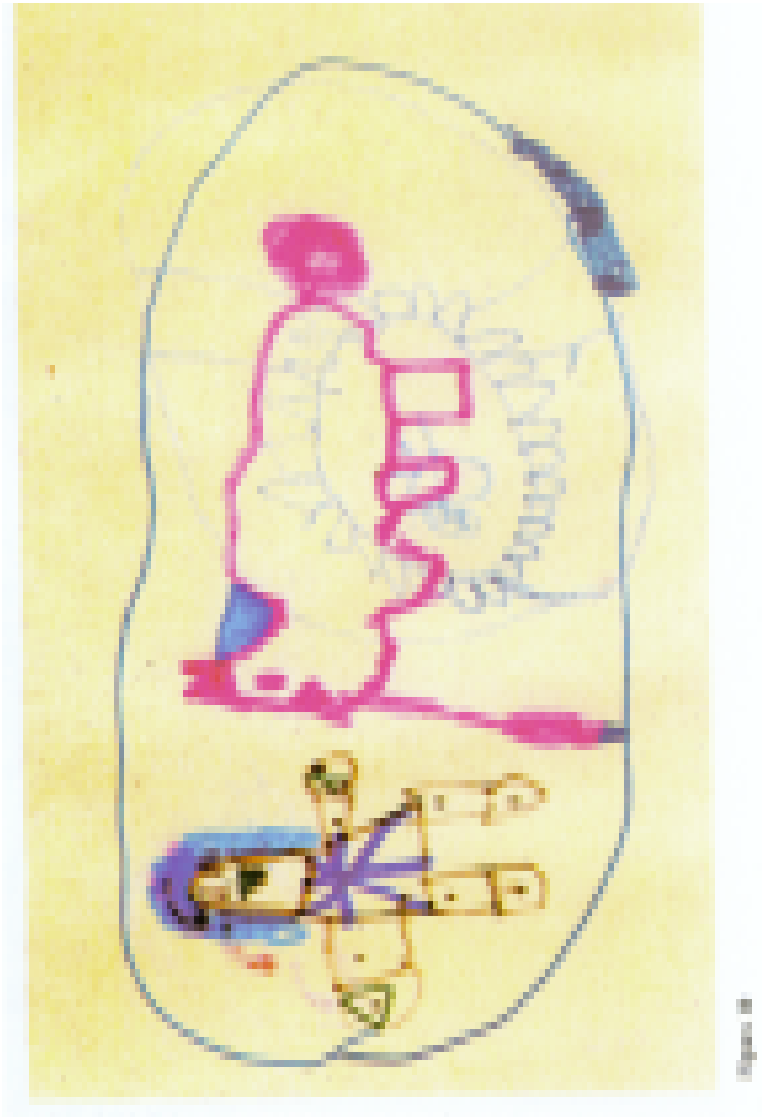


Figure 9







EL JUEGO,
EL CAMINO DESDEÑADO

Gerda Verden-Zöller Humberto Maturana Romesin

INTRODUCCIÓN

Los seres humanos modernos en el mundo occidental vivimos una cultura que desvaloriza las emociones en favor de la razón y la racionalidad. Como consecuencia de esto, nos hemos vuelto culturalmente ciegos a los fundamentos biológicos de la condición humana. Valorizar la razón y la racionalidad como rasgos básicos de la existencia humana, es positivo, pero devaluar las emociones, que también son rasgos básicos de la existencia humana, no lo es. Las emociones son disposiciones corporales (estructurales) dinámicas que especifican en cada instante el dominio de acciones en que un animal opera en ese instante; y que esto es así, se manifiesta en el hecho de que en la vida cotidiana distinguimos diferentes emociones en los seres humanos y en otros animales distinguiendo los diferentes dominios de acciones (dominios conductuales) en que ellos se mueven. En otras palabras, los seres humanos, como entes biológicos, estamos constitutivamente dotados de una corporalidad dinámica que al adoptar distintas configuraciones da origen a distintas emociones como diferentes disposiciones corporales dinámicas que especifican distintos dominios de acciones, y que constituyen, a través de esto, el fundamento operacional para todo lo que hacemos, incluyendo lo que llamamos nuestra conducta y nuestros pensamientos y discursos racionales. En otras palabras, todos los dominios racionales que traemos a la mano o como seres humanos, cualquiera que sea el dominio operacional en que ocurren las acciones que los constituyen, tienen un fundamento emocional debido a que están

constituidos por la aplicación consistente de algunas premisas básicas, directa o indirectamente aceptadas sin justificación racional sino como resultado de alguna preferencia. Más aún, nos movemos de un dominio de acciones a otro, o de un dominio racional a otro, a través de nuestro emocionar al adoptar, de manera implícita o explícita, un conjunto de premisas básicas u otro, cuando nuestras emociones cambian en el entrelazado fluir de nuestro emocionar y lenguajear que tiche lugar en el fluir de nuestro que hacer.

Debido a la ceguera ante las emociones que nuestra etiltura gen era en nosotros, en el mundo occidental hemos sido generalmente incapaces de ver cómo nuestras emociones, nuestra fisiología, y nuestra anatomía, necesariamente se entrelazan como un aspecto normal y espontáneo de nuestra ontogenia (historia de vida individual), desde nuestra concepción hasta nuestra muerte. Además, debido a esta ceguera cultural, hemos sido particularmente incapaces para ver que el amor, como la emoción que especifica el dominio de las conductas que constituyen al otro como un legítimo otro en coexistencia con uno, es la emoción que funda y constituye el dominio social como el dominio conductual en el que los animales en convivencia cercana viven en mutua aceptación. Es también debido a esta ceguera cultural que hemos sido incapaces de ver que el amor participa en la generación de la conciencia individual, social, y de mundo, en el niño en crecimiento en la medida en que éste amplía su conciencia corporal al crecer en una relación de aceptación mutua total con su madre, o una madre sustituta (ver Verden -Zöllner, 1979). Más aún, es también debido a esta ceguera cultural, que nosotros, adultos occidentales, hemos sido incapaces de ver que un niño o niña normalmente aprende a vivir el lenguaje como un dominio consensual de coordinaciones conductuales de coordinaciones conductuales (ver Maturana, 1978 y 1988), al crecer en la total aceptación corporal que el amor involucra en sus interacciones con su madre o madre sustituta.

Finalmente, debido a esta misma ceguera, tampoco hemos sido capaces de ver que el amor es la emoción que constituye el dominio de acción es en el que el compartir alimentos, las interacciones recurrentes en una convivencia en sensualidad y ternura, así como en la colaboración del macho en el cuidado de los niños, pudo tener lugar como una manera de vivir que a través de su conservación en el linaje de primates a que pertenecemos, hizo posible las coordinaciones conductuales consensuales recurrentes que dieron origen al lenguaje. De hecho, si dejamos de desvalorar a las emociones podemos ver que el amor hizo de nosotros la clase de animales que somos como seres humanos, al constituir en nuestros ancestros homínidos el dominio de acciones en que surgió el lenguaje y en el que lo adquiere todo niño o niña que vive su ontogenia como un niño humano sano. Pero también podemos ver, que al mismo tiempo que el amor nos hizo humanos, nos hizo seres fisiológicamente dependientes de él, y susceptibles a que su pérdida altere nuestro bienestar psíquico y somático. Como consecuencia de esto, la mayor parte de nuestras enfermedades, tanto psíquicas como somáticas, surgen en nosotros como resultado de distintas interferencias con nuestra biología en el dominio del amor en distintos momentos de nuestras vidas.

Biológicamente el amor es la emoción que constituye el dominio de las acciones en que el otro es aceptado como él o ella es en el presente, sin expectativas acerca de las consecuencias de la convivencia aún cuando sea legítimo esperar alguna consecuencia de ella. El desarrollo biológico normal sano de un niño requiere de una vida en amor, de aceptación mutua, sin expectativas acerca del futuro, con su madre y los otros adultos con que convive. Al mismo tiempo, biológicamente, un niño en crecimiento requiere de una vida de actividades que tienen validez en sí mismas, y que se realizan sin ningún propósito fuera de ellas, y en las que la aten-

ción del niño puede estar plenamente en ellas y no en sus resultados. Se sigue de lo que hemos dicho, que el juego como una relación interpersonal puede tener lugar solamente en el amor, que una relación interpersonal que tiene lugar en el amor es necesariamente vivida como juego, y que la relación madre-hijo debe ser una relación de juego. Uno de nosotros, la Dra. Verden-Zöllner, ha estudiado este aspecto de la relación madre-hijo, y ha revelado el rol fundamental que el juego, y particularmente el juego madre-hijo, tiene en el niño en crecimiento, tanto para el desarrollo de su conciencia de sí, de su conciencia social y de su conciencia del mundo, como para el desarrollo de su autorrespeto y autoaceptación (ver Verden-Zöllner, 1982).

Ciertamente hay otras emociones que a lo largo del crecimiento de un niño, y a lo largo de la vida de un adulto, son centrales para la constitución de las diferentes clases de mundos y de sistemas de valores que los seres humanos creamos en nuestro vivir, solos o con otros, tales como aquellas connotadas con palabras como agresión, competencia y egoísmo. Los dominios de acciones que esas emociones traen consigo, sin embargo, no pertenecen a lo social, y, por el contrario, su presencia niega la relación social. Nosotros pensamos que el amor no ha sido reconocido como la emoción que constituye el fenómeno social principalmente debido a que la visión de su presencia fundamental en la interacción social está oscurecida por el efecto impactante de aquellas emociones que lo niegan, y tratamos el amor, cuando lo vemos en aquellas ocasiones en las cuales su presencia subyacente llega a ser por contraste particularmente evidente, como algo especial o excepcional.

Tampoco ha sido el amor visto como la emoción que funda lo social porque, en un entendimiento inadecuado de la dinámica evolutiva biológica que trata a la selección de ventajas de sobrevivencia como el mecanismo que genera el cambio evolutivo, se ha considerado a la agresión, a la compe-

tencia, y a la dinámica de relaciones de costo y beneficio en la búsqueda de ventajas relativas, como factores centrales para explicar la evolución humana. Nosotros, por el contrario, sostenemos no solamente que el amor es la emoción básica en la configuración de lo humano en la evolución del linaje de primates bípedos a que pertenecemos, sino que sostenemos también que la evolución biológica no tiene lugar bajo la presión de la competencia, o en un proceso de maximización de ventajas selectivas en una estrategia de costo-beneficio, aun cuando uno puede siempre hablara posteriori como si ese hubiese sido el caso después de construir una historia filogenética particular.

La evolución biológica tiene lugar como un sistema ramificado de filogenias en el que cada nuevo linaje surge como una ramificación filogénica cuando comienza a conservarse reproductivamente un nuevo modo de vida como una variación del modo de vida que definía al linaje anterior. Cuando esto pasa, la conservación reproductiva del nuevo modo de vida permite que todo lo demás pueda cambiar en torno a él, y el nuevo linaje dura mientras el modo de vida que lo define se conserva, cualquiera que sea la magnitud de los otros cambios. Como proceso, la evolución cursa como una deriva filogenética (ver Maturana y Mpodozis, 1992) que sigue un camino generado en cada paso reproductivo en la conservación de una manera particular de vivir que se extiende desde la concepción del organismo hasta su muerte, y que hemos llamado fenotipo ontogénico. Es por esto que mantenemos, como lo decimos arriba, que fue la conservación de una manera de vivir que involucraba coordinaciones conductuales consensuales en ternura y sensualidad, bajo la emoción de amor en la dinámica de la aceptación mutua en una convivencia cercana, lo que hizo posible el origen del lenguaje, y lo que en el de venir histórico resultó en el primate lenguajeante que los seres humanos somos. Más aún, también mantenemos que en la medida en que el lenguaje surgió en las coordinaciones de acciones de una convivencia

sensual íntima, surgió dando forma a una manera de vivir en el entrelazamiento de lenguajear y el emocionar en lo que llamamos el conversar, que es, de hecho, la manera humana de vivir (Maturana, 1988).

Finalmente, también mantenemos que la participación básica original del amor en la constitución de la manera humana de vivir, se conserva aún en el desarrollo del niño humano en su necesidad de vivir en amor para cumplir su desarrollo fisiológico y social normal, sin importar lo que ha estado sucediendo con nuestro emocionar adulto en nuestro presente cultural más reciente.

Una vez que se estableció el conversar como la manera de vivir que constituyó el vivir humano al surgir el lenguaje, fue posible que se constituyesen diferentes culturas como distintas redes de conversaciones (diferentes redes de entrelazamiento del lenguajear y el emocionar), muchas de las cuales han llevado a la validación de la agresión y la competencia en maneras de vivir que parecen negar el rol básico del amor en la vida humana moderna. El papel efectivo del amor, y la necesidad diaria del amor para el desarrollo sano y normal del niño, sin embargo, indica que la participación de estas otras emociones en muchas de las diferentes maneras de vivir que se encuentran en la tierra, son características culturales que solamente pueden tener lugar como fenómenos humanos si no hay una interferencia total con la presencia básica del amor, y que el vivir en ellas no es un aspecto básico de la condición humana primaria. En fin, nosotros mantenemos que el lenguajear y el conversar y, por lo tanto, la humanidad, no habrían podido surgir si emociones tales como la agresión o la competencia hubieran sido las emociones fundamentales que definían el fenotipo ontogénico conservado en todos los linajes de los primates bípedos.

Ahora, y como parte de un intento más amplio de superar nuestra ceguera cultural occidental acerca de las emocio-

nes en general, y acerca del amor en particular, deseamos referirnos a lo que sucede en la primera infancia en la relación materno-infantil, y deseamos presentarlo de la siguiente manera:

En la sección II que sigue a ésta (Juego y conciencia de sí y del otro) presentamos un resumen de las observaciones básicas obtenidas por la Dra. Verden-Zöller acerca del juego en el desarrollo de la conciencia de sí y la conciencia social del niño, tanto en el curso de su investigación sobre la relación entre el desarrollo sensorial y el desarrollo de la conciencia corporal en la infancia temprana (véase Verden-Zöller, 1982), como mediante su trabajo con madres y grupos de juego materno-infantiles. En la sección III, en cambio, presentamos la transcripción de una conferencia dictada por el Doctor H.R. Maturana (El camino desdeñado) con ocasión de la graduación de las madres participantes en uno de los «Seminarios de Madres» de la Doctora Verden-Zöller, en su instituto de Ecopsicología en Passau, Alemania.

II. JUEGO Y CONCIENCIA DE SÍ Y DEL OTRO (VER VERDEN-ZÖLLER, 1978 Y 1982)

1. La conciencia humana individual surge en el niño o niña con el desarrollo de su conciencia corporal al aprender su cuerpo y aceptarlo como su dominio de posibilidades al aprender a vivir consigo mismo y con otros en el lenguaje. Este proceso tiene lugar como un aspecto normal del desarrollo en el que el niño alcanza la plenitud de su integridad biológica senso-motriz, emocional e intelectual, solamente si él o ella vive en la total confianza que la total aceptación de la madre y el padre implican. Esto no es fantasía. La dinámica corporal, la fisiología del niño, es diferente si éste o ésta vive en la confianza que la aceptación trae, o bajo la duda o la desconfianza que configura el rechazo, y su cuerpo (el sistema nervioso incluido, por supuesto), crece diferentemente en cada caso. Más aún, esta dependencia, o mejor dicho esta interdependencia entre la dinámica corporal y la dinámica de la aceptación mutua, de la confianza y la desconfianza, en la relación interpersonal, está presente durante la vida humana entera.
2. El desarrollo normal sano de un niño como un ser humano amoroso, física, emocional e intelectualmente bien integrado, está, en nuestra cultura, frecuentemente alterado, y algunas veces de una manera dramática, debido a que ésta implica una manera de vivir que exige continuamente a la madre o padre que dirijan su atención más allá del presente de su encuentro con sus hijos. Si los ojos de la madre o del padre no se encuentran con

los ojos del niño o del bebé cuando lo miran, o si la madre o el padre no responden a los sonidos del bebé con sonidos congruentes según el fluir de sus interacciones con él, o si ellos no tocan al niño o bebé cuando éste los toca, el niño o bebé se queda como un ser sin identidad ni sentido propio, esto es, en un vacío existencial, al carecer de la referencia operacional a través de la cual él o ella genera las coordinaciones sensoriomotrices que, al hacer de él o de ella un ser social en el lenguaje, lo harán ser humano.

3. El niño adquiere su conciencia social y su conciencia de sí solamente en tanto crece en conciencia operacional de su corporalidad; y el niño o niña puede crecer en conciencia operacional de su corporalidad solamente cuando crece en una dinámica de juego con la madre y el padre en la cual sus cuerpos se encuentran en una total aceptación mutua al tocarse, al escucharse, y al verse en el presente, en una dinámica de interacciones de confianza mutua total. Es la confianza de la total aceptación por parte de la madre o padre en el juego, lo que da al niño o niña la posibilidad de crecer en la auto-aceptación y autorrespeto que hacen posible para él o ella la aceptación de los otros que constituye a la vida social. En otras palabras, es en la confianza no competitiva en su propio ser que un niño o niña adquiere al vivir la confianza y aceptación de sus padres en el juego, que él o ella adquiere la posibilidad de entrar en la confianza no competitiva y la aceptación del otro en la coexistencia que constituye el dominio de las relaciones sociales.
4. Las exigencias de la vida cotidiana propias de la coexistencia en la red de conversaciones que constituye a nuestra cultura occidental actual, interfieren con la habilidad normal de la madre para encontrarse con su hijo o hija en el juego. Lo que sucede es que la manera de vivir que implica nuestra cultura occidental, continuamente

empuja a la madre a alejar su atención de sus hijos cuando está con ellos a través de discursos sobre temas tales como el futuro, el éxito, la realización profesional, las aspiraciones de progreso... En otras palabras, una madre que está pensando acerca de su propio éxito profesional, o acerca del futuro de su hijo o hija, o acerca de cómo van a sobrevivir, mientras se encuentra con él o ella en lo que debería vivirse como juego, no juega con su hijo o hija, y no se encuentra con él o ella en el presente de su interacción. Cuando esto pasa, madre e hijo o hija no se ven. De hecho, en nuestra cultura occidental muchos de nosotros al estar continuamente sometidos a la exigencia de competir, de proyectar una imagen, o de obtener éxitos en una manera de vivir que es descrita como una continua lucha para la existencia, perdemos la capacidad de jugar, y para ser realmente madres y padres que viven con sus hijos en el presente y no en la fantasía del futuro o el pasado, tenemos que readquirir esa capacidad.

5. Se juega cuando se atiende a lo que se hace en el momento en que se lo hace, y esto es lo que ahora nos niega nuestra cultura occidental llamándonos continuamente a poner nuestra atención en las consecuencias de lo que hacemos y no en lo que hacemos. Así, decir: debemos prepararnos para el futuro» significa que debemos poner la atención fuera del aquí y ahora; decir, debemos dar una buena impresión», quiere decir que debemos atender a lo que no somos pero deseamos ser. Al operar de esta manera creamos una fuente de dificultades en nuestra relación con otros y con nosotros mismos debido a que los seres humanos estamos donde está nuestra atención, y no donde están nuestros cuerpos. Jugar es atender al presente. Un niño que juega está involucrado en lo que hace mientras lo hace; un niño que juega a ser doctor, es doctor; un niño que juega a cabalgar un caballo con palo, cabalga un caballo. El jugar no tiene nada

que ver con el futuro, jugar no es una preparación para nada, jugar es hacer lo que se hace en su total aceptación, Sin consideraciones que nieguen su legitimidad. Los adultos usualmente no jugamos, y frecuentemente no jugamos cuando afinamos que jugamos con nuestros hijos. Para aprender a jugar debemos entrar en una situación en la cual no podemos sino atender al presente (como ocurre en los seminarios maternos y grupos de juegos materno-infantil de la Dra. Verden-Zöllner).

6. Nuestra conciencia del mundo que vivimos es operacionalmente una expansión de nuestra conciencia corporal. Los mundos que vivimos surgen como dominios de acciones en tanto realizamos nuestra corporalidad en nuestras coordinaciones senso-motrices, y desarrollamos nuestra conciencia corporal al crecer en total aceptación corporal en la intimidad de nuestras relaciones de juego con nuestras madres y nuestros padres. Más aún, todas las dimensiones de nuestra existencia humana como seres que viven en el lenguajear, tienen lugar como recursiones sobre el operar de nuestra corporalidad que expanden nuestra conciencia corporal en la medida en que existimos como seres sociales que llegan a ser lo que son a través de la aceptación y confianza total que prevalece en el juego materno infantil.
7. El juego en los seres humanos es una actitud fundamental que es fácilmente perdida debido a que requiere inocencia total. De hecho, cualquier actividad humana hecha en inocencia, esto es, cualquier actividad humana hecha en el momento en que es hecha con la atención en ella y no en el resultado, esto es, vivida sin propósito ulterior y sin otra intención que su realización, es juego; cualquier actividad humana que es disfrutada en su realización debido a que la atención del que la vive no va más allá de ella, es juego. Dejamos de jugar cuando perdemos la inocencia, y perdemos la inocencia cuando

dejamos de atender a lo que hacemos y comenzamos a atender a las consecuencias de nuestras acciones, o a algo más allá de ellas, mientras aún estamos en proceso de realizarlas. Los seres humanos adquirimos nuestra conciencia individual y social a través de la conciencia corporal operacional que adquirimos en el libre juego con nuestras madres y padres al crecer como seres que viven en el lenguaje en la intimidad de nuestra convivencia con ellos, y perdemos nuestra conciencia social individual en la medida en que dejamos de jugar y transformamos nuestras vidas en una continua justificación de nuestras acciones en función de sus consecuencias, en un proceso que nos enseguece acerca de nosotros mismos y los demás.

III. EL CAMINO DESDEÑADO

Charla dictada en Alemania con motivo de la graduación de un conjunto de madres participantes en un curso taller de relación materno-infantil.

Estimadas damas»:

Me dirigiré a ustedes en inglés por no poder hacerlo en la bella lengua alemana, gracias. Lo que quiero hacer es decirles algunas pocas palabras acerca del amor y del origen de la humanidad, y mostrarles cómo esto se relaciona con el trabajo que ustedes hacen con la Dra. Verden-Zöllner así como con otros aspectos de la vida diaria

‘Nada hay más difícil que estudiar la normalidad desde la normalidad, porque estamos acostumbrados a mirarla desde lo patológico. Por esto, al estudiar lo normal de la relación materno-infantil, la Dra. Verden-Zöllner ha hecho algo inusual. Pero al mismo tiempo nada más difícil de valorar y respetar que aquello que otro nos dice cuando es tan fundamental que después de oído nos parece obvio. ojalá no nos pase eso con lo que nos muestra la Dra. Verden-Zöllner y que yo señalo en esta conferencia. Ella nos muestra que el juego es la condición de inocencia en la acción. No desdeñemos esto porque desde nuestra enajenación en la pretendida gravedad de la vida adulta, el jugar nos parece trivial o intrascendente».

Los seres humanos tenemos nuestro origen en una línea de primates bípedos que se puede seguir hacia atrás unos tres y medio millones de años. Estos seres originales en la historia de la humanidad tenían más o menos el tamaño de un niño de ocho años de edad. Caminaban en posición erguida, igual que nosotros, y deben haber sido andadores con tanta capacidad como nosotros para manejar su cuerpo en concordancia con su modo de vivir. Su masa cerebral era alrededor de un tercio de la nuestra, y es posible afirmar que vivían en grupos relativamente pequeños de unas 5 a 10 personas, incluyendo adultos, jóvenes y bebés. Estos seres eran recolectores de alimentos: semillas, nueces, raíces y restos de otros animales dejados por carnívoros cazadores. De hecho, comían los mismos alimentos que ahora comemos para comer, aunque en ese tiempo eran semillas de pastos silvestres que no producían el grano grande que ahora comemos, o raíces jugosas diferentes de las que cultivamos».

En la evolución lo que es fundamental para el establecimiento de un linaje es la conservación de una manera de vivir en una sucesión reproductiva. Si ustedes examinan cualquier tipo de animal o planta, reconocerán que cada uno tiene una manera particular de vivir que implica también un modo de desarrollo y crecimiento. El modo de vida propio de nuestros ancestros era, en lo fundamental, igual al nuestro actual pero sin lenguaje: vivían en grupos pequeños como familias que compartían los alimentos; vivían en la cercanía sensual de la caricia y en tanto eran animales que caminaban erectos, vivían en una sexualidad frontal que implicaba el estar cara a cara el uno con el otro, en la ternura e intimidad de un encuentro personal visual y táctil, y, por último, posiblemente vivían también en la participación de los machos en la crianza de los niños en un ámbito de relaciones permanentes sostenido por la sexualidad continua, no estacional de las hembras».

Las distintas culturas son distintos modos de convivir en el entrelazamiento del lenguaje y el emocionar, que especifican y definen distintos modos de vivir las relaciones humanas. Así, por ejemplo, hay culturas en las que a los hombres se les dice que no tienen nada que ver con el cuidado de los niños. Pero si uno observa lo que pasa con los hombres, uno puede ver que cuando se rompe la admonición cultural que niega Su participación en el cuidado de los niños, los hombres, los machos humanos, se interesan por los niños y, preocupándose de ellos, cooperan con las mujeres en Su cuidado. Nada pasa en los sistemas vivos que su biología no permita. La biología no determina lo que sucede en el vivir, pero especifica lo que puede suceder. Si no hubiese en nosotros, los machos humanos, la posibilidad biológica de hacerlo, no tendríamos la disposición para cuidar a los niños y no disfrutaríamos cuidándolos. No se puede esperar que un gato macho adulto cuide de las crías; éstas para él no existen o existen sólo marginalmente. Pero nosotros, los machos humanos, no tenemos ningún problema, al contrario. De modo que este es un punto importante de la historia de los seres humanos: los machos han participado en la crianza de los niños. En este modo de vivir en ternura y estrecha interacción sensual compartiendo el alimento, con participación de los machos en el cuidado de los niños, se originó el lenguaje como una manera de coordinación de acciones. Pero esto no es todo. Hay una emoción que tiene que haber sido la emoción fundamental del coemocionar en el convivir que dio origen a lo humano al hacerse el convivir en el lenguaje el modo fundamental de vivir que se conservó generación tras generación constituyendo nuestro linaje. Tal emoción es el amor».

‘El amor es, hablando biológicamente, la disposición corporal bajo la cual uno realiza las acciones que constituyen al otro como un legítimo otro en coexistencia con uno. Cuando no nos conducimos de esta manera en nuestras interacciones con otro, no hay fenómeno social. El amor es

la emoción que funda el fenómeno social. Cada vez que uno destruye el amor, desaparece el fenómeno social. Pues bien, el amor es algo muy común, muy sencillo, pero muy fundamental. Esta reunión en la que nos aceptamos mutuamente, se produce sólo bajo el imperio de la emoción del amor, y si esta emoción desapareciera y continuásemos reunidos en esta charla, habría hipocresía en la medida en que actuásemos como si nos aceptásemos mutuamente sin hacerlo. En verdad, en la vida cotidiana afirmamos que alguien ha actuado en forma hipócrita cuando, después de observar su conducta que nos parece impecable en el amor, en la aceptación del otro como un legítimo otro en coexistencia con uno, tenemos motivos para dudar de su sinceridad. La hipocresía es siempre a posteriori. En tanto está presente la conducta del amor, uno supone sinceridad. Lo que sucede es que si la conducta de mutua aceptación no es sincera, tarde o temprano se rompe la relación social».

Ahora bien, en la historia de la humanidad, y estoy hablando de los últimos 3,5 millones de años, si el amor no hubiese estado presente como el fundamento siempre constante de la coexistencia de las pequeñas comunidades en que vivían nuestros ancestros, no podríamos existir ahora como lo hacemos. No se habría originado el lenguaje y no se habría establecido este como el modo fundamental de convivir de nuestros ancestros. Lo opuesto al amor no es el odio, es la indiferencia, y en la indiferencia los seres no se encuentran y no permanecen juntos. Por supuesto que tiene que haber habido agresión ocasional, pero ningún sistema social se puede basar en la agresión, porque la agresión lleva a la separación, y, por lo tanto, a la negación de lo social».

Yo afirmo que el lenguaje no puede haberse originado en la historia que nos dio origen si en ésta el amor no hubiese sido la emoción fundamental que la guió. Así, afirmo también, que nosotros los seres humanos, a pesar de que vivimos ahora en guerras y en abusos, somos hijos del amor.

Comprender esto es algo absolutamente esencial para comprender lo humano, porque en nuestro proceso de desarrollo individual como seres humanos, el amor es un elemento fundamental desde el útero hasta la tumba. En verdad, yo pienso que el 99% —puedo equivocarme, puede que sea el 97%— de los males humanos tiene su origen en la interferencia con la biología del amor. El niño en su desarrollo requiere como elemento esencial, no circunstancial, la permanencia y continuidad de la relación amorosa entre él y su madre y demás miembros de la familia. Y eso es esencial para el desarrollo fisiológico, para el desarrollo del cuerpo de las capacidades sensoriales, de la conciencia individual, y de la conciencia social del niño. Estoy seguro de que ustedes están conscientes de esto a través de su cuerpo en su calidad de madres, pero, en general, en nuestra cultura aunque se habla de amor no se lo comprende como un fenómeno biológico y no se cree en él como un factor constitutivo de lo humano. Por qué pasa así? ¿Por qué esta falta de visión del papel fundamental del amor como el dominio de las acciones que constituyen al otro como un legítimo otro en la convivencia con uno en nuestro presente cultural? En mi opinión esto se debe a dos razones. Una es que pertenecemos a una cultura que ha devaluado a las emociones. Así, es corriente que en nuestra cultura occidental se considere que las emociones son una molestia que interfiere con la racionalidad. Estoy seguro de que a todas ustedes así como también a mí se nos pedía en el hogar y en el colegio, que controlásemos nuestras emociones y que fuésemos racionales. La racionalidad es algo fundamental, no hay duda. Nada de esta charla y conversación podría ocurrir si no nos moviésemos en el pensamiento racional, pero las emociones son igualmente fundamentales. Esta conversación no se produciría sin la emoción que la sustenta, sin el deseo de tenerla en un ámbito de mutuo respeto».

La otra razón es que los niños, por lo general, se desarrollan normalmente sin que tengamos que hacer nada espe-

cial para ello, basta con que los queramos como nos surge sin esfuerzo la mayor parte del tiempo. Pero hay mucho que no vemos precisamente porque para muchos de nosotros la vida transcurre en la normalidad del amor. No tenemos una manera inmediata de saber si es diferente para el embrión que crece el que la madre lo desee o no, o que el compañero de la madre quiera o no al futuro bebé. La fisiología de la madre es distinta en un caso y otro ya que el querer que nazca el bebé o no, aparece en las conversaciones de la madre, y las conversaciones de la madre afectan la fisiología del embrión. Lo que sucede es que aún no sabemos, o sabemos muy poco, sobre cómo se afectan el crecimiento del embrión y el feto con esas conversaciones. Aún hay algo más, el lenguaje tiene que ver con el tocar y tocarse, con la sensualidad, y el que es así es aparente en lo que decimos. Así, por ejemplo, cuando hablamos de la forma de un discurso usamos expresiones táctiles como: «me acarició con su voz», «me hirió con sus palabras o me tocó profundamente con lo que dijo». Al conversar nos tocamos los unos a los otros, y al hacerlo, gatillamos cambios en nuestra fisiología. Nos podemos matar con palabras, tanto como podemos llevarnos a la alegría o a la exaltación. Al contrario, al comentar el contenido de un discurso no empleamos expresiones táctiles sino que expresiones visuales: «lo que dijo estuvo muy claro», o, «estuvo brillante». Así es que las conversaciones que la madre tiene cuando está embarazada no son triviales en lo que se refiere al desarrollo embrionario o fetal del niño, y tampoco lo son para el niño después que ha nacido, y no da lo mismo hablar del futuro bebé, o del niño o niña ya nacido, en el amor o el rechazo».

«En la actualidad vivimos inmersos en una cultura que resta valor a las emociones, y al mismo tiempo que nos sumerge en emociones contradictorias, nos piden que las neguemos o que las controlemos. Yo mantengo que las emociones son disposiciones corporales dinámicas que especifican en cada instante el dominio de acciones en que nos

movemos en ese instante. Si ustedes prestan atención a cómo ustedes. reconocen las emociones en ustedes. mismas o en otros, observarán que están siempre atentas a las acciones. En la medida en que cada emoción configura un dominio particular de acciones, hacemos cosas diferentes bajo distintas emociones. Así también hay emociones contradictorias entre sí porque configuran dominios de acciones que se niegan mutuamente, y los conflictos emocionales nos paralizan, precisamente por llevarnos a acciones que se oponen, o a oscilaciones conductuales. Al mismo tiempo hay acciones que constituyen dominios de acciones complementarias que se acompañan o se potencian mutuamente aumentando su intensidad, intensidad que connotamos con la palabra pasión

‘Veamos algunos ejemplos de emociones contradictorias como el caso de una madre profesional que tiene una hija pequeña. Cuando la madre está con su hijita, piensa que debería estar en su trabajo, y cuando está en su trabajo piensa que debería estar con su hijita. Esa madre vive una contradicción emocional recurrente: cuando ella está con su niña echa de menos su realización profesional, cosa que aparece en su conversar; al revés cuando se está realizando con el desempeño de sus tareas profesionales, echa de menos a su niña, cosa que también se hace aparente en su conversar. El problema que esto suscita es que si la madre está con su niña echando de menos su realización profesional, ella y la niña no están juntas pues se ha roto la aceptación mutua. Si la atención de la madre cambia de continuo a alguna otra parte lejos de su niña, la niña desaparece. Puede suceder que la madre la tenga en sus brazos y piense que está jugando con ella, pero la madre no está jugando con la niña. La madre lleva a cabo una conducta que se describe como juego, pero no está jugando. Cuando esto le pasa a uno, uno está consciente de que algo falla en la relación y se culpa a sí mismo o culpa al niño o niña. Si usted está junto a un adulto, su esposo, su amante o su amigo, y esta persona tiene la

atención fija en alguna otra parte, en alguna otra cosa, usted sabe que esta compañía es algo ficticio, y expresa una queja: «no está conmigo». Pues bien, el niño pequeño no sabe quejarse, no sabe lo que le pasa, sólo desaparece poco a poco y se transforma en un ser ajeno: y llora o se enferma. Lloro, o se presenta algún problema en su desarrollo».

«A modo de ejemplo, se podrían presentar dificultades en el desarrollo de la inteligencia del niño que tienen que ver con el aprender a hablar, o bien, más adelante, con el rendimiento escolar. Luego, puede que haya dificultades sensoriales en el desarrollo, o bien se pueden presentar dificultades temperamentales que son angustiantes para los padres que no saben qué hacer, pues piensan que quieren a su hijo o hija, y no ven su negación del amor en su ceguera ante él o ella. Todas estas dificultades son expresiones de carencia de amor, de ausencia de las conductas que constituyen al otro, el niño o niña en este caso, como un legítimo otro en convivencia con uno. Esto no quiere decir que la madre tenga que estar todo el tiempo con él o ella, pero la madre si tiene que estar con él o ella cuando está con él o ella».

La relación permanente con la madre debe ser íntima en la aceptación total en el presente. Cuando se rompe esta relación entre la madre y el niño, la madre también se ve afectada, y le suceden cosas que los demás calificarían como inestabilidades emocionales, distorsiones emocionales o angustias. Esta situación de perder el contacto, de perder la relación de amor con el niño, se origina, como dije debido a que la madre aleja su atención del niño cuando está con él o ella, y no está con él o ella a pesar de la cercanía. Vivimos inmersos en una cultura que continuamente nos exige que prestemos atención a algo distinto de lo que estamos haciendo en el momento de hacerlo. Por ejemplo, esto pasa cuando hago lo que hago con un atención puesta en lo que voy a obtener y no en lo que hago, cuando un atención está en el resultado de mi quehacer y no en un quehacer».

Ustedes dicen a sus niños que tienen que estudiar porque cuando crezcan van necesitar lo que aprenden hoy, y les dicen: si ustedes hacen esto, van a obtener esto o aquello (una moneda, un dulce, buena salud). Pero si no tenemos nuestra atención en lo que hacemos, no lo hacemos, y hacemos otra cosa. Lo que la Dra. Verden-Zöllner ha mostrado en su trabajo, es que en la relación materno-infantil sana, la madre al jugar con Su niño o niña está precisamente con él o ella, que su atención no se aparta del niño aun cuando en su mirada sistémica tenga presente todo Su entorno hogareño. El juego no constituye de ninguna manera una preparación para una acción futura, se vive en el juego cuando el vive en el presente. Cuando los niños juegan imitando actividades llevadas a cabo por los adultos, no se están preparando para dichas actividades futuras. En el momento de jugar, los niños (y también los adultos cuando juegan) son lo que el juego indica».

Pero vivimos una cultura que niega el juego y valora las competencias deportivas. En nuestra cultura no se espera que juguemos porque debemos estar haciendo cosas importantes para el futuro, y no sabemos jugar. No entendemos la actividad del juego. Les compramos juguetes a nuestros niños para prepararlos para el futuro. No estoy diciendo que no sea bueno que un niño tenga un juguete que le acarreará como resultado el tener ciertas habilidades en el futuro. Lo que estoy diciendo es que la dificultad se origina cuando interactuamos con nuestros hijos o entre nosotros en términos del futuro, no en términos de lo que estamos haciendo con ellos en el movimiento. Lo que descubrió la Dra. Verden-Zöllner es, en primer lugar, que la relación materno-infantil en el juego como relación de total aceptación y confianza en el encuentro corporal de la madre y el niño con la atención de la madre puesta en relación y el encuentro, no en el futuro o salud del niño, no en lo que vendrá Sino que en el simple fluir de la relación, es fundamental para el desarrollo de la conciencia corporal y manejo del espacio del niño».

‘En segundo lugar, ella descubrió que esa relación de total aceptación y confianza en el encuentro corporal de la madre y el niño es esencial para el crecimiento de éste como un ser que puede vivir en la dignidad del respeto por sí mismo en conciencia individual y social. Y, en tercer lugar, la Dra. Verden-Zöller descubrió que toda actividad realizada la atención puesta en ella se realiza en el juego, en el presente que no confunde proceso con resultado, y es, por lo tanto, inocente, y cursa sin tensión ni angustia como un acto que se vive en el placer, y es el fundamento de la salud psíquica porque se vive sin esfuerzo, aun cuando haya al final cansancio corporal. Más aún, ella ha mostrado cómo podemos recuperar nuestra capacidad de juego, y, en último término, cómo podemos vivir nuestro vivir cotidiano como un juego continuo».

‘El cirujano que extrae una vesícula con perfección está jugando mientras opera. Ustedes pueden verificar esto a través de los comentarios que hacen los médicos. Le hablan a usted como si lo hubiesen estado pasando muy bien, maravillosamente bien. Recuerdo que cuando yo estudiaba medicina le pregunté a uno de mis maestros, cómo era ser cirujano, cómo era la práctica de la cirugía, y me contestó: es algo delicioso». Quedé sorprendido, porque me pareció que era una crueldad decir eso. ¿Estaba el placer en el hecho de cortar cuerpos? Por cierto que no; el placer no reside en eso. El placer está en llevar a cabo una actividad sin ningún esfuerzo, y uno lleva a cabo una actividad sin ningún esfuerzo sólo cuando uno está jugando, en la inocencia de simplemente ser lo que se es en el instante en que se es. Cuando Jesús dice: tendréis que ser como niños para entrar en el Reino de Dios», dice precisamente eso: sólo el que viva en la inocencia, en el presente, y no se enajene en las apariencias ni en el futuro de las consecuencias de su hacer, vivirá en el Reino de Dios».

La Dra. Verden-Zöllner ha mostrado que para el niño el vivir su relación con su madre en la intimidad de la aceptación total recíproca es fundamental tanto para el desarrollo de su conciencia corporal, como para su crecimiento como un ser social que vive en el respeto por sí mismo y por el otro desde su capacidad de ser una persona digna e independiente. Y ustedes, que han asistido a los talleres que ella realiza, han sido afortunadas porque en ellos han reaprendido a jugar, han reaprendido a vivir el espacio del juego como una experiencia legítima fundamental. Pero no sólo eso, ustedes no han hecho simplemente algunos ejercicios más o menos novedosos. La Dra. Verden-Zöllner las ha guiado en un espacio experiencial preciso, mediante ejercicios precisos que las llevan a recuperar la visión del mundo de la infancia de manera que ustedes pueden, ahora, vivir con sus hijos la apertura y diversidad relacional en la aceptación emocional y corporal que ellos necesitan para el desarrollo de su conciencia de sí y su conciencia social, así como para su crecimiento en respeto por sí mismos y por los otros, precisamente porque ustedes han recuperado ese espacio. Movimientos, danzas, ejercicios, o juegos, realizados fuera del entendimiento y la mirada hacia como un niño desarrolla su conciencia corporal, su conciencia individual, y su conciencia social a través de la intimidad de la relación corporal en la confianza y el mutuo respeto con su madre como los que Uds. han aprendido y realizado con la Doctora Verden-Zöllner, y que no satisfacen la configuración relacional que ella les da, so sólo gimnasia, danza o entretenimiento. Finalmente, quiero destacar que lo que ustedes han aprendido con la Dra. Verden-Zöllner es el resultado de su prolongado estudio del desarrollo normal del niño en un espacio normal de relaciones materno-infantiles, y quiero felicitarlas por haber participado en sus talleres. Muchas gracias».

IV REFLEXIONES FINALES

En general estamos habituados a aceptar el desarrollo normal del niño como algo natural y espontáneo, y no vemos lo mucho que depende éste de que la relación materno-infantil se dé de hecho como una relación de juego en la que la madre y el niño interactúan recurrentemente en una aceptación mutua total. La investigación de uno de nosotros (Verden-Zöller, 1982), muestra que sin un encuentro corporal madre-hijo en una aceptación total, no hay juego en la relación materno-infantil, que sin juego materno-infantil el niño no aprende a jugar, que sin relación corporal de juego materno-infantil no hay una praxis corporal adecuada, que sin una adecuada praxis corporal, no hay una adecuada conciencia corporal, que sin una adecuada conciencia corporal no hay un desarrollo sensorial adecuado, que sin un adecuado desarrollo sensorial y una adecuada conciencia corporal no hay construcción del espacio ni conciencia espacial adecuada, y que sin todo esto no hay un adecuado desarrollo de la conciencia de sí ni de la conciencia social. Y en nuestra cultura occidental presente que rompe la espontaneidad de la relación materno-infantil, nuestra ignorancia de estas relaciones ha resultado en prácticas cotidianas que bajo las condiciones de hacinamiento en que se vive en las ciudades modernas, someten a las madres a la continua exigencia de alejar su atención de sus hijos cuando están con ellos, con el resultado de que no es fácil para estos tener un desarrollo adecuado de su conciencia individual y social.

Más aún, toda actividad humana es realizada en un dominio de acciones especificado por alguna emoción particular (ver Maturana, 1988). La emoción básica que nos hace seres humanos sociales a través de especificar el espacio operacional de la mutua aceptación en que operamos como seres sociales, es el amor. El amor es la emoción que constituye el dominio de aceptación del otro en Coexistencia cercana con uno. Sin un desarrollo adecuado del sistema nervioso en el amor como es vivido en el juego, no es posible aprender a amar, y no es posible vivir en el amor), en otras palabras, el desarrollo adecuado de nuestra conciencia individual y social, así como el desarrollo adecuado de nuestras capacidades emocionales e intelectuales, y particularmente de nuestra capacidad para amar, con todo lo que esto implica, depende de nuestro crecimiento en el juego y de que aprendamos a jugar a través de la intimidad de nuestras relaciones de aceptación mutua con nuestras madres y padres.

Nuestra cultura occidental moderna ha desdeñado el juego como una característica generativa Fundamental en la vida humana integral. Tal vez nuestra Cultura moderna occidental hace aún más, niega el juego como un aspecto central de la vida humana a través de su énfasis en la competencia, el éxito, y la instrumentalización de todos los actos y relaciones. Nosotros pensamos que para recuperar un nivel de bienestar social e individual en el etial el crimen, el abuso, el fanatismo y la opresión mutua, no sean maneras institucionalizadas de vivir, sino que solo errores ocasionales de coexistencia, debemos devolver al juego su rol central en la vida humana, y pensamos también que para que esto pase, debemos aprender nuevamente a vivir en él.

REFERENCIAS

- Maturana R. Humberto. 1978. «Biology of language: epistemology of reality» En Psychology and Biology of Language and Thought
- Editores: George A. Miller and Elizabeth Lenneberg.
Academic Press.
- Maturana R. Humberto. 1980. «Autopoiesis: reproduction, heredity and evolution», En Autopoiesis, Dissipative Structures and Spontaneous Social Orders. Editor: Milan Zeleny AAAS Selected Symposium 55. Westview.
- Maturana R. Humberto. 1985 a. «Biologie der Sozialitat» Delfin (Septiembre) V; 6-14; ;985.
- Maturana R. Humberto. 1985 b. Reflexionen über Liebe. «Zeitschrift für systemische Therapie» 3 (3); 129-131; 1985.
- Maturana R. H. y Mpodozis Jorge, 1992. Origen de las Especies por medio de la Deriva Natural.
Publicación Ocasional # 46/1992.
Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Santiago - Chile.
- Maturana R. Humberto, 1988. «Reality: the search for objectivity or the quest for a compelling argument» The Irish J. of Psychology: 9 (1); 25-82.

Verden-Zöller Gerda, 1978. Materialien zur Gabi Studie.
Univ. Bibliothek Salzburg, Viena.

Verden-Zöller Gerda, 1979. Der imaginäre Raum.
Univ. Bibliothek Salzburg, Viena.
Dissertation zur Erlangung des Doktorgrades
der Philosophie der Naturwissenschaften
an der Philosophischen Fakultät der Universität
Salzburg.

Verden-Zöller Gerda, 1982. Ökopsychologie der frühen
Kindheit; Das Wolstein-Passauer-Mutter-Kind-Modell.
Forschungsbericht und filmische Dokumentation,
Universitätsbibliothek Salzburg; Forschungsstelle für
die Ökopsychologie der frühen Kindheit, Passau.

EPÍLOGO

Este epílogo lo he escrito con la mirada puesta en la vida consciente e inconsciente desde el entendimiento de la Matriz Biológica de la Existencia Humana, y en el deseo de mostrar la presencia de nuestros sentires como aspectos centrales de nuestro vivir a la vez que como elementos psíquicos que operan como guías operacionales del curso que nuestro vivir sigue desde el operar de nuestra biología.

El espacio psíquico.

Ahora, en este epílogo, quiero mostrar cómo es que los distintos aspectos de nuestro vivir inconsciente son, de hecho, la parte fundamental de nuestro devenir biológico/cultural, ya que momento a momento guían el curso que siguen todas las dimensiones del fluir en continuo cambio de nuestro vivir humano. Y esto es así, aun cuando nuestro vivir inconsciente nos parezca abstracto en relación con lo que corrientemente vemos como la concretitud material del suceder del vivir biológico. El mundo que vivimos surge como expansión operacional de nuestra corporalidad. Y lo que vivimos como nuestro espacio relacional consciente e inconsciente, es decir, nuestro espacio psíquico consciente e inconsciente, es nuestro operar en todas las dimensiones relacionales del mundo que generamos en nuestro vivir en la medida en que éste emerge como expansión de nuestra corporalidad en el curso de nuestro vivirlo. Lo que ahora se llama en nuestro presente cultural espacio psíquico o lo psí-

quico, corresponde a lo que se quiere evocar como el “ámbito o conjunto de las dimensiones, operaciones, y relaciones emocionales y mentales de nuestro vivir”, y yo usaré a continuación el termino “psíquico” de este modo¹.

¿Qué es y cómo se da nuestro vivir? ¿dónde existimos?

Lo que llamamos experiencia es lo que distinguimos que nos sucede en el fluir de nuestro vivir. Y al hablar de lo que nos sucede en el fluir de nuestro vivir lo describimos en términos de la concretitud de nuestro operar relacional, o tratamos de hacerlo así al describir nuestras experiencias con las coherencias operacionales de nuestro lenguajear. La experiencia, por lo tanto, ocurre en un acto de reflexión consciente que atiende a cómo se está en el vivir. Lo que dificulta nuestra comprensión de lo que nos ocurre al hablar de experiencia, emerge de nuestro vivir en la aceptación implícita de que existimos como seres independientes de lo que señalamos en experiencia descrita. Los seres humanos nos sentimos como seres que existimos inmersos en lo real que está ahí y es independiente de nuestro operar, inmersos en un mundo que podemos contemplar y describir como observadores de lo que ocurre naturalmente independiente y externo a nosotros. Cuando se vive así, como ser humano, se busca explicar todo lo que se vive en términos de ese sentirse inmerso en una realidad externa, generando un ámbito conceptual “racional” donde, aunque parezca extraño, lo que se siente en el vivir, donde los sentires y las emociones quedan descalificados como algo que sucede en dimensiones “psíquicas” que son de hecho inaccesibles a una descripción racional. Por esto pienso que la mayor dificultad que surge para entender el espacio psíquico, las dimensiones relacionales inconscientes de nuestro vivir, como las que

¹ El uso del termino “psíquico” sólo tiene un valor evocativo de la multiplicidad de dimensiones relacionales en nuestro vivir.

connotamos o evocamos con las nociones de amor y de juego, por ejemplo, está en llegar a verlas, a comprenderlas como aspectos básicos intrínsecos de nuestro vivir humano biológico. O, lo que es lo mismo, pienso que la mayor dificultad para este entendimiento está en visualizar o darse cuenta de cómo el vivir relacional que evocamos o connotamos al hablar de espacio psíquico, o de dimensiones psíquicas como el emocionar, el sentir, y el imaginar, guían de hecho el curso del devenir de nuestro ser y de nuestro hacer, tanto en lo cultural como en lo que queremos ver como lo concretamente biológico, que es lo molecular.

Los seres humanos, como organismos, somos primates bípedos que existimos en el lenguajear, y el lenguajear es nuestro modo de fluir en la realización de nuestro vivir y convivir en coordinaciones de coordinaciones de haceres que surgen en ese convivir. Sin embargo, lo básico, lo que de hecho da fundamento a todo nuestro vivir, al igual que en todos los seres vivos, es que nos movemos en nuestro vivir en distintos dominios de conductas relacionales que con su ocurrir especifican en cada instante la naturaleza de nuestro hacer y de nuestro sentir, y que connotamos o que queremos evocar al hablar de emociones. De hecho, como enfatizaré algo más adelante, nuestro vivir humano ocurre en un fluir recursivo conductual que entrelaza lenguajear y emocionar en redes de coordinaciones de coordinaciones de conductas y de emociones que llamamos conversar. Y es al vivir en redes de conversaciones cuando los seres humanos generamos todos los mundos que vivimos bajo la forma de distintas configuraciones de coordinaciones recursivas de haceres y de emociones que, como matrices operacionales de correlaciones sensorio/efectoras o distintos flujos de nuestra dinámica corporal, constituyen los distintos ámbitos o espacios de existencia que vivimos.

En fin, al vivir en el conversar generamos redes cerradas de conversaciones que constituyen maneras de convivir

que se conservan de generación en generación en el aprendizaje de los niños como linajes de modos cerrados de convivir que llamamos culturas, y que forman distintos dominios de epigénesis en nuestro devenir humano. Por último, al mirar el vivir de un organismo, el observador ve que cualquiera que sea este vivir en el ámbito biológico o cultural, el medio en que el organismo realiza su vivir como su ámbito recursivo de interacciones, surge y cambia de un modo que resulta espontáneamente congruente con los cambios que ocurren en el organismo que le da origen mientras éste vive.²

Sin duda, esta escueta descripción de nuestro vivir en el conversar nos dice lo fundamental de cómo ocurre nuestro vivir humano, pero, ¿qué sucede con nuestras vivencias?, ¿qué presencia tienen en el flujo de nuestro vivir nuestros sentires, nuestras emociones? Describimos el suceder de lo que vivimos, pero lo que sentimos en nuestro vivir no lo podemos describir, sólo lo podemos connotar o evocar en quien ha vivido lo que nosotros vivimos o hemos vivido. Así, al hablar de amar, la emoción que connotamos ocurre como el dominio de las conductas relacionales a través de las cuales uno mismo, el otro, la otra o lo otro, surge como legítimo otro en convivencia con uno; y al hablar de ella sólo puede entendernos quien antes haya participado del sentir que conlleva el operar en ese dominio de conductas relacionales como un aspecto de su convivir con nosotros o con otros seres humanos. Lo que acabo de decir describe el suceder conductual del vivir en el amar, pero no describe ni puede describir el sentir que se vive al vivirlo, solamente lo evoca. Lo que sucede en la sensorialidad interna del que vive el amar queda en el silencio de una intimidad no tocada por una descripción que sólo puede connotar un fluir conductual que ocurre en el ámbito de la sensorialidad externa que vivimos en las coordinaciones de haceres, y no de sentires con otro.

² Ver: "Origin of the species by means of natural drift", by Maturana and Mpodozis, 1999.

El que esto sea así no debe resultar sorprendente, pues el lenguajear, como un convivir en un fluir de coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales, al ser usado en una descripción cualquiera sólo involucra la sensorialidad del espacio operacional en que ocurren las conductas coordinadas. Es en el lenguajear que ocurre en el fluir de coordinaciones de coordinaciones de haceres con otros como un ámbito de sensorialidad externa, donde las correlaciones sensorio / efectoras que se viven, se viven en un sentir que llamamos mundo externo o mundo real. Es desde la evocación de este sentir, que lo que llamamos descripción de lo que nos sucede en el vivir, es una invitación a operar en el fluir de la sensorialidad del vivir relacional que llamamos el mundo real.

El juego ocurre en el fluir del vivir en un hacer que se hace en el presente, sin expectativas, con la atención en el hacer mismo a través del hacer, y no en el resultado que se espera, aun cuando se esté consciente de cómo debe ser el resultado que tiene que surgir desde ese hacer. Cuando así sucede, cuando eso ocurre, el proceso que se vive se vive en un sentir interno que connotamos hablando de bienestar, en un fluir recursivo de coordinaciones de haceres en el que el resultado surge impecable en su calidad y oportunidad. Esta descripción del fluir del vivir en el juego describe el quehacer en la sensorialidad del mundo que llamamos real, y connota el sentir (interno) que se vive en el convivir, pero no describe el sentir que se siente en el curso del vivir el proceso que lleva al surgimiento del resultado. Cuando el lenguajear involucra coordinaciones de coordinaciones de sentires, involucra coordinaciones conductuales que surgen desde una sensorialidad interna que no puede ser descrita por una sensorialidad externa.

¿Cómo hablar del sentir que se vive en el juego?

Al hablar del sentir que se siente en el fluir del vivir en el juego, hacemos lo mismo que he dicho un poco más arriba

sobre el sentir que se siente en el fluir del amar. El vivir en el juego implica también una sensorialidad que ocurre en la intimidad de la corporalidad (del ser), sensorialidad interna que no queda descrita hablando de la sensorialidad externa que el observador denota al describir el operar sensorial de un organismo en su convivir en el mundo “real”.

Esto es, al hablar de los sentires hablamos de algo que queda intrínsecamente fuera del ámbito de descripciones, pues no ocurren en la sensorialidad de las coordinaciones de los haceres, y que por ello sólo pueden connotarse. No podemos describir el sentir que hace del vivir en el juego un aspecto central del bien-estar que queremos conservar en nuestro vivir. No podemos describir el sentir del amar que hace del vivir en el amar un aspecto fundamental en la generación continua del bien-estar que, como todo ser vivo, queremos implícitamente conservar en el fluir de nuestro vivir. Por esto, al hablar de los sentimientos o al hablar de los sentires como algo que ocurre en el interior mismo del organismo, sólo connotamos como observadores alguna de las distintas configuraciones de dinámicas relacionales internas de éste, que al ser conservadas por su participación en la realización del modo particular de vivir del organismo en que ocurren, constituyen el fundamento operacional del fluir de su vivir relacional, y guían el curso de ese vivir. Lo mismo pasa con las ensoñaciones y las fantasías oníricas; las podemos evocar, podemos referirnos a ellas, pero los sentires que se viven al vivirlas no tienen otra forma que la evocación que surge en nosotros o en otros cuando nos referimos a ellas con las coordinaciones de haceres de nuestro vivir relacional en el intento de describirlas. Aun así, a pesar de su falta de concretitud en el “mundo real”, las ensoñaciones, las fantasías oníricas, los sentimientos, los deseos, los miedos, son aspectos fundamentales de nuestro vivir como organismos, pues guían el curso relacional del vivir que el organismo sigue desde el fondo inconsciente en que ocurre el vivir y desde donde las conductas emergen como desde la nada.

¿Cómo sucede que las dimensiones de nuestro vivir psíquico guíen el devenir de nuestro vivir?

Los seres vivos como individuos somos redes cerradas de producciones moleculares que existimos como unidades discretas que se producen y conservan a sí mismas como entes singulares en continuo cambio en el seno de un flujo continuo de cambio molecular. Y existimos como unidades discretas mientras en este fluir de cambios moleculares se realiza y conserva la dinámica cerrada de producciones moleculares cambiantes que nos constituye. Como entes moleculares, los seres vivos somos sistemas que existen como unidades discretas en la continua producción de sí mismos, somos sistemas autopoieticos. Por esto, los seres vivos nos realizamos y existimos en nuestro vivir a la vez en dos dominios disjuntos: uno, el dominio de nuestro ser molecular en el que somos sistemas autopoieticos en el operar de la dinámica arquitectural cambiante que somos desde nuestros componentes moleculares; y el otro, el dominio de nuestro existir como unidades simples desde el operar de las propiedades con que surgimos en el espacio relacional en que interactuamos como totalidades. Aunque estos dos dominios de existencia son disjuntos, se modulan mutuamente: lo que ocurre en la dinámica molecular del organismo cambia la estructura de éste como totalidad, y, por lo tanto, su operar relacional como tal; y lo que sucede en el fluir relacional del organismo resulta en cambios en su dinámica molecular. Lo único peculiar a nosotros, los seres humanos, como la clase de organismos que somos, está, por una parte, en que como humanos existimos en el conversar, y, por otra parte, en que como humanos habitamos muchos mundos distintos que configuramos al realizar nuestro vivir en redes de conversaciones a las que se subordina el curso que sigue el fluir de cambios moleculares en que se realiza nuestro vivir. Veámoslo en nosotros mismos.

El dominio de la realización de nuestro ser seres vivos, esto es, el dominio de la realización de nuestro ser sistemas

moleculares autopoieticos es el dominio de la dinámica de nuestra interioridad fisiológica que da origen y conserva nuestra realización como organismos o unidades discretas que son totalidades en un espacio relacional. Nuestro ser molecular autopoietico es multicelular, ocurre como una red de flujos de moléculas que entrelaza todos los procesos celulares en una dinámica que coordina las producciones y transformaciones moleculares intra- y extra celulares en una continua producción del organismo como totalidad. En fin, esta red de flujo de moléculas producidas en las células del organismo, ya sea actuando dentro de ellas mismas o dentro de las otras células de éste, constituye una dinámica de procesos que resulta en la coordinación recursiva de la continua producción del organismo como una totalidad que conserva una identidad particular en la realización de su vivir. Un organismo, sea éste uni- o multicelular, existe en tanto sistema molecular sólo en la continua producción y conservación de sí mismo. En nuestro caso, el dominio de realización y conservación de nuestra identidad humana es el dominio en que operamos como totalidades en el espacio relacional del lenguajear.

Aunque los dos dominios de nuestra existencia humana, el de nuestro operar fisiológico y el de nuestro operar en el lenguaje, son disjuntos, ambos se realizan a través de los mismos elementos moleculares. De esto resulta: 1) que el continuo cambio de las relaciones moleculares que ocurren en nuestro dominio fisiológico lleva al continuo cambio de nuestro modo de operar como totalidades en el lenguajear; y 2) que nuestras interacciones, en el lenguaje, resultan en la modulación de nuestra dinámica fisiológica molecular, de modo que los cambios que surgen en ella siguen un curso contingente al curso de nuestro lenguajear y conversar que conserva nuestra congruencia operacional con el medio en la conservación de nuestro vivir. Dicho de otro modo más general: aun cuando las dinámicas operacionales en los dos dominios de existencia de un organismo ocurren de manera

independiente y disjunta según lo que sucede en cada uno de ellos en el flujo del vivir, se entrelazan en su realización, pues ocurren a través del operar de elementos moleculares que son los mismos para ambos al integrar estos la misma corporalidad. De modo que el vivir de un organismo, como una totalidad, surge siempre contingente en cada instante a lo que ocurre en sus dos dominios de existencia a través de su unicidad corporal y de la unicidad relacional en su modo de vivir que le da esa unicidad corporal. Y esto sucede así, espontáneamente en todos los seres vivos mientras viven, cualquiera que fuere su modo de vivir, incluido el nuestro.

El entrelazamiento de los dos dominios de existencia de los seres vivos en un devenir que subordina los cambios fisiológicos y la dinámica relacional del organismo en su historia individual y evolutiva (reproductiva) a la continua conservación de un modo de vivir que se define como una relación organismo medio particular que se conserva en el vivir individual y evolutivo, hace a ese modo particular de vivir lo central del vivir de un organismo. En tanto ocurre así con nosotros los seres humanos, los distintos mundos o modos de convivir que generamos en nuestro conversar pasan a operar como distintos guías culturales epigénicos del curso que siguen los cambios en la red de procesos moleculares que somos mientras se conserva nuestro vivir a través de esos cambios. Generamos el vivir que vivimos desde el ser cultural / biológico en que surgimos en nuestro convivir, y generamos en nuestro vivir el ámbito relacional que nos hace posibles como aquel ámbito relacional en que se conserva nuestro vivir y que surge con él. Así, nuestra epigénesis cultural / biológica puede ser la de un labrador, la de un marino, la de un médico, la de una dueña de casa, la de una exploradora, la de un místico, la de un bandido ... Y en ese proceso nuestra corporalidad generará de manera espontánea en cada instante de nuestro vivir, el vivir propio nuestra epigénesis en ese instante según la clase de seres humanos que estamos siendo, y el mundo que vivamos surgirá con

nuestro vivirlo como el mundo en que se realiza y se conserva nuestro vivir, y cuando deje de suceder así, nos desintegraremos.

¿Cómo ocurre el vivir cultural?

Nuestro ser biológico humano es cultural, y ocurre en redes cerradas de conversaciones, en redes cerradas de coordinaciones de coordinaciones de haceres y emociones. Esto es, los seres humanos existimos en redes conductuales que entrelazan nuestro lenguajear y nuestro emocionar en un fluir de sonidos y gestos en los que lo que connotamos al hablar de palabras, son nodos en esta red recursiva de coordinaciones de haceres y emociones cuyo significado y sentido ocurre en el curso que siguen las coordinaciones de haceres y emociones que coordinan en el fluir de nuestro vivir. El ámbito de nuestra existencia humana es cultural y todo lo que hacemos, pensamos o decimos, ocurre en el presente de nuestro devenir epigénico cultural. Esto es, el ámbito de existencia humana es un presente histórico que ocurre en una relación ser humano / mundo en la que aún cuando el ser humano y el mundo que este vive surgen al mismo tiempo en la constitución y realización del vivir del ser humano en redes de conversaciones, y son distinguibles en su operar, no son de hecho separables en el fluir mismo del vivir humano.

La red de conversaciones que es nuestro ser cultural esta siempre en un continuo cambio que entrelaza lo recursivo, lo repetitivo, y lo lineal, en una continua transformación conservadora del vivir que en su continua deriva sigue en cada instante un curso definido en ese instante según el entrelazamiento de las formas de convivir que conservamos en las conversaciones que hacen nuestro convivir en ese instante. Los seres humanos surgimos en nuestro ser fisiológico / psíquico integrados en un mundo relacional que generamos continuamente en la red de conversaciones que conservamos en nuestro ser cultural. En fin, los seres humanos

no habitamos un mundo del que pudiéramos decir que preexiste a nuestro habitarlo; y no es así porque como ya he dicho, el mundo que vivimos surge, se configura en cada instante como el espacio relacional que vivimos con nuestro vivirlo, y nosotros a la vez nos configuramos en nuestro ser fisiológico y psíquico viviendo el mundo que habitamos viviéndolo. Nuestro vivir, el habitar el mundo que los seres humanos habitamos, ocurre en nuestro vivir la red de conversaciones que realizamos, y nada de lo que decimos o pensamos en nuestro ser en el lenguajear es intrascendente o superfluo, todo participa en la modulación de nuestro ser fisiológico, psíquico, y relacional. Somos en tanto seres culturales, de la misma manera que los otros animales o los otros seres vivos son en su vivir fisiológico, psíquico, y relacional en el vivir no cultural que viven en un simple vivir como todo lo que viven en tanto no existen en redes de conversaciones porque no viven en el lenguaje.

La descripción no reemplaza lo descrito. La vivencia de lo vivido ocurre en un dominio diferente de aquel en que ocurre el suceder de lo vivido: la vivencia de lo vivido es un suceder en el ámbito de la intimidad personal del vivir del que lo vive, ámbito que es intrínsecamente inaccesible al vivir de otra persona. Sin embargo, el tema ahora no es si vemos o si vivimos lo mismo cuando decimos que vemos o que vivimos lo mismo: lo que uno vive, como vivencia, es intrínsecamente diferente de lo que otro ser pueda vivir, aun cuando lleguemos a armonizar nuestro conversar en el fluir del convivir. Por esto, cuando digo que el amor se vive en el amar, mi interlocutor no sabe y no puede saber lo que digo o lo que siento con lo que digo, y el ofrecerle una metáfora, que no es más que una evocación que lleva al otro a algún otro lugar suyo aún más íntimo, no resuelve la incompreensión que sólo el deseo de la compañía en el fluir del convivir con otro salva. Aún así, el vivir del sentir en su intimidad inaccesible a otro, es parte del mundo que generamos en nuestro convivir, y por ello es parte del espacio relacional en

que ocurre nuestra epigénesis. El tema es ¿cómo se armoniza el convivir entre seres en los que la intimidad del vivir de uno es siempre inaccesible al vivir de otro?

Amor y Juego: fundamentos olvidados de lo humano describe y evoca dos aspectos del suceder del vivir de todo ser vivo, y en particular de nuestro vivir humano, como dos aspectos de nuestro operar relacional como totalidades en su entrelazamiento con el ocurrir de la intimidad de nuestro sentir. Sin embargo, esto no es todo. Lo que pensamos y lo que sentimos, en el momento de pensarlo y sentirlo son de nuestra interioridad inaccesible a otro, pero forman parte del mundo en que se da nuestro devenir epigénico, sea este devenir en la soledad o en la compañía de otros. Y es por esto que lo que pensamos, sentimos, y decimos, sobre el amar y el juego, o sobre como ocurre nuestro vivir, o sobre cómo entendemos o explicamos nuestro vivir biológico / cultural, nunca es trivial y nunca da lo mismo que se sienta un sentir u otro. Cada palabra, cada pensamiento, cada conversación, cada explicación, que damos o aceptamos, cada razonar que proponemos, ... cada justificación que aceptamos o rechazamos ... querámoslo o no, modula el curso que sigue de nuestro vivir; modula el fluir de nuestra fisiología en el entrelazamiento de nuestro lenguajear y nuestro emocionar, y modula tanto nuestro ser así como el espacio relacional que vivimos en la realización de nuestro vivir humano. Al mismo tiempo, cada emoción, cada sentir que vivamos y nos conmueva, cada reflexión que hagamos sobre nuestros sentimientos, emociones o deseos ... querámoslo o no, modula el fluir de nuestra fisiología y el de nuestra corporalidad relacional en el entrelazamiento del fluir de nuestro de razonar y nuestro emocionar. En fin, cada entrelazamiento de nuestro razonar y de nuestro emocionar, modula recursivamente el fluir entrelazado de nuestro razonar y emocionar.

¿Cómo vivimos nuestro ser cultura?

Nuestro ser cultural surge del mismo modo que el mundo que generamos en nuestro convivir, como una red cerrada de conversaciones, la que aparece ante nuestro observar nuestro vivir como una trama de relaciones, una *geometría relacional*, que, al entenderla, nos muestra la dinámica de todas las dimensiones relacionales de nuestro vivir como una expansión de nuestra corporalidad. Al mismo tiempo, como el fundamento de nuestro vivir cultural es psíquico, todo el vivir cultural es una forma de sentir, de desear, de ver, de estar consigo mismo y con los otros, que define momento a momento el curso de los haceres y sentires. Sin embargo, la geometría relacional que nuestro ser cultural implica o realiza en cada instante no es fija aunque sí es conservadora: una cultura se conserva recursivamente en el ser vivida, y cambia también de manera recursiva cuando el modo de vivirla implica una mirada reflexiva que expone el vivir que se vive a la pregunta “¿quiero vivir el vivir que vivo?” La reflexión con el cambio en el modo de vivir que puede generar, surge como un acto en la emoción, en los deseos, y se vive como un acto que abandona el apego a la certidumbre con que se mueve quien cree poseer la verdad y teme no tenerla más. Ese acto es sólo posible cuando se vive en el respeto por sí mismo y no se teme a desaparecer con la ampliación de la mirada que la reflexión trae. La reflexión no surge de la razón, surge de la emoción, y como acto que pertenece al dominio de los sentires su origen no puede describirse sólo puede connotarse, y si se quiere que surja espontáneamente en el fluir del vivir, deben cultivarse en la convivencia amorosa que genera la autonomía y respeto por sí mismo que la hace posible.

Al negar o desdeñar el valor formador que tiene para los niños y niñas la relación amorosa materno / infantil de total aceptación corporal al realizar de manera cotidiano en el juego un convivir reflexivo de mutua aceptación corporal

que libera del apego a la certidumbre, negamos a nuestros hijos e hijas la posibilidad de transformarse de manera inconsciente en seres autónomos, con conciencia social, responsables y éticos. Esto es, negamos a nuestros niños y niñas la oportunidad de transformarse espontáneamente en seres humanos adultos, o lo que es lo mismo, en personas que actúan desde sí con conciencia social y ética desde el respeto por sí mismo y por los otros como su manera de ser espontánea. Lo que llamamos valores, virtudes sociales, o sentido ético, son modos de convivir que se fundan en el amar y surgen como aspectos espontáneos de nuestro vivir sólo si aprendemos a vivirlos y cultivarlos en la intimidad de una convivencia amorosa infantil y juvenil con adultos que nos acogen y conviven con nosotros de esa manera.

Cuando nuestra infancia y juventud ha sido carente de la relación materno infantil, crecemos incompletos en nuestra formación como adultos. Cuando así sucede, hay muchos aspectos del vivir y del convivir adulto que, para vivirse en un fluir espontáneo que surge como una forma natural de ser, necesitan de esa infancia, y deben adquirirse de manera reflexiva en un fluir experiencial guiado intencionalmente por otros como una expansión del entendimiento. Sin duda muchos distinguidos observadores³ del vivir humano y no humano han visto y destacado el trasfondo inconsciente en que ocurre todo vivir, y, en particular, nuestro vivir humano consciente racional. La armonía y bienestar del convivir humano en cualquier circunstancia relacional depende de la espontaneidad de las conductas que hacen ese convivir, y esa espontaneidad se funda en la dinámica inconsciente que les da origen. El arte de educar consiste en crear espacios de convivencia en los que los niños se transforman en el convivir con adultos de modo que las actitudes relacionales de ese modo de convivir pasan a

³ Pienso en particular en C. G. Jung y en Joseph Campbell.

ser el fondo operacional inconsciente desde donde surge su vivir cotidiano.

El emocionar espontáneo que hace el convivir social, el convivir que queremos convivir y evocar cuando hablamos de democracia, es el del amar. El emocionar que queremos vivir al querer vivir en democracia, es el emocionar de un convivir en el mutuo respeto, en el respeto por sí mismo, en la autonomía, en la conducta ética, en la responsabilidad, y en la disposición a la colaboración en un proyecto común porque no se teme a desaparecer en el proceso. Y ese fluir emocionar surge espontáneo como resultado de vivir en ese emocionar en la infancia en la relación materno infantil, o más tarde, en algún otro momento del vivir cuando se vive con algún adulto que uno respeta y se es respetado por él.

Y el sistema nervioso, ¿cómo opera en todo esto?

El aprendizaje en el convivir, o mejor, la transformación en la convivencia que vivimos los seres humanos toda la vida desde que comienza nuestro vivir en el útero materno, ocurre como un fluir relacional que modula momento a momento el curso de nuestra epigénesis desde la continua abstracción inconsciente por el organismo como totalidad, de las coherencias sensorio / efectoras que configuran en cada momento su espacio relacional. Más aún, aunque el mundo que vivimos surge en nuestro sentir como un ámbito de haceres posibles congruentes con nuestro vivir como si preexistiese a nuestro vivirlo, es de hecho en nuestro operar en un fluir cambiante de correlaciones sensorio/efectoras inconscientes y conscientes. La vivencia que el observador vive de un mundo que está ahí, independiente de lo que él o ella hace a la vez que aparece accesible a su descripción, y que el o ella vive espontáneamente como preexistiendo a su vivirlo, pertenece a la interioridad de los sentires de que he hablado más arriba, y su descripción no describe el operar que sucede en el vivir mismo del observador. Sin embargo,

el observador que entiende el ocurrir biológico⁴ sabe que esa congruencia operacional en cada instante sucede como sucede precisamente porque surge en la transformación epigénica del organismo como un proceso espontáneo de la dinámica de transformación estructural congruente con lo que ocurre en la convivencia, que todo ser vivo vive en una dinámica relacional cuya comprensión no necesita de la noción de mundo real u objetivo. Esto que he dicho aquí para el organismo como totalidad, pasa, sucede, con la participación del sistema nervioso según la particularidad de su operar como red cerrada de cambios de relaciones de actividad entre sus componentes, algunos de los cuales se intersecta con el organismo en sus superficies sensoriales y efectoras. El resultado es que el sistema nervioso opera generando, en su intersección con las superficies sensoras y efectoras del organismo, una matriz de correlaciones sensorio/efectoras que constituyen el mundo que éste vive como un ámbito de correlaciones sensorio efectoras. En la mirada del observador, el organismo actúa sobre un medio que lo contiene; sin embargo, el organismo desde su propio operar hace, él sólo, correlaciones sensorio/efectoras. En la mirada del que observa, la coherencia operacional del organismo con el medio (que él o ella ve como externo al organismo) es el resultado de una epigénesis que involucra al mismo tiempo al organismo y al medio en la continua conservación del vivir; para el organismo, sin embargo, esa coherencia operacional ocurre como el suceder de su vivir en un suceder que no implica un medio externo.

Lo que un observador ve es que el vivir del organismo como sistema autopoiético ocurre como un fluir de cambios fisiológicos cerrado en sí mismo y que en ello es ciego a lo que él o ella ve como su medio externo. Al mismo tiempo el

⁴ Ver "Objetividad: un argumento para obligar", de Humberto Maturana R., 199 ...

observador ve al organismo operando como totalidad, ciego a lo que ocurre en su dinámica interna, en un medio que es externo a él y que lo contiene. El observador, en estas circunstancias, ve que el fluir de la epigénesis del ser vivo/organismo se da en el entre juego de la modulación de la dinámica fisiológica molecular del sistema nervioso según el curso que sigue el vivir relacional del organismo, y que el vivir relacional del organismo sigue un curso que se modula según el curso que sigue el fluir de la dinámica molecular del sistema nervioso. El resultado general del proceso de epigénesis que he descrito para un organismo con sistema nervioso, se puede resumir como sigue: 1- todo ocurre en el sistema nervioso y en el organismo sin que se interrumpan ni el vivir del organismo ni la dinámica de actividad neuronal del sistema nervioso; 2. en este proceso el sistema nervioso se transforma de manera contingente al curso del vivir del organismo que integra de modo que su operar se conserva generando configuraciones de relaciones de actividad que dan origen en el organismo a correlaciones sensorio/efectoras que operan en el medio en que se halla; 3. si el flujo de correlaciones sensorio / efectoras que el sistema nervioso genera en el organismo operan de manera adecuada para la realización del vivir de éste en el ámbito de las coherencias sistémicas de la matriz relacional en que el organismo fluye en cada instante en la realización de su vivir, el organismo conserva su vivir; 4. en la medida en que ocurre lo anterior, el curso que seguirá la transformaciones del sistema nervioso será contingente al curso de cambios en el modo de vivir del organismo; 5. si sucede lo anterior, el sistema nervioso continuará generando las correlaciones sensorio / efectoras adecuadas a la matriz relacional en que se dan momento a momento el vivir y la conservación del vivir del organismo; y 6. en fin, este proceso epigénico continuará en tanto se conserve el vivir del organismo a través del operar de su sistema nervioso.

Todo esto ocurre de manera espontánea, sin intención ni propósito, en una dinámica en la que el presente que se vive surge como un resultado que armoniza mundos disjuntos en la conservación del modo particular de vivir del organismo. En este caso, organismo y sistema nervioso cambian en la armonización de su operar en la conservación de un modo de vivir relacional cambiante que guía de modo espontáneo el curso de esa armonización. Nosotros los seres humanos podemos preguntarnos por el modo relacional de vivir que guía el curso de nuestro devenir, y aún podemos pensar que lo podemos describir, sin embargo, aunque lo hagamos, lo que de hecho se conserva y guía la armonización de los dos dominios disjuntos de existencia en que vivimos opera en nuestro vivir de manera inconsciente, y queda fuera de nuestra descripción. Lo que guía el devenir de los seres vivos en general, y de los seres humanos en particular, es siempre un proceso inconsciente de conservación de una manera de vivir.

¿Qué aprenden los niños, entonces?

Lo que los niños aprenden en su relación con los adultos con quienes conviven, es la trama relacional de los espacios psíquicos internos y externos que viven con ellos. Y esto ocurre espontáneamente de manera inconsciente, como un aspecto natural de su convivir, para todas las dimensiones conscientes e inconscientes de su vivir. La transformación en la convivencia es un proceso inconsciente, e incluso el aprendizaje que llamamos consciente porque decimos que podemos describir lo que aprendemos, es inconsciente. Lo que podemos describir no son las dimensiones de nuestra transformación en la convivencia, sino que sólo el operar consciente que resulta de esas transformaciones. En fin, en tanto lo que aprendemos son tramas o matrices relacionales inconscientes que configuran los mundos que vivimos, nos movemos en ellas también de manera inconsciente, con la espontaneidad de un vivir que surge fluido

mientras no nos detengamos a reflexionar y así cambiar de dominio.

Nuestro vivir animal así como nuestro vivir humano es fundamentalmente inconsciente, las matrices relacionales que vivimos como los ámbitos operacionales en que se da el fluir de nuestro vivir, surgen en nuestra epigénesis de manera inconsciente. Las conductas conscientes con que queremos guiar la epigénesis del vivir de nuestros hijos dan origen en ellos a procesos inconscientes que no vemos, no determinamos, y no controlamos. Todo lo que podemos hacer con nuestro vivir inconsciente es ser conscientes de que guía nuestro vivir, y de que podemos reconocer su presencia en tanto somos capaces de reflexionar soltando el apego a nuestras certidumbres.

La convivencia amorosa materno / infantil en el espacio de total aceptación corporal del juego, constituye en sí una epigénesis que lleva a los niños a un vivir espontáneo en el respeto por sí mismos y por los otros, en la autonomía del actuar desde sí, sin miedo a desaparecer en la colaboración. La matriz relacional que los niños aprendemos en éste vivir relacional, es el fundamento del pensamiento reflexivo que nos permite soltar todas las certidumbres y salir de todas las trampas culturales que niegan la reflexión, a la vez que nos abre el camino para que el amar opere como lo que es, el fundamento inconsciente que nos lleva a recuperar el bienestar en el convivir en la biología del amar.

Nosotros, Ximena Dávila Y., y yo, que como Instituto Matriztico somos quienes hacemos esta nueva edición de "*Amor y Juego, fundamentos olvidados de lo humano*", y llamamos *Matriz Biológica de la Existencia Humana* a esta trama relacional que aprendemos espontáneamente de una manera inconsciente en nuestra infancia en la relación amorosa materno infantil. Desde la reflexión esta trama relacional muestra ser a la vez el fundamento operacional y la expre-

sión conceptual del entendimiento del surgimiento, realización, y conservación de lo humano *Homo sapiens-amans* en el seno de la familia ancestral que nos dio origen como una manera de convivir en el lenguajear.

¿Y el amar?

Los seres humanos pertenecemos a un linaje de primates bípedos que surge centrado en la conservación de un modo de convivir amoroso, cercano en el placer del bien-estar que traen consigo la sensualidad, la ternura y la sexualidad. Y pienso que desde el trasfondo de ese modo de convivir, nuestros ancestros emergen como seres humanos cuando, más de tres millones de años atrás, comienza a conservarse el lenguajear como un convivir recursivo espontáneo en coordinaciones de coordinaciones consensuales de haceres y de emociones que resulta conservado de generación en generación en la transformación epigénica de los niños en su convivir con los adultos con quienes se transforman. Pienso también, que en este proceso nuestro linaje surgió guiado por los sentires, los deseos, y las emociones de nuestros ancestros desde la conservación del placer y el bien-estar en la convivencia. Y pienso que ésto habría ocurrido como una historia de transformaciones de la manera indicada más arriba, en un proceso en el que la conservación de una forma de vivir amoroso en el lenguaje habría guiado la deriva genética / relacional estabilizadora de la epigénesis que conserva ese modo de vivir⁵.

⁵ La configuración genética de un organismo que cambia durante su epigénesis no es fija. Yo pienso, aunque aún no puedo probarlo, que la configuración genética y la configuración regulatoria del operar del genoma no sólo cambian durante la epigénesis en las células somáticas sino también en los gametocitos durante su diferenciación. Y pienso que estos cambios ocurren por cambios en la situación relacional de las células como en la diferenciación o en la regeneración.

La configuración del espacio psíquico (sentires, deseos, emociones) que guía el vivir de una comunidad humana, y que se conserva de una generación a otra en el aprendizaje de los niños, define la identidad de un linaje biológico / cultural. De hecho, es la configuración del emocionarse la que guía el suceder del convivir en una comunidad, lo que le da a éste convivir, como dominio de acciones y de haceres, su carácter como modo de vivir cultural que se conserva en el aprender de los niños. En estas circunstancias, sucede que en tanto un linaje surge y se conserva en un fluir del vivir relacional guiado por los sentires, las emociones, y los deseos, esto es, por lo que ocurre en el espacio psíquico de sus miembros, así también puede un linaje desaparecer o transformarse en otro si cambia el espacio psíquico que se conserva en el curso generacional del convivir de una comunidad. Como un linaje biológico/cultural existe en el continuo fluir de cambio estructural y relacional de sus miembros que surge contenido en un ámbito particular por la conservación del modo de vivir o espacio psíquico que define al linaje, el cambio de identidad de un linaje que surge al cambiar el espacio psíquico que se conserva en el fluir reproductivo de sus miembros, involucra el cambio de las dimensiones estructurales y relacionales que realizan el vivir de éstos en una nueva configuración de relaciones organismo medio. Configuración de relaciones organismo medio que puede en el curso de su conservación histórica eventualmente llegar a estabilizar genéticamente un devenir epigénico que facilita la realización de un convivir psíquico particular.

Las culturas como redes cerradas de conversaciones, son formas particulares de convivir que se constituyen como linajes biológico / culturales en el fluir del vivir histórico de una comunidad, en la conservación de alguna configuración epigénica particular que realiza ese modo de convivir como el espacio psíquico inconsciente espontáneo que viven sus miembros, y los niños que nacen en ella. En fin, cualquiera

que sea el modo de convivir de una comunidad, que no mate a sus miembros antes de que la configuración del emocionar, o espacio psíquico, que realiza ese convivir se conserve para la próxima generación en el aprendizaje inconsciente de los niños en ella, se puede transformar en el curso del devenir histórico de esa comunidad en el vivir biológico/cultural cuya conservación define para esa comunidad su identidad cultural.

Entonces, ¿da lo mismo cualquier vivir cultural?

No, no da lo mismo. Sólo si en nuestra infancia vivimos en el espacio relacional materno/infantil de amor y juego con los adultos con quienes nos toca convivir, vivimos la posibilidad de transformarnos en la convivencia con ellos en seres humanos adultos, en seres humanos que surgen en su epigénesis espontáneamente éticos, en personas que se mueven en el respeto por sí mismos y por los otros, y que por ello están siempre abiertas a la reflexión y dispuestas a colaborar con otros en algún proyecto común al no temer a desaparecer ni en la reflexión ni en la colaboración.

El único vivir cultural en el que se es persona, en el que se puede ser responsable del propio hacer, y en el que se es espontáneamente ético, es el que surge en la epigénesis del vivir en la matriz biológica de la existencia humana que es la relación amorosa materno infantil en la total aceptación y disfrute de la cercanía corporal en el juego. Cuando esto no sucede en la infancia, tiene que darse, ya sea de una manera accidental, ya sea por intención, una relación que cree con algún adulto un convivir equivalente a la relación materno infantil de total confianza en el respeto mutuo y aceptación corporal plena, desde donde surja de un modo espontáneo inconsciente las conductas de conciencia social y ética, o éstas tendrán que aprenderse como conductas intencionales desde la razón. Sin embargo, el que todo esto sea posible depende también de nuestra biología de seres que pueden convivir en el amar toda la vida. La agresión y el odio se culti-

van desde la razón, el amar es espontáneo o se niega desde la agresión recurrente que nos niega.

¿Qué hacer

Lo peculiar de nosotros, los seres humanos, es que en tanto existimos en el lenguaje todo nuestro vivir humano, sea como quiera que sea en sus dimensiones conscientes e inconscientes, lo vivimos en un lenguajear que surge desde un trasfondo inconsciente de origen tanto evolutivo como ontogénico. En estas circunstancias lo fundamental de nuestro vivir humano es que, como seres que existimos en el lenguajear, podemos reflexionar. Es decir, podemos soltar nuestro apego a nuestra certeza de que sí sabemos lo que decimos que sabemos, y mirando a lo que decimos saber podemos preguntarnos por la validez de los fundamentos que decimos le dan validez a ese nuestro saber. O, lo que es lo mismo, podemos preguntarnos por lo que queremos hacer, para luego preguntarnos si queremos nuestro querer hacer lo que decimos que queremos hacer. En fin, los seres humanos podemos vivir en la conciencia de ser libres al vivir sabiendo si queremos o no queremos lo que decimos querer, y escogiendo el curso de nuestro hacer desde un sentir inconsciente que surge espontáneamente en nuestro vivir desde la biología del amar. La biología del conocer y la biología del amar son el fundamento de nuestro surgir como humanos en el curso evolutivo del linaje de primates bípedos a que pertenecemos, y son también a la vez lo que nos permite recuperar el bien-estar y la salud si los hemos perdido en las circunstancias de dolor cultural que hayamos vivido. La noción de Matriz Biológica de la Existencia Humana nos muestra la trama relacional fundamental de constitución del Homo sapiens-amans a la vez que nos muestra los caminos de conservación de modos de convivir fundados en la conservación de otras emociones que llevan a la aparición de otras formas culturales / biológicas como el Homo sapiens-aggressans desde la conservación de la agresión como un modo de convivir, y el Homo

sapiens-arrogans desde la conservación de un convivir en la arrogancia.

La gran tarea presente de los seres humanos adultos es guiar la formación del espacio psíquico de los bebés, de los niños, y de los jóvenes, hombres y mujeres, de modo que en el curso inevitable de su crecimiento surjan como seres humanos adultos, esto es, en seres humanos que surgen en todos los aspectos de su vivir espontáneamente autónomos y éticos. Y para que esto suceda hay sólo un camino: la convivencia en un espacio relacional que se funda en la relación amorosa materno/infantil de placer y confianza en la total aceptación de la cercanía corporal en el juego. Sin embargo, para realizar esta tarea de manera consciente hay que moverse de manera consciente o inconsciente en la Matriz Biológica de la Existencia Humana.

10 de Abril de 2003.

GLOSARIO

Conversaciones:

Entrelazamiento del lenguaje y el emocionar en el que tienen lugar todas las actividades humanas. Los seres humanos existimos en el conversar, y todo lo que hacemos como tales tiene lugar en conversaciones y redes de conversaciones.

Conductas consensuales:

Coherencias conductuales que surgen entre seres vivos que viven juntos (en interacciones recurrentes) como resultado de su vivir juntos.

Consensualidad:

Participación en un dominio de conductas consensuales. La consensualidad propia del convivir de dos o más seres vivos se expande en la medida en que se expande la dimensionalidad de ese convivir.

Emoción:

Lo que distinguimos en nuestra vida cotidiana al distinguir las distintas emociones que distinguimos en nosotros mismos o en otros animales, son las distintas clases de conductas, los distintos dominios de acciones en que estamos y nos movemos, ellos y nosotros en distintos momentos. En otras palabras, lo que distinguimos biológicamente al distinguir distintas emociones, son distintas dinámicas corporales (sistema nervioso incluido) que especifican en cada instante las

acciones como tipos de conducta, miedo, agresión, ternura, indiferencia... que un animal puede realizar en ese instante. Puesto de otra manera, es la emoción (dominio de acciones) desde donde se realiza o se recibe un hacer, lo que da a ese hacer su carácter como una acción (agresión, caricia, huida) u otra. Por esto nosotros decimos; si quieres conocer la emoción mira la acción, y si quieres conocer la acción mira la emoción.

Emocionar:

Fluir de un dominio de acciones a otro en la dinámica de vivir. Los seres humanos en tanto existimos en el lenguaje, nos movemos de un dominio de acciones a otro en el fluir del lenguajear, en un entrelazamiento consensual continuo de coordinaciones de coordinaciones de conductas y emociones. Es este entrelazamiento del lenguajear y el emocionar lo que nosotros llamamos conversar, usando la etimología latina de esta palabra que significa dar vueltas juntos.

Lenguaje:

Lo que hacemos cuando operamos en el lenguaje, es movernos en nuestras interacciones recurrentes con otros, en un fluir en coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales. Es decir, el lenguaje ocurre en un espacio relacional, y consiste en el fluir en la convivencia en coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales, no en un cierto operar del sistema nervioso ni en la manipulación de símbolos. El símbolo es una relación que un observador establece en el lenguaje; cuando hace una reflexión sobre cómo cursa el fluir de las coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales, asocia distintos momentos de ese fluir, tratando a uno como representación del otro.

Lenguajear:

Fluir en coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales. En la medida en que en una conversación cambia la emoción, cambia el flujo de las coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales. Y, viceversa, en la medida en que una conversación cambia en el flujo de las coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales, puede cambiar el emocioan Este entrelazamiento del lenguajear y el emocionar es consensual y se establece en el convivir.

Madre:

Mujer u hombre que cumple en la convivencia con un niño o niña la relación íntima de cuidado que satisface sus necesidades de aceptación, confianza, y contacto corporal, en el desarrollo de su conciencia de sí y su conciencia social.

